

2019-01-01

Las incontestables formas de las sombras

Belen Puente Pereda
University of Texas at El Paso

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Creative Writing Commons](#)

Recommended Citation

Puente Pereda, Belen, "Las incontestables formas de las sombras" (2019). *Open Access Theses & Dissertations*. 2890.

https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2890

This is brought to you for free and open access by ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

LAS INCONTESTABLES FORMAS DE LAS SOMBRAS

BELEN PUENTE

Master's Program in Creative Writing

APPROVED

Tim Hernández, MFA

Silvia Aguilar, MFA

Sandra Garabano Ph.D.

Stephen Crites, Ph.D.
Dean of the Graduate School.

LAS INCONTESTABLES FORMAS DE LAS SOMBRAS

by

BELÉN PUENTE PEREDA, Ph.D.

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

December 2019

AGRADECIMIENTOS

Un proyecto, como este, que supone un esfuerzo continuado durante tres años, es una larga travesía que no llega a buen puerto si, junto con la información académica, no se tiene también el apoyo humano.

Desde una valoración estrictamente académica, mi agradecimiento a todos los factores que, durante este tiempo, contribuyeron a aumentar el caudal de conocimiento del que se nutrió mi trabajo.

Pero, teniendo en cuenta el apoyo humano, mi gratitud a Tim Hernández, director de tesis, por su inteligente *feedback*, a Silvia Aguilar, que tuvo la generosidad de ser segundo lector y formar parte del comité que evaluó mi trabajo y a Sandra Garabano, que creyó en mi desde el principio.

INDICE

AGRADECIMIENTOS.....	iii
INDICE.....	iv
PROLOGO.....	01
1. INTRODUCCION.....	01
1.1 Sinopsis.....	07
1.2 Poética.....	09
1.3 Conclusión.....	14
BIBLIOGRAFIA CONSULTADA.....	17
2. NOVELA.....	22
2.1 Capítulo Primero. Se recibe una carta.....	23
2.2 Capítulo Segundo. Ver para entender y contar.....	28
2.3 Capítulo Tercero. Mar, música y mandarinas.....	40
2.4 Capítulo Cuarto. Incienso y estiércol.....	49
2.5 Capítulo Quinto. Teníamos derecho a vivir así.....	77
2.6 Capítulo Sexto. Un hilo del que tirar.....	96
2.7 Capítulo Séptimo. Se inicia una investigación.....	105
VITA.....	148

PROLOGO.

Introducción

Lo confieso, soy culpable. Culpable de dar la lata a todo el mundo, a mi memoria, a los recuerdos, a los escenarios que recorrí, a los paisajes que me invento, a los autores a los que releo y con los que dialogo interiormente, a esas fuentes teóricas de inspiración que no siempre saben hacer su trabajo. Soy una pesada por volver siempre a las mismas preguntas ¿Por qué escribo? ¿Para qué? ¿Cómo debo de contar lo que quiero decir?

Intentando explicar los motivos que les llevan a escribir, los autores han dado respuestas muy diferentes. 'Escribo para sobrevivir' (Unamuno). 'Para saber por qué escribo' (A. Moravia). 'Para investigar la ambigüedad' (A. Burgess). 'Para ordenar el caos' (A. Gala). 'Para vivir otras vidas' (R. Chacel). 'Para olvidar la realidad' (C. Martin Gaité). 'Para ganar dinero' (Ken Follet). 'Para no hacer cosas peores' (Vargas Llosa). Se hace patente que cada escritor tiene sus propias razones, si bien, a pesar de la diversidad, encontramos un rasgo común y es que todas ellas son la respuesta al *para qué* escribo y el exponente de los beneficios que a cada creador le aporta el ejercicio de la escritura.

Otra perspectiva diferente es la que aporta José Luis Sampedro cuando, intentando exponer la esencia del oficio de escribir, menciona el consejo que hipotéticamente Nureyev le hubiera dado a un joven que quisiera empezar la carrera de

bailarán: 'que renuncie si puede'. En otras palabras, que solamente se dedique a ello, si no puede evitarlo. La escritura se convierte así en un imperativo que domina la voluntad del autor, se escribe por necesidad, porque no se puede hacer otra cosa. Al intentar definir esta esencia, respondiendo al *por qué* y no al *para qué*, se desvela un cierto fatalismo, contra el que el autor no puede luchar, y la literatura deja de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismo.

A pesar de la simpatía que me inspiran tanto la respuesta de Nureyev como la valoración que de ella hace Sampedro, debo confesar mi recelo ante cualquier explicación esencialista. Hace tiempo que he dejado de buscar respuestas últimas y definitivas, con los años ha aprendido que las verdades son mutantes y tan efímeras como el tiempo que las destruye o las recompone, que las imágenes que nutren nuestra memoria se asocian y disocian componiendo realidades diferentes, y que cualquier pretensión testimonial está sujeta a la visión que se tiene de las cosas en el momento en que se reflexiona sobre ellas.

También sé que escribo sin ningún afán de trascendencia, no lo hago para vencer la muerte ni para que el viento del futuro se detenga ante mi tumba cuando sople fuerte sobre todo lo demás. Contemplo y me detengo en la vida misma, es un acto de construcción que empieza y termina en el presente. No elegimos el momento de nacer y tampoco, salvo dramáticas e indeseables decisiones, elegimos el momento de morir, pero la vida sí la podemos construir en cada pliego, en cada párrafo, en cada sentencia. Mi escritura es mi identidad, lo que da la medida de mi individualidad. También el refugio al que acudo cuando las heridas sangran. A veces, una sombra fresca, una brisa ligera, un paisaje que me renueva por dentro; otras, la tormenta que

me sacude y enfrenta con mi propia angustia. Y así, desde la sombra, la angustia y el aire, sangro, respiro, escribo y vivo.

Haciéndome eco del pensamiento de Todorov que, diferenciando la historia del discurso, da prioridad a la manera en que el narrador presenta los hechos ante el lector, el reto para mí es cómo hacerlo, cuál es la mejor manera de contar las historias que quiero contar, cómo debo de construir el mundo que quiero presentar al lector, porque también debo confesar que cuanto más avanzo en esa construcción, más se desdibujan las fronteras entre ficción y realidad, especialmente si la ficción puede aportar conocimiento o más verosimilitud a lo narrado. Imaginemos que queremos sensibilizar las conciencias sobre los horrores del genocidio judío perpetrado por los nazis; figurémonos que conocemos la historia de una familia judía alemana de la que sabemos de su esplendor antes de ser encarcelados y que tenemos pruebas y datos de lo sucedido en los campos de exterminio que llevó a la muerte a cada uno de sus miembros. En este caso, narrar lo ocurrido tendría el carácter de una crónica histórica. Ahora supongamos que conocemos todo lo relativo a una familia hasta el momento en que es detenida y se les da por muertos. No sabemos la suerte que corrió cada uno, pero sería fácil deducirla de las fotos encontradas y de los testimonios de los supervivientes que hubieran convivido con ellos. Un posible relato de lo sucedido tendría que ficcionalizar los hechos ocurridos durante esa etapa de internamiento. Supongamos, también, todo lo contrario, sabemos el destino de una familia entera desde el momento en que son hechos prisioneros, pero no tenemos datos sobre su pasado. Si quisiéramos relatar su historia, tendríamos que imaginar cómo habría sido las vidas de sus miembros antes de que el horror se posesionara de ellas. Ahora bien,

si lo que queremos es marcar el contrastaste ente un antes y un después, para resaltar más la injustica y los crímenes de un fanatismo extremo que destruyó seres humanos y un modo de vivir y de entender la convivencia ¿No tendrían los tres relatos la misma validez queriendo cumplir una función de denuncia?

Paola Bozzi en su trabajo sobre Herta Müller, reflexionando sobre la mejor manera de abordar una temática, hace referencia a estas cuestiones. De él entresaco el siguiente párrafo que me parece especialmente revelador.

Free play of imagining is indeed indispensable not only for poetics but also, curiously, for ethics itself. If ethics is left entirely to itself or allowed to dictate poetics at every turn, it risks degenerating into cheerless moralism. Poetics without ethics leads to dangerous play; ethics without poetics leads to the self-censuring of the imagination. (p 110)

En este artículo se acuña el término “autoficción” que designa la ficcionalización que uno puede hacer de su propia vida y se resalta que camina en paralelo con la autobiografía ya que ambos son un ejercicio de fabricación. Pero la autoficción tiene la ventaja añadida de que la dosis de ficción que aporta puede iluminar partes de la vida que hubieran quedado oscuras y que hubieran podido pasar desapercibidas. Junto a ellas, la “surficción” que desenmascara la parte de ficción que tiene esa realidad que consideramos tan auténtica e incuestionable. Con ello llegamos a una reformulación de la escritura: fabricar algo nuevo y desestabilizar lo que parecía intocable, nivelando la balanza entre vida y ficción sin establecer tampoco una clara línea divisoria entre lo que realmente ocurrió y lo que nosotros imaginamos que ocurrió, o, dicho en otras palabras, entre memoria e imaginación, porque ver imaginativamente es disfrazar algo para transformar su significado. A partir de ahí tampoco existe una clara división ente pasado, presente y futuro. Se abren así infinitas posibilidades para el

juego literario que, a decir de Federman, liberaría al escritor de las limitaciones del realismo. Un realismo que se basa en percepciones pasivamente recibidas que van a estar siempre matizadas por elementos heredados, ya sean culturales, antropológicos, ideológicos o religiosos. La escritura se postula entonces como un doble ejercicio de liberación y búsqueda, en el que ambas, ficción y realidad, van a estar legitimadas por el propio texto en un plano de igualdad.

Lo sustancial es, por tanto, la relación entre lo narrado y la escritura, entre historia y texto. Suscribo las palabras de Carmen Riera

La memoria nos proporciona la identidad, pero para que palabra y memoria se transformen en historia y trasciendan a cada uno de nosotros, es necesaria, es imprescindible, la literatura. (p 289)

Si los hechos a narrar necesitan de la palabra escrita para no ser solo memoria y convertirse en relato, la literatura no es solo un cauce para la creatividad, cumple también una función cognoscitiva que en la novela que escribo operará de tres maneras: a) de construcción de una identidad en el caso de Adela b) de indagación e investigación para Elisa y c) de global conocimiento para el lector.

José María Merino, cuya línea de pensamiento discurre en paralelo a este concepto, ahondando en esta idea, afirma

Contar historias es ordenar el caos del mundo, dar a las cosas de la vida un sentido del que carecen en su mero producirse. (p15)

Gonzalo Torrente Ballester es aún más preciso cuando afirma

Todo lo que está en un libro estuvo antes en la realidad. Pero nunca está en el libro como estuvo en la realidad. Y esto es así porque la palabra, nuestra herramienta

principal, tiene dos contenidos fundamentales: el contenido conceptual y el contenido imaginativo (p 91).

Realidad y ficción, ética y estética, la literatura bordea y acerca dos mundos que podrían ser pensados como antagónicos, pero que en realidad se apoyan y se complementan. El proceso de creatividad operaría, por consiguiente, con la imaginación actuando sobre la memoria. En mi novela, el personaje de Adela necesita escribir sus recuerdos, para que su vida no se diluya en una cotidianeidad que intenta hacer desaparecer su esencia como persona y su amiga, Elisa, confiesa a su pareja que necesita reescribir esas memorias para poder entender. La escritura, en el caso de Adela, opera como construcción y creación, en el caso de Elisa como indagación y comprensión.

Desde el principio, se hace patente en la novela la importancia de la palabra escrita y del discurso literario. Elisa recibe los diarios y las notas de Adela junto con una carta en la que le comunica que ha decidido poner voluntariamente fin a su vida y le pide que averigüe las causas de su muerte, porque ella, que había padecido los efectos de una fuerza que, maniobrando a sus espaldas, la había llevado a la invisibilidad, al oscurantismo y a la anulación como ser humano, nunca había conseguido averiguar el origen de todo aquello, ni la identidad de las personas que con tanta impunidad estaban actuando en contra de sus intereses.

La memoria, los testimonios de las personas cercanas a Adela, los hechos relatados en los diarios y las conclusiones a las que llega la propia Elisa, basadas en lo que va averiguando, serán recursos que aparecerán en la novela. De esta manera, con

el pretexto de entender una muerte para explicar una vida, la novela irá mostrando un contexto que se reconstruye por medio de diferentes voces.

Sinopsis de la novela

Han pasado cuarenta años desde la muerte del general Franco. Pero la democracia surgida en España después de la muerte del dictador, lejos de asentarse, ha ido retrocediendo en derechos desde los últimos años. Posiciones ideológicas de grupos radicalizados han ido cobrando fuerza ante la aparente indiferencia política con la que han vivido las últimas generaciones. Una indiferencia que ha abierto el camino al odio y al fanatismo que, de manera sigilosa y sin encontrar ningún obstáculo, se ha ido asentando en diferentes instituciones. Se pretende, en la novela, exponer dónde y cómo operan los nuevos mecanismos de represión y qué ideologías los legitiman.

La historia constará de dos partes; la primera abarcará la segunda mitad del franquismo hasta la muerte del dictador, período, éste, en el que transcurre la infancia de Adela, su adolescencia y su incorporación a la universidad. En esta última etapa, Adela asumirá su condición sexual y vivirá su primera relación en un contexto políticamente convulso, cuya exposición se irá intercalando con la de su historia personal. La segunda parte se extenderá hasta el momento actual y conoceremos la manera de operar de los mecanismos que actuaron en contra de sus intereses.

Como tesis de esta maestría, se presenta la primera parte de la novela, concebida como exposición de ambientes y personajes. En uno de los capítulos, Elisa

le confiesa a su pareja, Ferrán, que la clave para entender lo que pasó con Adela reside en la propia Adela, o en algo que ella no supo ver por estar demasiado cercano. Ella está convencida de que nunca se puede entender lo que, de verdad, le ocurrió a cualquier ser humano, si no conocemos en, profundidad, al personaje y el proceso de gestación que lo llevó a convertirse en la persona que es. Este proceso con saltos en el tiempo es el que se muestra en esta parte. Breves pinceladas servirán también para retratar los rasgos de algunos miembros de su familia que cobrarán mayor protagonismo según avance la novela; personajes contrapuntísticos, como su hermana, que tendrá papel relevante en el cúmulo de hechos, que condicionaron la trágica decisión de la protagonista, y dejará patente la existencia de las dos Españas, un fantasma que resucita años después de la Guerra Civil. Esta primera parte de la novela se cierra con el viaje de Elisa a una universidad de otro país, un marco que aportará una vía para iniciar la investigación que llevará al esclarecimiento de los hechos. A partir de ahí, la estructura de la novela irá mostrando al lector las contradicciones y el contraste existente entre lo que Adela percibe y refleja en sus escritos y lo que realmente está ocurriendo.

Poética

El concepto de poética tiene su origen en Aristóteles y en la reflexión estética que este autor hace a la hora de definir la tragedia y sus artes imitativas. Es, la suya,

una exposición de límites y diferencias que alejan los géneros entre sí, en su afán de dotarlos de una identidad singular y propia. Independientemente de que el postmodernismo haya desdibujado las dicotomías aristotélicas, especialmente las que atañen a la diferencia entre discurso literario y discurso histórico,¹ este concepto aristotélico de división no puede estar más alejado del que yo tengo acerca de lo que debe ser una obra literaria y de la manera de abordar una temática.

Suscribo las palabras de Belén Gopegui cuando, reflexionando sobre el proceso de escritura y en consonancia con el pensamiento de José María Merino, afirma que la novela es un objeto destinado a producir sentido. Continúa la autora afirmando que semejante concepción hace que pasen a segundo plano cuestiones como la supuesta independencia del lenguaje o la tajante división entre fondo y forma, porque ni el mundo que se construye, ni los personajes que aparecen, ni las metáforas que se emplean son estructuras independientes; muy al contrario la utilización que se hace de cada uno de estos elementos no la dicta la estilística, ni la capacidad de fabulación, sino que obedecen a las leyes que va dictando el sentido de lo narrado. Mostrar ese sentido de manera coherente es el gran desafío al que he aludido unas líneas más arriba.

En un intento de desdibujar barreras y fronteras que afectan tanto a la ética como de la estética, Gopegui compara la idea que podría surgir en nuestra cabeza sobre la concepción del mundo tras leer una frase de Proust sobre los celos, con la que acudiría a nuestra mente si leyéramos un tratado de psicología sobre este tema, y establece paralelismos entre la expresión literaria y la pictórica a la hora de reflejar un

¹ Ver los estudios de Collingwood, Cowert, Fleishman and Hutcheon.

prado que nos impacta, o entre poesía y prosa si nos detenemos a analizar la musicalidad de las palabras. Todas estas comparaciones no hacen más que visibilizar la poca consistencia que, a día de hoy, tiene ese empeño en querer separar las diferentes formas de expresión artística especialmente si lo que priorizamos es dar voz a una experiencia y no la manera en que otorgamos esa voz. Paul Ricoeur, consciente del papel relevante de la escritura con respecto al autor, analiza en su *Hermenéutica* la manera en que las intrigas que inventamos nos ayudan a configurar nuestra propia experiencia personal que suele ser confusa y en el peor de los casos incluso muda. Para mí esa es justamente la poética que debe de regir en toda obra literaria: poner voz a una experiencia que, aunque no sea muda, puede contener un discurso inaudible. Y desde esta perspectiva, creo justificado afirmar que cada obra literaria producida tendrá su propia poética, en el sentido de que deberá buscar y mostrar las voces que más se adecuen a la experiencia o al mensaje que quiera emitir, estableciéndose así una íntima y estrecha relación entre el fondo y la forma. Siempre he defendido que son las propias historias las que eligen la manera de ser contadas, y últimamente he podido descubrir a autores como José Luis Sampedro afirmando:

Fondo y forma son parte de un todo y cada historia reclama su manera propia de narrarlo (2005: 124)

o como Ana Navales confesando

Me inclino por el pluriperspectivismo y creo en la polifonía de la novela y, así, aunque pueda adoptar, en ocasiones, la primera persona, técnica que podría resultar simplista y que supone al narrador incluido en la realidad representada, cambio con distintos recursos, no solo el dialogo, de punto de vista, incluyendo distintas voces y combinando las formas verbales, para que el lector tenga una visión múltiple y una interpretación distinta de los hechos, sin ceder las riendas de la historia, pero abriendo paso sutilmente a otros personajes, principales o secundarios (p 197)

Pluriperspectivismo y polifonía dos valores que definiendo y que podrían perfectamente nombrarse como características de la novela que escribo, ya que en ella cumplen la función de exponer hechos, construir identidades, investigar y apoyar a la memoria en su empeño de reflejar un contexto. Todo ello para poder aprehender esa realidad que, algunas veces, se escurre ante nuestros ojos y liberar voces y discursos acallados porque la literatura también tiene un potencial subversivo; puede contar lo que la historia oficial pretende silenciar y llegar más allá de lo que dictan leyes y convenciones. Montserrat Roig lo expresó con estas palabras

La literatura, a mi parecer todavía tiene una función que nada puede sustituir: la de liberar las voces del mundo, las voces antiguas frente a la Voz, la que brota en el altar de nuestros hogares, la que coacciona nuestra imaginación, privándonos de la libertad de soñar por cuenta propia (p 45)²

No se puede, por tanto, hablar de literatura sin hablar de vida. Pero el autor no es un demiurgo, los personajes, los hechos, que van configurando el argumento, el telón de fondo, que compone la trama, se van construyendo página a página. La narración, aunque siga las pautas que obedecen a la idea y al mensaje, que se quiere transmitir, puede adquirir, y es conveniente que lo haga, una cierta autonomía respecto a los planes que inicialmente el autor tenía concebida para ella, lo que yo llamo “permitir que la novela respire”, para que tenga vida propia y la historia a contar no esté encorsetada por parámetros diseñados antes de ponerse a escribir. Antonio Muñoz Molina, que ha ahondado sobre esta cuestión, afirma

² Ver German Gullón “El novelista actual y la teoría literaria” en *El arte de narrar* .

Ni para vivir ni para escribir sirve de nada un exceso de cálculo. Más bien conviene, como sugiere Nietzsche, andar un poco desprevenidos. Una novela recién comenzada puede malograrse si quien la escribe sabe demasiado acerca de ella: teniendo el libro completo en la imaginación, con todos los detalles de la trama y los rasgos de los personajes, no existe una verdadera necesidad de escribirlo. En tal caso, sería más cómodo y más excitante contarlo de viva voz, como los narradores antiguos y confiar su supervivencia no al papel y a la letra impresa, sino a las conciencias y a las voces de los otros (1997:343)

También José Luis Sampedro se ha pronunciado sobre este tópico siendo aún más explícito que su compatriota.

La recogida de material continua durante toda la obra, pero, poco a poco, la fase inicial va dando paso a otra ocupada en ensamblar esos materiales e invenciones [...] Se va trazando ya el plano de la obra, es decir, el argumento, para el cual hemos ido recogiendo datos sin saber cuál iba a ser su lugar en el conjunto. Al principio apenas se intuye que algunos elementos van al principio y otros al final, dejando pendiente la ubicación de los demás.

Esta tardía elaboración del argumento sorprende a quienes consideran lógico empezar trazando claramente el camino que ha de recorrer la novela. Tienen razón, pero la vida no es lógica y las previsiones por racionales que sean, pueden cumplirse o no. En mi experiencia la tarea comienza con apenas una idea todavía imprecisa, aunque lo bastante importante como para poner en marcha la tarea. Es como divisar a lo lejos la cima de una montaña y decidir escalarla antes de conocer la ruta y las etapas del camino hacia ella. Solo al ir avanzando se van distinguiendo las laderas accesibles y es entonces cuando cabe planear con precisión los detalles de la escalada, que, aun así, habrán de rectificarse más de una vez en el ascenso (1997:122)

He dicho ya que creo en el pluriperspectivismo y en la polifonía y me gustaría, por último, referirme a la manera en que he resuelto algunos de los problemas que se me han presentado por defender estos principios. Un pluriperspectivismo significa la visión de varios personajes. En esta polifonía un narrador equiscente aparece como uno más, porque el mundo está lleno de voces en primera persona que se mezclan y alternan, que se citan e interpelan. Equiscente porque focaliza a través de la mirada

de los diferentes personajes, aunque, algunas veces pueda facilitar información sobre ellos para hacer el relato más comprensible al lector.

Otra de las cuestiones que me planteé fue la mejor manera de transcribir las diferentes voces. Una misma voz puede hablar sobre algo que está viviendo en el momento que escribe, pero si habla acerca de su pasado será la memoria la que informe y ese discurso va a estar impregnado de una fuerte subjetividad. Una subjetividad que necesitará ser descifrada por el personaje que lea esos escritos para poder entender y calibrar mejor la naturaleza del personaje que los suscribe. Es lo que le ocurre a Elisa cuando intenta dar coherencia a los diarios y las notas que recibe de Adela. A su vez, Adela se planteará el mismo problema cuando transcribe las cartas que su amante le envía de París y al mismo tiempo evoca los días que ambas vivieron juntas en la capital francesa. Las cartas son testimonios inalterables, pero la percepción del pasado es subjetiva y caleidoscópica porque nunca se vuelve a los recuerdos de la misma manera. El viaje al pasado siempre va a estar condicionado por el momento presente en que se recuerda. Y me parecía que había que resaltar eso ante el lector. Al final opté por transcribir en *itálicas* única y exclusivamente aquellos documentos (como cartas o recortes de prensa) que la memoria no pudiera manipular, marcando así una diferencia con el resto del discurso narrativo. Un discurso que podrá revestirse de diferentes matices en función no tanto del personaje que habla como del contenido de lo que se está narrando, descriptivo no exento de humorismo, crítico, evocador e incluso teñirse de un cierto lirismo, como en el capítulo quinto. Un capítulo escrito en una prosa que podríamos denominar intimista, porque todo lo que se cuenta va a estar tamizado por la emotividad de una mirada amorosa, que hace sentir su huella incluso

cuando describe escenarios que solo son un telón de fondo para hechos que no derivan necesariamente de una relación personal.

Conclusión

Al principio de este prólogo, me declaraba culpable por mis reiteradas interpelaciones en el afán de encontrar respuestas clarificadoras y definitivas, y, ahora, cuando estoy a punto de concluirlo, me veo también en la necesidad de declararme culpable. En esta ocasión, por no tener clara la respuesta que está o debería de estar en la base de todo trabajo ¿Por qué supongo que mis historias pueden dar sentido al mundo? Imagino que algo debe de influir el componente moral que impregna el discurso literario. No puede ser “despiste” de los críticos el que nunca se interrogue a un pintor acerca de las motivaciones que le llevan a pintar, ni a un músico sobre los estímulos que le llevan a componer, pero sí es frecuente querer conocer las razones que llevan a un escritor a escribir. Como bien apunta Soledad Puértolas en su obra, por paradójico que esto pueda parecer, el autor es el menos indicado para responder a este tipo de cuestiones; él ya ha escrito su obra, ha trazado la mitad de una curva que busca un punto de encuentro con el lector, pero la tarea realizada no le capacita para conocer las razones de existencia de ese punto de encuentro. Continúa afirmando esta autora que los narradores somos herederos de Sherezade y todas las historias que somos capaces de inventarnos solo sirven para comunicar la incertidumbre de nuestra condición. Tal vez sea esa incertidumbre la verdadera razón de ser de la literatura.

Pero la incertidumbre no significa el caos, la nada absoluta, la escritura necesita una razón de ser, algo que justifique ese componente moral que siempre lleva implícito y que necesariamente ha de basarse en la comunicación que establece con el lector. Una comunicación heterológica formada con diferentes enunciados que se van entrelazando, superponiendo, estrechando vínculos de forma que ninguno de ellos pueda entenderse si se le desgaja de ese tejido que han sido capaces de componer entre todos. Un dialogismo, entendido a la manera de Bajtín, basado en la indivisible relación entre lo individual y lo social, lo personal y lo colectivo y que alcanza su verdadero significado en la interacción entre el hablante y el receptor, entre el narrador y el lector. Adela escribe por una razón de supervivencia, para dejar constancia de ese amargo y triste sabor que se genera en el alma cuando lúcidamente uno se siente ajeno a todo lo que le rodea y se niega a participar en una farsa común y anhela otro orden que garantice la dignidad individual y colectiva. Los agentes que la amenazan están ocultos, diluidos en el día a día, como bien reflexiona su amiga Elisa, haciendo que lo anormal o lo monstruoso parezca normal por el mero hecho de ser cotidiano. El sueño de la razón produce monstruos y el discurso de la novela, en cuanto exposición de prácticas que se justifican en la sinrazón, solo aspira a que esa razón despierte y esté lúcida durante su lectura. Ese camino puede ser tan válido como otro para buscar un nuevo orden. György Lukács decía que la novela es la epopeya de un mundo sin dioses.

La novela expone los medios por los que un fanatismo religioso intenta anular y excluir socialmente a Adela, estigmatizada simplemente por ser como es, pensar como piensa y representar el estilo de vida que representa. Era importante presentarla al

lector y a ello se dedican los capítulos segundo, tercero, cuarto y quinto. Ha sido mi elección el que en ellos apenas haya dialogo, he querido con ello resaltar más las voces que hablan en primera persona. Cariz muy diferente tienen los capítulos sexto y séptimo porque en ellos el pasado lo conocemos a través de las voces de diferentes personajes. Es incuestionable que el diálogo imprime mayor agilidad a cualquier narración y soy consciente de que en toda novela no puede haber una dicotomía demasiado marcada entre una parte descriptiva y otra narrativa, entendiendo por narrativa la enumeración de hechos y eventos. Por eso, no descarto que, en la versión final, cuando la segunda parte esté concluida, haya cambios en la disposición de ese material. Pero para esta tesis he querido centrarme en la construcción de los principales personajes, Adela y Elisa, en su entorno y en la manera en que lo perciben.

Por último, decir respecto a la bibliografía consultada que, siempre que he podido, he arropado mi pensamiento con citas. El resto de los libros que figuran en ella, aunque no los cite directamente, han contribuido a crear en mi mente un sustrato del que me he nutrido tanto para escribir la novela como para escribir el prólogo. Algunos de ellos figuraban incluso entre la bibliografía aportada cuando presenté la propuesta de tesis. En cuanto a la lista de los libros de memorias he querido centrarme en las últimas lecturas por estar más frescas.

Bibliografía consultada

Álvarez, Julia. *Tiempo de las mariposas*. Argentina. Editorial Atlántida. 1994.

Bakhtin M.M. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Ed. Michael Holquist.

Austin: University of Texas Press. 1981.

Barral, Carlos. *Memorias*. Barcelona. Lumen. 2015.

Barthes, Roland. "L'effect de réel" en *Communications* 11. 1968.

Boden, Margaret A. *The Creative Mind: Myths and Mechanisms*.

Londres: Weidenfield and Nicholson. 1990.

Bozzi, Paola. "Facts, Fiction, Autofiction and Surfiction in Herta Müller's Work".

Herta Müller's Work: Politics and Aesthetics. Bettina Brand and Valentina

Glajar (eds.) University Nebraska Press, 2013. Pp109-129.

Collingwood, R.G. *The Idea of History*. Oxford: Clarendon Press. 1962.

Cowert, David. *History and Contemporary Novel*. Southern Illinois. VP Carbondale

and Edwardsville. 1989.

Diccionario de la Literatura Mexicana, S. XX. (ed.) Armando Pereira. México. UNAM

(Filosofía y Cultura Contemporáneo) 2004.

Diez, Luis Mateo. *El porvenir de la ficción*. Madrid. Caballo Griego para

la Poesía. 1992.

- Díez de Revenga, Francisco Javier. *La novela política, novelistas españoles del S.XXI y compromiso histórico*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014.
- Fleishman, Avrom. *The English Historical Novel: Walter Scott to Virginia Woolf*. Baltimore & London. John Hopkins Press. 1971.
- Federman, Raymond. *Surfiction: Four Propositions in Form of An Introduction*. Ver *Surfiction: Fiction Now & Tomorrow*. (ed.) Swallow Press. 1975.
Revised & Expanded edition. Ohio. University Press. 1981.
- Glover, John A., Royce R. Ronning y Cecil R. Reynolds (eds.) *Handbook of Creativity*. New York and London. Premium Press. 1989.
- Gómez de la Serna, Ramón. *Automoribundia*. Madrid. Marenostrom. 2008.
- Gopegui, Belén. “La posibilidad de escribir” en *Escritores ante el espejo*. (ed.) Anthony Percival. Barcelona. Lumen. 1987
- Goytisolo, Juan. *Coto vedado*. Madrid. Alianza Editorial. 1985.
_En *los reinos de Taifa*. Madrid. Alianza. 1986.
- Gullón, Germán. “El novelista actual y la teoría literaria” en *El arte de narrar* (ed.) Marina Mayoral. Madrid. Catedra. 1989.
- Hutcheon, Linda. *A Poetic of Postmodernism, History, Theory, Action*. London and New York, Routledge, 1988.

- _ *The Politics of Postmodernism*. London and New York. Routledge. 1989.
- Lukács, György. *Teoría de la novela*. Barcelona. DeBolsillo, 2016
- Luiselli, Valeria. *Los niños perdidos*. Madrid. Sexto Piso. 2016.
- Marina, J. Antonio. *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona. Anagrama. 1993.
- Mayoral, Marina. *El arte de narrar*. Madrid. Cátedra. 1989.
- Mayoral, Marina. *El personaje novelesco*. Madrid. Cátedra, 1990.
- Merino, José María. *Ficción continua*. Barcelona. Seix-Barral, 2004.
- Moix, Terenci. *El peso de la paja*. Barcelona. Planeta. 2008.
- Muñoz Molina, Antonio. *La verdad de la ficción*. Sevilla: Renacimiento. 1992.
- Muñoz Molina, Antonio. “El azar de la invención” en *Escritores ante el espejo*
(ed.) Anthony Percival. Barcelona. Lumen. 1997.
- Navales, Ana María. “El sentido de mi escritura” en *Escritores ante el espejo*
(ed.) Anthony Percival. Barcelona. Lumen. 1997
- Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido. Memorias*. México. Seix Barral, 1975.
- Nieva, Francisco. *Las cosas como fueron. Memorias*. Madrid. Espasa Calpe, 2002.
- Palacios, Gloria. *José Luis Sampedro. La escritura necesaria*.
Madrid. Siruela. 1996.
- Puértolas, Soledad. *La vida oculta*. Barcelona: Anagrama. 1993.

- Racionero, Luis. *El arte de escribir (emoción y placer del acto creador)*
Madrid. Temas de Hoy. 1999.
- Ricoeur, Paul. *Hermenéutica y acción*. Buenos Aires. Prometeo. 2008.
- Riera, Carmen. “Para contar los cuentos de mi abuela” en *Escritores ante el espejo* (ed.) Anthony Percival. Barcelona. Lumen. 1997.
- Roig, Montserrat en German Gullón “El novelista actual y la teoría literaria” en *El arte de narrar* (ed.) Marina Mayoral. Madrid. Cátedra. 1989.
- Sampedro, José Luis. “Cuando escribir es vivir” en *Escritores ante el espejo* (ed.) Anthony Percival. Barcelona. Lumen. 1997.
- Sampedro, José Luis. *Escribir es vivir*. Barcelona. Plaza & Janes. 2005.
- Sebald, W.G. *Austerlitz*. Barcelona. Anagrama. 2014.
- Todorov, Tzvetan. “La categoría del relato literario” en *L’analyse structurale du récit*, *Communications*. N. 8. Traducción, Beatriz Dorriots, pp 155-192.
- Torre, Saturnino de la. *Creatividad plural: sendas para indagar sus múltiples perspectivas*. Barcelona. PPU. 1993.
- Torrente Ballester, Gonzalo. “Charla canaria sobre la creación” en *Escritores ante el espejo* (ed.) Anthony Percival. Ibídem.
- Tusquets, Esther. *Habíamos ganado la guerra*. Barcelona. Bruguera. 2008.

Vargas Llosa, Mario. *El pez en el agua*. Barcelona. Seix Barral. 1993.

Vargas Llosa, Mario. *A Writer's Reality*. (ed.) Myron. L. Lichtblau.

Syracuse: Syracuse. 1999.

White, Hayden. *The Contest of the Form. Narrative Discourse and Historical*

Representation. Baltimore. John Hopkins. 1987.

NOVELA

LAS INCONTESTABLES FORMAS DE LAS SOMBRAS.

CAPITULO PRIMERO.

LLEGA UNA CARTA.

Alguien me dijo una vez que lo que hacía bellas las puestas de sol era la proximidad de la muerte, porque, al teñirse de rojo por los efectos de un sol a punto de extinguirse, todo en la naturaleza adquiría un esplendor como nunca antes había conocido. Me gustaría pensar que el ser humano es diferente, y que la vida de cada uno se dignifica con la propia vida, pero hay ocasiones en que solo la muerte consigue mostrar ese esplendor, desvaneciendo sombras que eclipsaron toda una existencia y liberando con ello una luz que, al destaparse, ilumina pasajes desconocidos que no dejan indiferentes a nadie. La muerte de Adela fue una de esas muertes.

Aquel día había quedado con mi editor. El intenso aguacero caído a primeras horas de la mañana había hecho que el tráfico fuera un auténtico caos en el que era imposible circular. Cuando por fin conseguí llegar con el coche, me llevó tiempo encontrar un sitio para aparcar y, por si esto no bastara, en mi rápida carrera intentando ser puntual, había metido los pies en un charco. Ahora tendría que estar toda la reunión sintiendo aquella humedad y semejante perspectiva me ponía de mal humor. Incómoda y contrariada, apenas presté atención a la recepcionista cuando me dijo que se había recibido un paquete para mí. Fue más tarde, ya cómodamente en casa, cuando me decidí a abrir aquella caja, sin remite, no demasiado voluminosa, aunque algo pesada, que contenía unos cuadernos, algunas fotos y varios recortes de

prensa. No me tomó mucho tiempo adivinar que la persona que me lo enviaba era Adela. Lo supe incluso antes de encontrar la carta que iba dirigida a mí.

Querida Elisa

Hoy he descubierto que la vida viaja con billete de ida y vuelta, que para recuperar el pasado no siempre se necesita un esfuerzo, porque, algunas veces, regresa de manera accidental. Ocurrió esta mañana, cuando tuve en mis manos la revista que publicaba tu trabajo sobre los refugiados sirios y mencionaba el premio que te habían concedido. Después de tantos años de silencio volvía a reencontrarme contigo a través de unas fotos que dejaban patente la denuncia y el compromiso de su autora, y que a mí me recordaban la persona inconformista que había conocido, con aquellos rizos rebeldes al peine y aquellos calcetines a medio camino entre la rodilla y el tobillo, fracasando siempre en su intento de mantenerse alzados.

Esta carta la dirijo a la amiga con quien compartí un tiempo que habría de marcarnos a las dos, pero también a la fotógrafa que sabe acercar a los demás lo que ella ve. No me sorprendieron ni las fotos ni el premio que te dieron, nunca he conocido a otra persona que tuviera tanta capacidad como tú para captar la esencia de las cosas, y no estoy hablando de lógica o de sentido común, me refiero a esa habilidad tuya para conseguir que nada te desvíe del asunto principal por mucho ruido que escuches o por mucha información confusa que puedas llegar a recibir. Imagino que a ello te habrá ayudado la particular manera que tienes de leer, o al menos tenías en la época en que yo te conocí. Te recuerdo en el estudio, con dos novelas diferentes

encima de la mesa, colocadas una debajo de la otra, leyéndolas simultáneamente, empezándolas y terminándolas prácticamente a la vez. Un ejercicio en el que tus ojos alternaban el recorrido por dos narraciones diferentes, sin que por ello en tu mente se mezclasen argumentos y personajes. Algunas veces, si yo conocía las obras, te sondeaba para comprobar si habías asimilado su contenido sin interferencias de una en otra y siempre me demostraste que tu mente era perfectamente capaz de disociar las historias, aunque te hubiesen llegado de manera mezclada. Para mí fue siempre un misterio cómo lo conseguías.

*¿Recuerdas cuándo vimos juntas la película de Saura, **Elisa vida mía**? Te comenté entonces que imaginaba mi vida futura como la de aquel profesor, viviendo en un caserón a la salida del pueblo y yendo a dar mis clases en bicicleta. Qué distinto ocurrió todo. No lamento, sin embargo, que mis pasos caminaran en otra dirección y tengo que decir que he vivido sin arrepentimientos falsos o culpables. Fue justamente después, al intentar retomar el camino abandonado, cuando dejé de tener el control sobre mi vida y sentía que me iba diluyendo en un día a día que anulaba todo lo que había sido. Por eso comencé a escribir unos diarios y unos cuadernos que no tienen más finalidad que la de dejar constancia de la persona que realmente fui y no ser invisibilizada por completo. La memoria puede rescatar del olvido, pero no puede reconstruir lo que nunca fue y no quiero que eso me pase a mí.*

Desde hace tiempo una fuerza invisible y poderosa, a la que me es imposible combatir, me alcanza de vez en cuando arrastrándome hacia atrás cada vez que doy un paso hacia adelante. En los escritos que te enví hallarás descripciones de sus efectos y también de cosas inexplicables que sucedieron. Estoy convencida de que

nada de lo relatado es producto de la casualidad, aunque no pueda determinar qué es lo que está pasando exactamente. Es una lucha que dura ya mucho tiempo, estoy demasiado cansada para seguir empleándome en este inútil combate y he decidido ponerle punto final voluntariamente. Si te escribo es para hacerte llegar mi deseo de que descubras las causas de esta pesadilla de la que no consigo despertar. A ti, Elisa, te corresponderá hacer una valoración de lo que leas y de lo que consigas averiguar. No conozco a nadie más capaz.

*No deberás entristecerte cuando leas esta carta que solo será la prueba de una muerte física, la verdadera tuvo lugar hace mucho tiempo. Cuando llegue el momento, te haré llegar un paquete a la redacción de la revista en la que colaboras. No sé cuál será el sendero que recorrerán mis últimos pasos, ni qué luz o qué sonido me llevaré conmigo. Solo sé que mi último pensamiento será para ti, **Elisa, vida mía**, con el convencimiento de que cumplirás mi encargo.*

Siempre.

Adela

Necesité dos copas de coñac para que mis empañados ojos volvieran a ver con claridad y conseguir que la razón se abriera paso en medio del dolor que me había producido la lectura de aquella carta. Adela había muerto. La persona que había influido en mi decisión de ser fotógrafa me entregaba ahora retazos de su vida para pedirme que hiciera visible lo que ella no había sido capaz de ver. Siempre he creído que la mejor manera de sacar a la luz lo que está oculto es dejar constancia de las

causas y no de los efectos. No basta con mostrar, hay que demostrar el origen de ese sufrimiento. Sé por experiencia que casi siempre las cosas invisibles lo son por estar demasiado cercanas a nuestro entorno, por su capacidad de diluirse en el día a día. La mayor monstruosidad puede ser vista como normal por el simple hecho de ser cotidiana y para destaparla hay que saltarse los límites y las fronteras. Solo yendo más allá de lo estipulado o lo permitido, se está en condiciones de ver física o mentalmente, primer paso para llegar a conocer la verdad y no ese pálido reflejo que, muchas veces, solo es la realidad que tenemos ante nuestros ojos.

Ahora afrontaba mi mayor reto profesional, reconstruir unos hechos para entender una muerte y explicar esa muerte para dejar constancia de una vida ¿Cómo y cuándo había empezado todo? En aquellos momentos, lo único que yo tenía claro era que, aunque la conocía de cursos anteriores, el verdadero origen de mi relación con Adela se remontaba al último año que habíamos pasado juntas en aquel internado de Oviedo. Cerré los ojos y me concentré en aquella época y en la imagen de aquel colegio.

CAPÍTULO SEGUNDO.

VER PARA ENTENDER Y CONTAR.

Nada en la fachada de piedra del colegio recordaba los ornamentos del palacete que había sido. Un enorme portón de madera dejaba ver, cuando estaba abierto, un suelo de mármol negro y marfil con unas escalinatas al fondo que conducían a la puerta principal flanqueada por dos hornacinas vacías. No era esta puerta, sin embargo, la que solía utilizarse habitualmente, prefiriéndose el camino que se tomaba a través de una verja que siempre permanecía abierta, para permitir el tránsito de personas y vehículos. Cruzando el patio se llegaba al edificio central y a dos pabellones más, uno, conteniendo el gimnasio y una capilla, y el otro con aulas y dormitorios destinados a las alumnas de los tres primeros cursos. Desde este mismo patio se accedía también a los jardines, que se ensanchaban conforme ibas ascendiendo una pequeña colina que concluía en el paseo de los tilos, una avenida bordeada de árboles con el suelo resquebrajado y levantado por el efecto de una tierra nunca terminada de domar. Cuando llegábamos al regreso de las vacaciones de verano, el paseo estaba ya cubierto por una alfombra de tonos ocres y dorados, que se volvía marrón oscuro conforme avanzaban los meses. No recuerdo haberlo visto nunca completamente limpio de hojas, los jardineros parecían delegar en el viento ese trabajo y el descuidado aspecto que ofrecía con sus bancos desgastados, tenía el encanto de esas estaciones perdidas por las que ya no circula ningún tren. El paseo de los tilos era también el punto límite para las alumnas, porque a partir de allí no estaba permitido seguir

subiendo y llegar hasta la tapia que nos separaba de los jardines del seminario que se extendían al otro lado.

Era mi cuarto año allí, lo que significaba que las clases las tendría en el edificio central y también el dormitorio, que dejaría de ser colectivo y compartiría solamente con otra persona. Imaginar quién sería mi compañera de cuarto y repasar mentalmente lo que habían sido mis años anteriores ocupó una buena parte de mis pensamientos durante el viaje que mis padres y yo emprendimos desde León. Ojalá me tocara con Adela, pensé.

La tarde estaba cayendo cuando llegamos. Un cuadro de profesoras recibía a los padres y madres que iban llegando con sus hijas. Saludos de rigor y despedidas cordiales. Aún no había desaparecido de mi vista el coche de mi padre, cuando escuché una voz llamándome desde una ventana. Miré hacia arriba y allí estaba Adela haciéndome señas con los brazos.

-Elisa, sube. Compartimos cuarto.

Adela Cortés, ponte del revés. La estúpida canción se la cantábamos a sus espaldas, era nuestra venganza por sabernos excluidas del mundo en el que parecía estar siempre sumida. Sería, ausente, ninguna de las cosas por las que nos preocupábamos la mayoría de nosotras generaba en ella el más mínimo interés. Aparentemente, no parecía molestarse por las bromas que, a veces, le gastábamos. Siempre dispuesta a echarme una mano, podías contar con ella, si se trataba de pedirle un favor, pero el sentimiento que te transmitía era más de condescendencia que de

cercanía. Pienso que, en el fondo, se consideraba superior a todas nosotras, y creo que gran parte del rechazo, que generaba entre sus compañeras, estaba motivado por el hecho de que no teníamos más remedio que admitir que en efecto era así. Ávida lectora, tenía una formación literaria que superaba a la de cualquier niña de su edad. Se sentía especialmente cómoda hablando de autores franceses y rusos, o nombrando a los clásicos españoles, citando sin titubeos obras y párrafos enteros que se sabía de memoria.

Se había ganado el respeto de todas nosotras, por negarse a participar en uno de los actos que tenían lugar con motivo del aniversario de la muerte de los fundadores. Una custodia, conteniendo la eucaristía, permanecía expuesta toda la noche en la capilla del edificio principal y, para que siempre estuviera acompañada, las religiosas habían establecido turnos de adoración nocturna entre las internas. Encontraban muy normal que niñas de entre diez y trece años fuesen despertadas a las dos, las tres o las cuatro de la mañana para rezar media hora, Adela protestó enérgicamente y dijo que aquello era una salvajada. Han pasado muchos años desde entonces y, mirándolo con la perspectiva de ahora, creo que tenía toda la razón. Las religiosas, a cuyo cargo estábamos, vestían de seculares, intentando imprimir con ello un aire de modernidad, pero la misa y el rosario eran diarios y obligados, además de la particular costumbre de interrumpir el sueño. Pensando en lo que eran los colegios de aquella época, no puedo encontrar un ejemplo mejor de aquella España opaca, que basaba sus cambios en el maquillaje, pero seguía siendo refractaria a cualquier acción que supusiera un cambio profundo en sus estructuras.

No fue éste el único acto de rebeldía de Adela y pagó un amargo precio por ello. Se iba a celebrar un torneo provincial de atletismo entre colegios y los tres primeros alumnos y alumnas clasificados de cada modalidad acudirían al que estaba previsto celebrarse en Madrid. De toda la clase, ella era la que más sobresalía en salto de longitud. Quién iba a decirnos que aquella impenitente lectora destacara en atletismo. La profesora de gimnasia se ofreció a entrenar a las seleccionadas por la mañana antes del inicio de las clases, lo que significaba que las alumnas internas, como ella, no podían acudir a la obligatoria misa de las ocho. La solución adoptada por las monjas fue imponerles el asistir a la que se celebraba a las seis de la tarde, prescindiendo con ello de la hora del recreo. Adela se negó a acatar la orden. Renunciar a un legítimo rato de expansión, le parecía demasiado sacrificio y todos los días, saltando por las ventanas del pabellón de gimnasia, llegaba hasta el paseo de los tilos para poder tomarse su merienda tranquilamente. Alguien la descubrió y le prohibieron terminantemente volver a entrenar. A pesar de ello, acudió al campeonato provincial, pero la falta de entrenamiento le pasó factura. Quedó clasificada la cuarta y no pudo competir en el nacional.

Su espíritu seguía sin ser doblegado y tuvo ocasión de demostrarlo en el comedor. Adela no soportaba el olor del parmesano, siempre decía que le producía náuseas y, por este motivo, nunca se comía los macarrones que solían llevar una más que generosa cantidad de aquel queso. Una noche, pocos días después de prohibirle los entrenamientos, nos los dieron para cenar y, en contra de lo que era habitual, le sirvieron una ración.

-Te los comerás como todas las demás. Se acabaron los caprichos -le anunció la teresiana que aquella noche supervisaba las cenas.

No pronunció una palabra, pero su boca cerrada con firmeza presagiaba que no cedería. Llegó la hora del segundo plato, que repartieron a todas menos a ella, que seguía sin comerse los macarrones, y lo mismo sucedió con el postre. Le prohibieron abandonar el comedor hasta que no se los hubiera terminado. Las demás nos dirigimos al estudio, como siempre hacíamos después de la cena y antes de acostarnos. Las horas fueron pasando, se apagaron luces y no aparecía. Esperé un buen rato para asegurarme de que nadie me vería y luego sigilosamente bajé hasta el comedor. Ella seguía todavía con los codos apoyados en la mesa y la cara entre las manos, la misma expresión ausente y el plato intacto. Me senté a su lado, sin que las dos hiciéramos ningún tipo de comentario, y comencé a devorar aquellos macarrones tallados a velocidad olímpica, con mis dos mejillas hinchadas como si fuera el anuncio de neumáticos Michelin. La situación era tan cómica que finalmente Adela se echó a reír y, así, cogidas de la mano y conteniendo la risa para no ser descubiertas, nos dirigimos al dormitorio. Desde aquel día fuimos amigas. Y nunca más volvieron a servirselos, aunque el mérito no dependió de la cabezonería de Adela sino de la expresa petición que hizo su madre al colegio.

Subí corriendo las escaleras para encontrarme con ella, tenía ganas de verla y de que me contara cómo había pasado las vacaciones. Lo que ella vivía, no sé si real o inventado, siempre era diferente y mucho más interesante que lo que vivíamos las demás.

El cuarto era abuhardillado, pero con la suficiente altura como para permanecer de pie en cualquier ángulo de la habitación. Dos camas con nuestros nombres encima del cabezal, dos mesitas, dos sillas y dos armarios empotrados era todo el mobiliario. Lo que más llamó mi atención fue el grosor de las paredes. Las ventanas tenían una contraventana interior y entre ellas y el cristal, que se abría al exterior, había casi medio metro, un espacio que, doblando las rodillas, permitía permanecer sentada con cierta comodidad.

- ¿Te das cuenta? Si cerramos la contraventana y abrimos la ventana, podremos fumar sin que se entere nadie.

- ¿Tú fumas? -Le pregunté asombrada.

- Algunas veces. Empecé este verano.

Y entonces me contó que había conocido a dos profesores fantásticos con los que había aprendido un montón de cosas nuevas. Le habían explicado lo que estaba pasando en la Universidad, le habían leído párrafos del libro rojo de Mao, había escuchado por primera vez los discos de cantautores como Georges Brassens y Jacques Brel. Nunca la había visto tan llena de vida y con tanta fuerza como en aquel momento, explicándome lo que todo aquello había significado para ella. Me confesó que, en pequeñas dosis y muy espaciadamente, había probado la ginebra. Para ella era como un nuevo bautizo, algo que la introducía por la puerta grande en el mundo de los adultos.

Se llamaba Irene y era la nueva profesora de francés. No es que fuera muy guapa, pero su pelo negro cortado a lo *garçon* y sus bufandas de rayas le daban un aire interesante. Tenía una sonrisa preciosa y una mirada que traspasaba cuando sus ojos, intensamente azules, se posaban en ti a través de los cristales de sus gafas de concha negras. Las dos congeniaron enseguida y, conforme los días del curso transcurrían, se hacía más patente que Adela era su alumna favorita, le prestaba libros, le regalaba discos, cualquier pretexto era bueno para que Irene la llamara y tuviera un aparte con ella.

Estas conversaciones en privado se producían cada vez con mayor frecuencia, hasta que se hizo costumbre el que Adela, antes de acostarse, se dirigiera al aula en la que solían tener lugar los encuentros, regresando siempre muy tarde de estos encuentros. Yo, a veces, ni siquiera me enteraba, porque ya estaba dormida, y una noche ocurrió. Irene entró en nuestro cuarto a oscuras, con una manta que depositó muy cuidadosamente sobre el cuerpo de Adela que yacía boca abajo. Las manos de Irene recorrieron suavemente sus hombros y sus brazos hasta llegar a sus manos, abarcándola por completo y apoyando la cara sobre su cabeza. Adela se giró y sus bocas se fundieron cálida y largamente. Yo fingía dormir, casi no me atrevía a respirar y tenía miedo que los latidos de mi corazón, que golpeaba frenéticamente, me delataran. No sé si fue a causa de esa posición, pero la primera asociación que me vino a la mente fue la de una imagen religiosa.

A la mañana siguiente, las vi juntas en misa. No se miraban, no se rozaban, pero yo podía percibir el estrecho vínculo casi tangible que las unía. Tal vez el desconocimiento que, en general, se tenía de aquel mundo y el secretismo que

rodeaba las relaciones amorosas entre personas del mismo sexo, especialmente si concernían a mujeres, influyeran en el hecho de que, a la hora de juzgarlo, me situara desde una perspectiva distinta que me hacía experimentar un sentimiento muy diferente al que me inspiraban los novios convencionales, era una mezcla de asombro y admiración. Me parecía que las dos habían llegado a un grado de conocimiento accesible solo a unos pocos privilegiados capaces de remontarse por encima de los demás y, en cierto modo, por participar de su secreto, por ver donde otros no veían, yo también me sentía una privilegiada. El trato preferencial que Adela recibía se hacía cada vez más patente, pero nadie conocía la verdadera razón.

Un día fuimos de excursión y, durante el trayecto, basándose en una canción muy conocida, Irene había escrito otra letra y pidió a Adela que la cantara por el micrófono del autobús. Se amaban de manera diferente y las manifestaciones de ese sentimiento eran también diferentes. Pocos días después, al salir de los dormitorios para dirigirnos a la capilla, Irene pidió precipitadamente a Adela que la acompañara. No la vi en misa, sino más tarde en el comedor, intensamente pálida. Me explicó que Irene se iba, que dejaba el colegio. Por lo visto, el día en que nos habíamos ido de excursión se había presentado la madre de Adela en el colegio, pidiendo ver a la directora y exigiendo explicaciones, muy indignada, acerca del tipo de formación que estaba recibiendo su hija, ya que entre los libros que su profesora de francés le había prestado, figuraban novelas de François Mauriac y George Bernanos. Yo no conocía muy bien a los autores, Adela me había explicado algo y tenía entendido que ambos eran católicos. ¿Realmente era para tanto escándalo? ¿Qué hubiera hecho la buena

señora si se hubiera llegado a enterar de las lecturas del libro rojo de Mao y de los chupitos de ginebra?

Al poco tiempo de la marcha de Irene, descubrimos, en el dormitorio, que la mesita y el armario de Adela estaban desordenados y que todas sus pertenencias habían sido sometidas a un exhaustivo registro.

-Seguramente buscan las cartas –dijo Adela- y salió, para volver trayendo en la mano un paquete que hasta entonces había estado escondido en su taquilla del gimnasio. Guárdamelas tú -me pidió.

Irene tenía un hermano trapense, que había escrito unos comentarios sobre unos textos bíblicos y los había ido enviando por carta a su hermana, para que se los hiciera llegar a Adela. Yo recordé que en mi almohada había una abertura en un lateral, y allí, protegidas suavemente por la espuma, depositamos las cartas, sobre las que mi cabeza reposó el resto del curso. No fue aquel un episodio aislado, los registros se producían periódica y obsesivamente.

Se fue convirtiendo en una persona cada vez más taciturna. Salvo conmigo, no hablaba con casi nadie, se aislaba en los recreos y se refugiaba en los libros. Todas las noches al alienarnos para dirigirnos a los dormitorios, realizaba el ritual de salirse de la fila y rodear el claustro de ventanas emplomadas antes de subir la escalera, lo que obligatoriamente le hacía pasar por delante del aula donde se veía con Irene. Supongo que esperaba que se realizase el milagro de que de nuevo hubiera luz en aquella habitación. Tardaba en dormirse y no era infrecuente que se levantara a fumar

sentada en el hueco de la ventana con el cristal abierto y la contraventa cerrada. La veía sufrir intensamente, pero me sentía completamente impotente para ayudarla.

Al final del curso, Adela fue expulsada del colegio. La manzana podre que corrompe el cesto. Así la había definido la directora. Cuando le devolví las cartas, nos abrazamos sin decirnos nada. Su madre vino a buscarla y la ayudé a llevar las maletas al coche. Antes de subir a él, se giró hacia mí.

-Sé que nos viste aquella noche, aunque fingías hacerte la dormida. Siempre te agradecí que no me hicieras preguntas y que nunca se lo contaras a nadie. No todo el mundo tiene capacidad para entender.

Después de su marcha, decidí bajar mis maletas también y dejarlas en portería, así no perdería tiempo cuando vinieran a buscarme, tantas eran las ganas que sentía de alejarme de todo lo que aquel colegio representaba en aquellos momentos para mí. Luego, me dirigí a los jardines, pero no era allí, ni en el paseo de los tilos, ni en la tapia que separaba del seminario donde quería estar. Subí de nuevo a la habitación y me senté en la ventana donde ella se sentaba, en su misma posición, tratando de entender. Aún no era capaz de racionalizar todas las cosas de las que había sido testigo aquel curso, pero empezaba a intuir que en el mundo hay personas que dan la medida de nuestras propias limitaciones. Para ellas, la transgresión no es una elección sino el único camino que les dejan los estrechos moldes que construyen los demás. A lo largo de mi vida he podido conocer a algunas de ellas, pagando el precio del rechazo y la exclusión por sus ideas políticas, su orientación sexual o simplemente por ser voces lúcidas y críticas que nadan a contracorriente. Adela era una de ellas y había sufrido persecución y acoso. A las puertas de mi entendimiento llamaban un

montón de ideas nuevas, que, ocupando todo el espacio, arrinconaban definitivamente a la niña que había sido hasta entonces.

Tan abstraída estaba, que no vi entrar, en el patio, el coche que venía a buscarme, hasta que mi padre, que me había visto en la ventana, haciendo sonar el claxon repetidamente, me sacó de mis pensamientos. Dos veces había recorrido aquellas escaleras de manera precipitada, la primera, para acudir al encuentro de Adela sin sospechar el mundo que, a través de ella, se iba a abrir ante mis ojos, y la segunda, notando que todo a mi alrededor se tambaleaba, para refugiarme en los brazos de mi madre.

-Te hemos preparado una maleta con tus cosas, porque de aquí, nos vamos directamente a *Las Acacias*.

Se refería mi madre a la casa que teníamos en un pueblo de El Bierzo, donde pasábamos las vacaciones. Volver allí significaba reencontrarme con muchos de los recuerdos felices. El calor de los largos días de verano, el olor del heno y del pan caliente, cazar luciérnagas, bañarme en el río, coger fruta de los árboles, contar estrellas por la noche. Pero ahora, cuanto más nos acercaba la carretera más notaba que todas aquellas cosas se iban progresivamente empequeñeciendo, porque me daba cuenta que todo lo que yo creía tan firme, tan sólido, tan imbatible, solo era un mundo más flotando en un universo de mónadas de las que apenas teníamos información. Creo que fue la necesidad de mostrar la existencia de esos mundos lo que condicionó el elegir la profesión a la que me dedicaría toda mi vida.

Las calificaciones del curso llegaron por correo pocos días antes de mi cumpleaños. Mi padre me las mostró orgulloso.

-Elisa, este año tu madre y yo te dejamos elegir el regalo de cumpleaños. Con estas notas te lo mereces, hija, te lo has ganado.

La respuesta no se hizo esperar: Una máquina de fotos.

CAPITULO TERCERO.

MAR, MÚSICA Y MANDARINAS

La casa familiar formaba parte de un grupo de viviendas cercanas al puerto de carga. La ciudad resurgía de las ruinas, a la que la habían reducido los bombardeos de los barcos franquistas, y ese resurgir incluía un plan de expansión, que iba alineando las nuevas construcciones a lo largo de la costa. Mis padres se habían mudado allí antes de nacer yo. Dejar el modesto piso del centro, que habían ocupado desde el inicio de la guerra, para vivir en una casa más grande por la que pagaban cinco veces más de renta, significaba para ellos una prosperidad que dejaba atrás el racionamiento y la escasez de los años de postguerra. Desde las ventanas de la parte de atrás, se veía el antiguo astillero, aquella vieja construcción resistía año tras año la erosión de un mar embravecido que al estrellarse contra las viejas gradas dejaba en el aire un olor a petróleo, salitre y algas. En el verano, cuando bajaba la marea, los chiquillos del barrio de pescadores, que estaba al otro lado del muelle, solían acudir para coger cangrejos, mejillones y bígamos. Oía sus risas y sus voces llamándose a gritos, los veía saltar entre las rocas, agacharse armados con una navaja y un cubo en el que iban depositando todo lo que arrancaban a aquellos acantilados tan resbaladizos. Hubiera deseado mezclarme con ellos, pero nunca me lo permitieron. Yo, niña superprotegida, no podía bajar a la calle sin la tutela de un adulto, ni mezclarme con otros niños que no fueran mis primos o las compañeras del colegio. Lo que se consideraba sensato y conveniente imponía normas de conducta y contribuía a un aislamiento que, sin que nadie lo hubiera previsto, encontró en mí el mejor de los aliados. Podía quedarme

ensimismada durante horas, construyendo espacios libres de restricciones a los que el mundo de los mayores llegaba por olores y sonidos

Mi padre era el teclear de la máquina de escribir y el aroma a cigarro y a loción de afeitar, una figura que alternaba su presencia con las muchas ausencias que motivaban sus frecuentes viajes de negocios. Católico practicante y de derechas, no era fácil deducir los motivos de una secreta resistencia que le impedía seguir sumisamente las pautas de conducta que se esperaba de un hombre de su condición, muy al contrario, hacía gala de un individualismo que fácilmente podía ser confundido con rebeldía y desacato. Así lo interpretó el falangista que le dio con la culata de su pistola en la cara por encender un cigarrillo tras la proyección de una película, cuando era obligatorio levantar el brazo y hacer el saludo fascista. Si estaba firmemente decidido a hacer algo, su voluntad podía imponerse con firmeza sobre las opiniones de todos los demás y lo había demostrado con rotundidad al casarse con mi madre, hija de un republicano, sin que la oposición de toda su familia, consiguiera ejercer en él influencia alguna. Nunca tuve claro, ni creo que él lo tuviera tampoco, si su comportamiento era el producto de convicciones firmes e inalterables, o un visceral rechazo a formar parte del rebaño. Yo solía acercarme hasta su despacho y observarle desde la puerta entreabierta para, aprovechando el momento en que parecía más distraído, entrar precipitadamente y correr a sentarme sobre sus rodillas, él fingía escandalizarse ante un comportamiento tan impropio de una señorita, como se decía antes, pero yo sabía que sus palabras no eran sinceras. Mi padre, a diferencia de mi madre, nunca puso objeciones a que yo leyera cualquier libro de la biblioteca, es

inteligente, lo asimilará y si no lo entiende, lo preguntará, solía decir. Ahora creo que, con esa transgresión de las lecturas, intentaba a su manera que yo desarrollase la capacidad de decidir por mí misma y que, al igual que él, me rebelase contra los códigos impuestos.

Cuando yo nací no se parecía mucho al joven delgado de gafas de concha y pantalones de golf que aparecía en las fotos, si bien siempre conservó una cierta coquetería que se reflejaba en su buen gusto para vestir y en el esmerado cuidado de su bigote. Aparte de su inclinación por la pintura y los libros, no se le conocía ninguna afición especial salvo la de ir a pescar. Todos los años, al principio del verano, cuando empezaba la temporada del bonito, Ismael, su amigo del alma, dejaba Madrid para pasar unos días en Asturias y compartir con mi padre jornadas intensas de pesca que comenzaban temprano por la mañana, cuando los dos se dirigían al muelle pesquero para salir en lancha mar abierto, y terminaban con la puesta de sol. Solían tener suerte, pero nunca, que yo sepa, trataron de sacar algún tipo de beneficio del producto de la pesca, lo que mi madre no quería, se regalaba a la familia o se repartía entre los amigos. Estar juntos y disfrutar de la camaradería que había entre ellos parecía ser suficiente recompensa para los dos. Por eso, la repentina y trágica muerte de Ismael, abatido por un rayo que lo fulminó mientras descansaba en su finca de Guadarrama, causó, a todos, una impresión de la que mi padre no se repuso nunca. Aunque se esmeraba en ello, no volvió a ser la persona jovial y bromista que seducía a todo el mundo, perdió interés en todo lo que le rodeaba, incluso sus viajes de negocios ya no eran tan asiduos como antes, la sombra del amigo muerto parecía planear siempre sobre él. De las jornadas felices de pesca, solo quedaron como testimonio ocho

magníficas cañas de pescar que mi madre se negó a seguir conservando en casa y que mi padre guardó, para no ser utilizadas nunca más, en el almacén de uno de mis tíos.

Los recuerdos que conservo con más nitidez de mi hermana están inseparablemente unidos a las tardes de invierno. Estudiante de música durante infinitas horas, los acordes se sumaban al repiquetear de la lluvia en los cristales y al ruido de la enceradora puliendo los viejos suelos de madera. El olor de las verduras de la cena, a pescado frito, a manzanas asadas, a ropa recién almidonada. Dentro de la casa, mi madre dando órdenes en la cocina, el tiempo quieto del final del día. Afuera, en la calle, luces tenues que oscilaban por los efectos de un viento que amenazaba con desprender de los cables, las débiles bombillas. El piano, en el que practicaba, estaba en la habitación que compartíamos. Puedo verme sentada sobre aquella alfombra roja, que cubría todo el suelo, con la espalda apoyada en el larguero de la cama, sumergiéndome enteramente en los mundos que me ofrecían los libros que leía. *La Marcha Turca, Claro de Luna, El Revolucionario*, que mi hermana interpretaba una y otra vez hasta memorizar las partituras, fueron compañeras de mis viajes muchas veces. Tímida y reservada era imposible adivinar lo que pasaba por su cabeza ¿Qué ocultaba aquella sonrisa melancólica que, a veces, se dibujaba en su cara? Nacida al poco de terminar la guerra, nadie como ella supo de tristeza y de carencias, de hambre, de la ausencia de pan blanco, de mañanas de invierno en cama para combatir el frío cuando no había carbón ni leña para calentar la casa, de Navidades sin juguetes y de la cruel discriminación de mi abuela paterna que en el reparto de golosinas con que

algunas veces sorprendía a sus nietos, siempre la excluyó por ser nieta de republicano. Con el tiempo, muchas veces me he preguntado, si fue ese el origen de una sumisión casi servil que le hizo siempre intentar ser aceptada por aquel sector conservador e intransigente que la rechazaba tanto.

A mi hermana le debo el descubrimiento de la música y también mi primera amarga desilusión. Rufo era el nombre que secretamente le había puesto a un caballo de cartón piedra que mi padre me había traído de uno de sus viajes, encerraba en su interior un mecanismo que imitaba el galopar de los caballos y se accionaba cuando me subía encima de él. Una tarde, cuando lo cabalgaba, mi hermana se sentó también, el caballo no pudo con el peso de las dos y se abrió de piernas dando con la barriga en el suelo. La impotencia y la rabia que sentía no permitieron que aflorara a mis ojos una sola lágrima. Mientras oía la risa de mi hermana, solo pensaba que ya nunca más podría viajar a ninguna parte montada sobre sus lomos, aprendí intuitivamente que cualquier otra vía de escape que pudiera llegar a tener, si quería conservarla, no podía compartirla con nadie.

El retrato que de mi madre había hecho un afamado pintor presidía el despacho de mi padre, que solo tenía que levantar los ojos de su mesa de trabajo para verlo. Aquel acto, realizado en solitario en un espacio más íntimo y menos concurrido que el de la sala de estar, alimentaba en él la ilusión de ejercer un derecho que creía le pertenecía en exclusiva. Había en mi madre una dualidad que la definía, su capacidad de resultar cercana, cuando enjuiciaba cosas concretas, y lejana, si se trataba de valorar en su conjunto aquello que conformaba su día a día, como si no perteneciera

enteramente al mundo que la rodeaba y su verdadero lugar estuviera en alguna otra parte. Bastaba con mirar el cuadro unos instantes para apreciar que el artista había sabido captar este estado de cosas, porque la mujer retratada podía transmitir proximidad y distancia al mismo tiempo. Su padre, un técnico de minas, en un momento de crisis en el sector, se había marchado con su familia a Francia y mi madre había estudiado el bachillerato allí. Al regresar de nuevo a España, su manera de pensar y de actuar difería de la mentalidad generalizada entre las chicas de su edad. Es posible que el contraste entre las dos culturas fuera el desencadenante de las dicotomías que estaban presentes en su vida, era creyente, pero no practicante, no se oponía al matrimonio, pero era acérrima partidaria de la independencia económica de la mujer respecto al marido, aparentemente se conformaba con el papel secundario que en la sociedad ocupaban las mujeres, pero no admitía ningún tipo de limitación si se trataba de estudios o de diseñar una proyección profesional.

Siempre afirmé que mi madre fue la primera feminista que conocí por su defensa incondicional de los derechos y de la igualdad de la mujer, y, sin embargo, a pesar de eso, cuando pienso en los días de mi infancia, me doy cuenta de que ella es la única persona a la que no puedo asociar a ningún olor o sonido que la identificara de manera personal y exclusiva, porque su vida se diluía en funciones que siempre concedían prioridad a los demás. Persuasiva, imponiéndose con firmeza cuando era necesario, sin que nadie pudiera tacharla de autoritaria, mi madre sabía siempre en qué tono tenía que dirigirse a cada uno de nosotros y fue siempre adorada por todas las personas que estaban a su servicio. No era infrecuente que las criadas, a las que tutelaba como si fueran sus hijas, una vez que abandonaban la casa, casi siempre para

casarse, acudieran a verla para pedirle consejo en todo tipo de asuntos o simplemente para visitarla y alegrarse de que siguiera bien.

Me gustaban las mandarinas porque me hacían sentir que la Navidad estaba cerca y que, de nuevo, toda la familia de mi madre se reuniría en casa de mi tía Trinidad, hermana de mi madre, para celebrar las fiestas. El viaje en tren desde Gijón a Mieres, volver a ver a mi primo Iván, al que adoraba, el fantástico belén que se montaba en el comedor cuando todos estábamos presentes, las bandejas con el turrón cortado que a mí me parecían montañas, no tener que acostarme temprano y aquella libertad que, tanto a Iván como a mí, nos daba el hecho de que los mayores estuvieran demasiado ocupados entre ellos como para prestarnos atención, hacían que aquellos días fueran felices y únicos.

Mi tía era una persona muy querida en el barrio en el que vivía. Era generosa y hospitalaria y a ninguna vecina, que acudió a ella, le fue negado el favor que pedía si estaba en su mano el concedérselo. En aquella época, la palabra solidaridad no formaba parte del lenguaje del día a día, tampoco era necesario, porque la guerra había dejado en aquella cuenca minera, tan represaliada por el bando vencedor, el convencimiento de que, si querían salir adelante, solo se tenían los unos a los otros. Las cosas no habían sido fáciles ni para ella, ni para mi tío Francisco, su marido, condenado por el régimen a cumplir años de cárcel. Al empezar a trabajar en la mina, Francisco se había afiliado a la CNT y al estallar la guerra se hizo del Socorro Rojo, su misión era recoger en camilla a los heridos y a los caídos en el frente. Nunca había disparado un tiro y cuando entraron los nacionales se sentía confiado, porque Franco

había prometido no represaliar a los que no tenían sus manos manchadas de sangre. No fue así, Francisco fue encarcelado y condenado a doce años solo por ser republicano y haber estado afiliado a un sindicato anarquista. En la cárcel aprendió el oficio de carpintero, haciendo cofres de madera consiguió reducir la pena de doce a nueve años y durante ese tiempo mi tía fue a verle todas las semanas, para entregarle ropa limpia y recoger la sucia que algunas veces venía ensangrentada y con tiras de piel pegadas a la camiseta. El tren de madera en el que viajaba arrastrado por una vieja locomotora de vapor circulaba con lentitud, era una nevera durante el invierno y un auténtico horno durante el verano, si atravesaba un túnel no se podían abrir las ventanillas porque el humo ahogaba a los pasajeros. Si se tenía un marido en la cárcel por “rojo”, era prácticamente imposible que la esposa encontrase trabajo en alguna parte, y mi tía, en los años más duros de la postguerra, había tenido que sacar adelante a sus dos hijas, su hijo varón, Mario, nacería cuando su marido ya había sido liberado, lavando, cosiendo y planchando ropa para los demás. Viéndola, años más tarde, en su casa, desempeñar el papel de perfecta anfitriona en medio de aquella abundancia, resultaba difícil imaginar el infierno que había tenido que atravesar.

Bebidas, villancicos, canciones, los amigos que, después de concluida la cena de Nochebuena en sus respectivas casas, acudían a la de mi tía, para continuar la fiesta. Risas y alegría hasta la madrugada. Sin embargo, nada conseguía sofocar el estridente silencio que planeaba sobre lo que todavía era innombrable a pesar de los años transcurridos, los muertos, los que aún seguían en la cárcel, los que se habían tirado al monte o los que estaban en el exilio. Se callaba por miedo y por supervivencia, pero también porque costaba reconocer la propia voz en unas palabras que no

terminaban de encontrar el camino para expresar una vida que les había sido impuesta y no sentían como suya.

CAPITULO CUARTO

INCIENSO Y ESTIERCOL

La maestra explicaba la ley de la gravedad, intentando hacernos comprender que todos los cuerpos en su caída son atraídos hacia el centro de la tierra. Quiso ilustrar su explicación con un ejemplo, para ello cogió un tintero y se dirigió a una niña que estaba sentada en la primera fila

-Si yo dejase caer este tintero y el suelo se fuera abriendo a su paso ¿Hasta dónde llegaría?

- Hasta el infierno - respondió la interpelada sin titubear.

Volver a ver los tranvías con jardinera en las calles significaba para mí el inicio de las vacaciones de verano con todo lo que significaba. Bañarme en el mar, hacer figuras en la arena, los *parisiens*, el helado de mantecado, los barquillos con miel, las tortitas con caramelo de *Casa Rato*, placeres solitarios largo tiempo esperados y saboreados y, aunque estuvieran vigilados, algunas veces por mi hermana, pero la mayoría por la niñera que se ocupaba de mí, no por eso dejaban de ser actividades que en su mayoría se realizaban en espacios de libertad, alimentando dos de los rasgos que me han acompañado a lo largo de mi vida, mi hedonismo y mi espíritu independiente. Y, cuando a finales de septiembre iban poco a poco dejando de estar presentes, yo sentía que hasta el verano siguiente también una parte de mi vida tenía

que ser protegida en una caja con bolitas de alcanfor, para que resistiera la amenaza que suponía el someterse a la disciplina diaria de madrugar, estudiar, memorizar y tener que hacer los deberes. Asistir a las clases significaba cuatro paseos diarios de casa al colegio y del colegio a casa, ocho para los mayores que me llevaban y luego volvían a buscarme. Las mismas calles una y otra vez durante meses, una rutina que se hacía más llevadera cuando el acompañante era mi padre y hacíamos una parada en *La Caperucita* para comprar dos adoquines, caramelos enormes que yo elegía siempre del mismo sabor, uno de limón y otro de anís.

El colegio al que acudía para cursar la primaria era mixto y la enseñanza estaba impartida exclusivamente por seculares. Mis padres habían decidido matricularme allí, porque sus modernos métodos pedagógicos y la excelencia de sus maestras habían adquirido fama local. En una época en la que la formación de los escolares estaba casi en su totalidad en manos de instituciones religiosas y prevalecía la segregación entre niños y niñas, un colegio de las características del mío, cuando nadie se planteaba la coeducación como un valor, significaba una singularidad que otorgaba su directora fama de persona avanzada, nada sospechosa, por otra parte, ya que un gran porcentaje de lo que entonces se llamaba “familias bien” enviaba a sus hijos a estudiar allí. No se recibía ningún tipo de enseñanza religiosa pero el nacionalcatolicismo ejercía su influencia a través de diferentes medios. Muchos padres llevaban a sus hijos a las catequesis que se impartían en las parroquias, la primera comunión era obligatoria, la confirmación, aunque entendida como un sacramento complementario, era también una práctica bastante generalizada. Periódicamente, se hacía llegar a las casas una imagen de la Virgen o de Cristo con una hendidura para depositar monedas

que se recogía al cabo de unos días. Sinceramente no puedo recordar que bendiciones se derivaban para las familias de estas visitas periódicas, pero sí me acuerdo de las bulas que se compraban para ganar indulgencias o para no tener que hacer ayuno durante la cuaresma. Desde la oficialidad se imponía un concepto de religión que volvía sus ojos al pasado, dejando traslucir algunas veces una voz que podía cómicamente entrar en contradicción con el discurso más racional de la ciencia. Se pontificaba sobre los roles que, desde una óptica cristiana, debían de asumir los hombres y las mujeres dentro de la sociedad. Se hablaba de sacrificios y deberes, de sumisión, de obediencia, de diferencia y los mensajes emitidos directos o subliminales influían en los niños y en las niñas como demostraba la separación tajante entre los juegos de unos y otras, claramente patente a la hora del recreo. En el patio había balancines, toboganes y columpios, que eran ocupados espontánea y mayoritariamente por niños, mientras las niñas se juntaban en grupos para reproducir, a modo de bonsáis humanos, el papel que en sus casas ejercían sus madres. Jugaban a ir a la compra, a hacer la comida, a lavar la ropa, a bañar a los muñecos. Yo me aburría hasta lo indecible dentro de esos círculos y siempre que se repartían los papeles a desempeñar por cada una de nosotras, me arrogaba el papel de papá que me permitía alejarme de ellas para poder unirme a los chicos y no encorsetar mis ansias de correr, de alzarme en el aire, o deslizarme a velocidad por superficies metálicas ¿Quién antepondría la tediosa tarea de limpiar los mocos a un bebé a la emoción de jugar a indios y vaqueros o a policías y ladrones? Las niñas asumían lo que se suponía eran comportamientos femeninos, a los niños les bastaba con dar rienda suelta a sus apetencias y ejercer su imaginación.

En el último año se nos impuso a las niñas una tarea que no pude eludir con mis escapadas como supuesto papá. A la hora del recreo mientras los niños seguían disfrutando de sus habituales juegos, nosotras teníamos que bordar en un trapo diferentes muestras de puntos regionales. Recuerdo a mis compañeras cosiendo sentadas alrededor de una fuente seca, símbolo que no necesita mayores comentarios. Fui incapaz de concluir aquella labor. Todo lo que pude presentar fue una hilera de punto de cruz y un obscuro borrón de tinta en medio del trozo de tela. Aquella situación me había producido tal claustrofobia vital que necesité idear algún contrapunto que me equilibrara de nuevo. Le dije a mi madre que quería adelantar la fecha de mi cumpleaños para hacerla coincidir con el final del curso. Elaboré una lista de invitados con veintiún nombres, entre los cuales no figuraba el de una sola niña. No tengo necesidad de aclarar que mi madre jamás consintió que tal fiesta se celebrara.

Se había hecho costumbre que, en el mes de agosto, mis padres, mi hermana y yo nos trasladáramos a León. Una práctica muy recomendada por los médicos que aconsejaban cambiar a un clima más seco a fin de prevenir los catarros que previsiblemente acarrearían los húmedos inviernos de Asturias. Había que ir a secar, como se decía entonces, y mis padres habían elegido un pueblo cercano a la capital leonesa, donde en la única pensión que había se congregaba una colonia de asturianos que se reencontraba todos los años. No había mucho que hacer, salvo aburrirse, pasar calor y espantar moscas. Las mañanas las pasábamos en el río, y las tardes tras la comida y la siesta las dedicábamos a dar paseos por el campo hasta la hora de la cena que, para los mayores, precedía a la tertulia y a los juegos de cartas. Para mi esta parte de las vacaciones eran un reto a mi imaginación, no podía meter en

las maletas todo el bagaje de libros que me hubiera gustado llevar, así que recreaba las historias que había leído haciéndolas mías, ambientándolas y adaptándolas a los escenarios que recorría. Podía pasarme horas aparentemente dejando que mi vista se perdiera entre campos, chopos, vegas y arroyos, pero teniendo ante mí a personajes, que recordaba de mis lecturas, dialogando entre sí con nuevas palabras que yo creaba para ellos. Pero ¿Qué le pasa a esta niña que está todo el día como ida? Las opiniones de los mayores no causaban en mí ningún efecto, había aprendido a desarrollar una autonomía que me permitía resolver a mi manera mis propios asuntos sin contar con ellos. Y las numerosas ocasiones para demostrar palpablemente este estado de cosas me las proporcionaba Luisito, el nieto de Anita, la dueña de la pensión donde nos alojábamos. Luisito era un niño retraído y triste, siempre se acercaba por detrás sigiloso como si le diera vergüenza que su presencia se notara, nunca me miraba a los ojos directamente, por el contrario, su mirada solía estar clavada en el suelo y solo se atrevía a levantar la vista para observarme cuando creía que yo no le veía. Fuera cual fuera el escenario en el que se produjeran nuestros encuentros y el motivo del acercamiento al final terminábamos pegándonos. Su reacción era invariablemente la misma, correr llorando a contárselo a su abuela que me infringía siempre el mismo castigo, levantar la trampilla del sótano donde se guardaban las provisiones y dejarme allí encerrada a oscuras. Yo bajaba aquellas escaleras, que olían a moho, obediente y sin protestar, porque con la luz que se filtraba a través de las juntas de los tablones de madera del techo, alcanzaba a ver la esquina donde se apilaban las galletas *Diamante*, aquellas inconfundibles cajas cuadradas de hojalata que venían empapeladas con la foto de una exótica hawaiana apoyada en una palmera. Imagino

que el tiempo del encierro no dudaría mucho más de un par de minutos, tiempo suficiente para mí de atiborrarme de los deliciosos barquillos de coco que contenían las latas. Un castigo simbólico más que real, porque cuando de nuevo se abría la trampilla, yo aparecía tranquila con los carrillos hinchados y llevando en mis manos tres o cuatro de aquellos barquillos que defendía con los puños bien apretados. Si a Anita no le parecía bien se abstuvo siempre de hacer algún tipo de comentario, ya que mi familia tampoco había puesto objeciones a que se me castigara de aquella manera. Quien no disimulaba su rabia era Luisito que no lograba verme triste y asustada, y como no desistía por ello de sus propósitos, presentó la gran batalla el día de la fiesta del pueblo.

El día 15 de agosto se celebraba en el pueblo la fiesta de la Asunción, la misa había sido a las diez y a las doce y media comenzaba la procesión. Aprovechando un descuido de mi familia, yo me había alejado hasta una era para jugar como siempre con los personajes literarios que acudían a mi memoria. Estaba sentada en un tronco viejo tirado en el suelo, la música de la banda que tocaba en la procesión impidió que oyera llegar a Luisito y a un amigo que se acercaban por detrás, solo sentí una sensación húmeda en la espalda y el olor de la boñiga que Luisito con la ayuda de un palo me estaba untando en la espalda. Bastó un solo movimiento para ponerme de pie y empezar a repartir de manera coordinada patadas y puñetazos, luego los tres cuerpos formamos un solo bloque rodando por la tierra hasta que los dos amigos echaron a correr cuando vieron que mi hermana y mi madre se acercaban. No hizo falta que yo diera explicaciones, los desgarros de la ropa, el barro, la sangre de las rodillas, los restos de excrementos mezclados con el verdín de la tierra hablaban por sí

mismos. Fue necesario llevarme de vuelta a la pensión para cambiarme antes de comer. Toda la escena había sido observada por unos hombres del pueblo que se la describieron a mi padre.

- ¿Es usted el padre de la niña que se pegó con el nieto de Anita? Nosotros los vimos, pero no quisimos separarlos, porque su hija estaba ganando. Tenía que haberla visto, era una máquina pegando puñetazos.

A mi padre le divirtió mucho la anécdota y no perdió ocasión de celebrarla jocosamente mientras comíamos. Pero la sombría expresión de mi madre decía bien a las claras que no veía el aspecto cómico de todo aquel asunto, porque aquel combate de un asalto que yo había ganado a los puntos había dejado definitivamente inservibles un primoroso vestido de loras, unos calcetines de perlé y los zapatos de charol que llevaba puestos. Al final de la comida, mi padre decidió llevarse a mi madre a León. Cuando volvieron para la hora de la cena, el semblante de mi madre había recobrado la normalidad, mi padre siempre sabía cómo devolverle la sonrisa. Aquella noche cuando me fui a dormir, encontré debajo de la almohada una caja de caramelos de café con leche, con una nota que decía “La recompensa del guerrero. Deseamos que te gusten tanto como los barquillos de coco. Firmado papá y mamá”. Aquella vez no había habido castigo en el sótano.

La fuente seca y los balancines, jugar a las casitas o a indios y vaqueros, mis amigos los libros o los trapos de costura, las galletas de coco y las peleas. No hubo en mi infancia ningún episodio sórdido, ni ninguna experiencia traumática que pudiera estar en el origen de mi homosexualidad, tampoco hubo, cuando fui mayor, rechazo a

los hombres, solo insatisfacción, rebeldía y la no aceptación pasiva de lo que otros diseñaban para mí. También la necesidad de tejer complicidades que si bien, cuando era niña y los roles aun no estaban asignados, fue más fácil establecerlas con otros niños a los que veía más afines, cuando fui mujer, era más sencillo construirlas con otras mujeres, porque en las relaciones que yo establecía con ellas no había papeles previamente asignados por valores heredados. Era una vez más la necesidad de moverme en espacios abiertos y libres, de que una imaginación sin trabas prevaleciera sobre la costumbre, de que los cuerpos se midieran de igual a igual, de que no hubiera jerarquías ni sumisiones.

Cuando, leyendo las memorias de Tomasa Cuevas, supe que una monja teresiana era la encargada de dar el tiro de gracia a las presas políticas, fusiladas por el régimen franquista en la Cárcel de las Ventas, no me sorprendió demasiado. Si hay alguna institución a la que mi memoria pueda calificar de panóptica y represora fue, sin duda alguna, la de las llamadas teresianas señoritas, religiosas que vestían de seglares. Por aquel entonces, yo no conocía estos términos ni lo que significaban, pero pude sentir sus efectos al poco tiempo de ingresar en aquel internado con tan solo nueve años de edad.

El colegio, que la orden fundada por Josefa Segovia y el Padre Poveda, tenía en Oviedo, ocupaba un antiguo edificio de construcción civil, en el centro de la ciudad. De su antiguo esplendor apenas quedaban restos, salvo la enorme verja de hierro exterior que daba acceso al patio y a los jardines, aunque en el interior aún se podía apreciar la

imponente escalinata de mármol y los artísticos cristales emplomados de las ventanas del claustro. El edificio principal era una casa de tres plantas con un cuarto piso de estancias abohardilladas, que habían sido habilitadas para dormitorios destinados a las alumnas de los últimos cursos y a los de algunas religiosas. En el segundo, ocupando casi enteramente la planta, se encontraba la capilla, donde se oficiaba la misa de la mañana, en este piso se encontraban también la enfermería y el despacho de dirección. Todo lo demás había sido remodelado para aulas. En cuanto a los edificios que rodeaban el patio, las dependencias de las antiguas caballerías habían cedido su espacio para construir un gimnasio y otra capilla, a la que acudíamos a rezar el rosario después de la cena. Finalmente, se alzaba enfrente otro edificio de construcción reciente y mucho más modesto que, aunque albergaba algunas aulas, estaba destinado principalmente a los dormitorios de las alumnas pequeñas y a los del resto de religiosas. Además del olor a incienso que parecía impregnar todos los edificios, recuerdo el silencio, el silencio que acompañaba las filas que se formaban para ir a la capilla, al comedor, a las clases, al estudio, a los dormitorios. La expansión espontánea solo se permitía en el patio a la hora del recreo.

-Tienes un cuarto de hora para lavarte, vestirme, peinarte, hacer la cama, limpiarte los zapatos y formar en la fila –me anunciaron el primer día.

- Necesito un cuarto de hora para cada cosa -protesté.

No me sirvió de nada, yo ya había sido calificada como una calamidad desde que, nada más llegar, había perdido la maleta con mis cosas y había tardado dos días en encontrarla. Expresiones hieráticas, trato frío, sonrisas forzadas, una intransigencia

que se dejaba translucir a la menor oportunidad. Sacrificio, diligencia, afán de superación, eran términos que se invocaban para disfrazar lo que, muchas veces, solo era una exigencia irracional y sin sentido. Íbamos a misa todas las mañanas, rezábamos antes de desayunar, comer y cenar y después de la cena, rezábamos el rosario. Pero la expresión máxima de aquella fe regulada, se producía la noche del 28 de marzo, cuando, recordando a los fundadores de la orden, tenía lugar una adoración eucarística que duraba veinticuatro horas. La capilla permanecía abierta toda la noche con el Santísimo expuesto en una custodia, y para que las niñas pudiéramos acompañarlo, las teresianas iban levantando de la cama, por turnos, a los distintos dormitorios. Pocos días antes de las vacaciones de Semana Santa, tenían lugar los ejercicios espirituales, en los que, siguiendo las pautas de San Ignacio, se hablaba de obediencia, de jerarquías, de la maldad del pecado y de los horrores del infierno, de la necesidad de reclamar el perdón para nuestras muchas faltas, de la necesidad de apelar a la misericordia de Cristo, se incentivaba el uso del cilicio para flagelar nuestra carne pecadora.

No llevábamos uniforme, pero se exigían ciertas normas en el traje que nos poníamos para hacer gimnasia, no se nos permitían pantalones, como los que llevaba la profesora, en su lugar, una falda amplia que vestíamos encima de unos bombachos que llegaban hasta la rodilla y que, a su vez, nos poníamos encima de las bragas. Curiosamente esta abundancia de gomas mortificando la cintura, desaparecía al llegar la noche, los camisones estaban prohibidos, era obligatorio el uso de pijamas, pero el pantalón debía de ir directamente sobre la piel, porque no se nos permitía dormir con las bragas puestas. Y para asegurarse de que eso era así, todas las noches una

religiosa deslizaba su mano por debajo de nuestros pantalones cuando ya estábamos acostadas.

La respuesta era el no por sistema a todo lo que supusiera hacer una excepción a la regla, aunque fuese una estúpida costumbre la que la dictara. La sufrí en el comedor, la sufrí prohibiéndome entrenar para acudir a un campeonato de gimnasia. No podía aceptar aquel estado de cosas, todo mi interior se rebelaba contra aquel orden tan ajeno a los espacios de libertad que yo había creado imaginativamente con mis lecturas, y la reacción fue refugiarme en los libros con mayor intensidad. Me aislaba, lo que me convirtió en una persona “rara” ante los ojos de mis compañeras. Tenía la suerte, además, de tener en mi entorno a personas que me ayudaban a crecer intelectualmente. No había cumplido los trece años y ya estaba familiarizada con muchos autores rusos, franceses y con la mayoría de los clásicos españoles. Qué lejos me encontraba de las niñas que, a mi edad, todavía no habían pasado de los libros de Enid Blyton. Vivía contracorriente, sin saber que otra vida y otro estado de cosas eran posibles, algo que descubrí cuando conocí a Carmen y a Andrés.

Se dejaban sentir aires de cambio y los vientos soplaban de Francia. Llegaban hasta nuestro país con los libros de la Editorial Ruedo Ibérico, que publicaba los libros prohibidos en España, llegaban con las obras de Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus, Althusser. Junto a ellos las canciones de Jacques Brel, George Brassens, Leo Ferre. Los nuevos catecismos eran los idearios políticos, Marx, Engels, Mao Tse-Tung, Tolstoi, Bakunin. Se forjaba una generación de universitarios críticos y politizados, comunistas, trotskistas, maoístas, libertarios que leían, debatían desde distintas

perspectivas y tenían el común denominador de ser contrarios a la dictadura de Franco.

Carmen y Andrés se contaban entre ellos. Durante un verano fueron mis profesores. Mis padres que no querían que unas largas vacaciones dieran al traste con una disciplina de estudio, habían sugerido que ocupara parte de mi tiempo libre en ir adelantando alguna materia y yo había optado por latín, lengua en la que quería profundizar, y dibujo, dada mi proverbial torpeza en todo lo que fuera manualidades. Ni buscando con un candil como Diógenes hubiera encontrado mejores salvadores. En aquel mar del internado en el que me ahogaba, fueron la tabla de salvación a la que se agarra el náufrago desesperado. Ellos supieron traducir en un lenguaje comprensible para una adolescente lo sustancial de los debates que les ocupaban, me prestaban libros, escuchábamos juntos a los cantautores, bebíamos juntos, para mí solo una pequeñísima dosis de ginebra, y me enseñaron que existía una realidad paralela a la que yo conocía, que había cosas ocultas debajo de las que eran visibles y que una cierta dosis de transgresión era necesaria si querías estar completamente despierto.

Según el calendario escolar, yo iba un año adelantada en mis estudios. Los cambios que se iban produciendo en mi interior y que exteriormente se manifestaban en una actitud de rechazo y rebeldía, habían traído como consecuencia que el promedio de mis notas, que siempre había sido muy alto, descendiese un poco. Ante esto, las teresianas habían decidido que lo mejor para mí era que repitiese curso y mis padres, que no deseaban obligarme a nada que significara un esfuerzo innecesario, habían accedido sin oponer resistencia. Las teresianas se mantenían en su dinámica de imponer criterios desde sus estrechos puntos de vista, sin tener en cuenta las

opiniones, los deseos o las aspiraciones de las personas a las que afectaban sus arbitrarias decisiones, y todo ello en nombre de una excelencia de la que parecían tener la exclusiva, aunque esos niveles tan altos de exigencia no los aplicaran sobre ellas mismas ni sobre sus responsabilidades. El internado no era precisamente barato y estaba justificado, por una cuestión de elemental coherencia, que cumplierse las altas expectativas que se esperaban de él en todos los sentidos. Por eso, lo ocurrido con aquella cena fue un bochornoso borrón que podía haber terminado en tragedia. El colegio se había hecho con una partida barata de conservas de bonito, el deterioro externo que se podía apreciar en las latas desaconsejaba su consumo, pero no lo tuvieron en cuenta y aquel bonito nos lo dieron para cenar. Sus dañinos efectos no se hicieron esperar, provocando vómitos y fuertes diarreas. La intoxicación afectó a la mayoría de las internas, no así a las teresianas, ya que la mayoría nunca comía con nosotras. La gravedad de los síntomas propició que un médico, padre de una de las alumnas externas, se presentase a mitad de la noche para reconocernos. Después de examinarnos y recetarnos las prescripciones que se suelen recomendar en estos casos, se detuvo a examinar algunos de los vómitos que habían tenido lugar en los pasillos. Menos mal, le oí decir antes de marchar, que vomitaron, se podrían haber muerto todas.

- ¿Qué quieres que te traiga de la calle? -me preguntó.
- Un poco de aire fresco -respondí.

Nuevas profesoras se habían incorporado aquel curso, Irene, para enseñar francés y Carmen, para matemáticas. Dos mujeres jóvenes que aportaban ilusión y

frescura a un panorama tan sombrío. No sé qué fue exactamente lo que motivó que Irene se fijara en mí, tal vez el aspecto un tanto desvalido que presentaba, puede que le hiciese gracia el que yo fuera tan voraz lectora y siempre tuviera un libro en las manos o quizá le sorprendiera mis reacciones y las respuestas desconcertantes que podía dar. Era evidente que mi mente, tras el trato con Carmen y Andrés, se había ensanchado y estaba lejos de funcionar como lo que sería esperable en una niña de mi edad. Todo empezó con una pregunta ¿Te puedes quedar un momento, cuando termine la clase? Desde ese día, cualquier pretexto era bueno para que tuviéramos un aparte y se hizo costumbre que yo acudiese a su aula, después del estudio y antes de ir a la cama. A ella le asombraba que yo tuviera aquel conocimiento de la música y la literatura francesa. Hablábamos de libros, de fe, de la que empezaba a tener serias dudas a causa del revulsivo que para mí representaba el hecho de que estar en gracia significase, en la práctica, penitencias que había que cumplir y prácticas a las que había que renunciar. Dios era presentado como un tirano exigente cuya voluntad había que acatar por encima de nuestros deseos y la mayoría de las actividades que fueran lúdicas o placenteras.

Irene trajo el aire fresco de la calle en forma de música, una pegadiza melodía inglesa titulada *Silence is Golden*. La canción no había sido elegida al azar. Ella y yo compartíamos ya un dulce secreto que no podíamos permitir que trascendiera. El contacto físico entre las dos se producía siempre de la misma manera. Al finalizar nuestra charla nocturna, yo devolvía a su lugar la silla colocada a su lado en la que yo había estado sentada. Ella esperaba junto a la puerta, cuando yo me acercaba, apagaba las luces y a oscuras nos abrazábamos. No eran abrazos inocentes, tampoco

libidinosos, solo eran la expresión del amor que nos teníamos, un amor que, de haberse sabido, hubiera sido objeto de escarnio, de burla, de censura, un amor que nos hubiera convertido en monstruos ante los ojos de mucha gente. No me sentía culpable, solo poseedora de una sensibilidad distinta. No sé si por ser los primeros, o por tener el sabor de lo prohibido, o porque yo fuera demasiado impresionable, o porque todo lo que en aquel colegio supusiera nadar contracorriente se recubría de mayor intensidad, pero la emoción de aquellos abrazos y aquellos besos, que más que a la sexualidad yo asociaba a una manera más intensa de manifestar los sentimientos, jamás volví a recuperarla.

Había alguien que sí lo sabía, era mi amiga Elisa, con quien compartí habitación en el último año. Nos había visto besarnos una vez, pero su discreción y la elegancia natural que poseía le impidieron hacerme preguntas. Fue una suerte para mí contar con su apoyo. Elisa es una de las pocas personas que conozco que se ha ganado por méritos propios el privilegio de pertenecer al selecto club de personas sabias. Observadora inteligente, con una capacidad de comprensión que la capacita para separar con facilidad la paja del grano por muy revueltos que se presenten, y prefiriendo siempre entender que clasificar y etiquetar. Elisa siempre decía que los juicios de valor solo los hacían los idiotas, porque cuando de verdad se entendían las cosas no había necesidad de juzgar. A mí, su filosofía me recordaba un poco a la de *Atticus* en *Matar a un Ruiseñor*, cuando le explicaba a *Scout* que nunca se entiende de verdad a otra persona, hasta que uno no aprende a ver las cosas desde su punto de vista.

Irene abandonó el colegio cuando faltaban pocos días para las vacaciones de Semana Santa. Se relacionó su marcha con una visita de mi madre que había tenido lugar dos días antes. Había venido para traerme algo de ropa. Yo no me encontraba en el colegio porque aquel día nos habían llevado de excursión. La directora la pasó a su despacho y las dos tuvieron una conversación. A raíz de esto, la directora había dicho a Irene que mi madre estaba muy escandalizada porque alguien me había dado para leer *Diario de un cura rural* y *Nido de víboras*. Los libros llevaban el sello de la biblioteca del colegio y la encargada de esa biblioteca era Irene. Dada la liberalidad que se manejaba en mi casa respecto al tema de mis lecturas, yo dudo mucho que las cosas ocurrieran así. Mi madre nunca me comentó nada sobre este tema y yo tampoco le pregunté. Lo que yo creo que ocurrió es que mi madre, junto con la ropa, debió de meter en la maleta las dos novelas que se me habían olvidado en casa. La directora la abrió, vio los libros y los utilizó para pedirle que se fuera. Su intransigencia natural debió de considerarlos una lectura muy poco apropiada para una niña de trece años. En realidad, daba lo mismo, si no hubiera sido este incidente, hubiera sido cualquier otro, el que Irene abandonara el colegio era solo cuestión de tiempo.

Poco después de su marcha, comenzaron los registros, mi pupitre, mi armario, la mesilla de noche, la taquilla del gimnasio. El primer día que ocurrió, mi principal preocupación fue buscar un sitio seguro para que no encontraran las cartas que me había mandado su hermano. Irene tenía un hermano trapense, un místico y a la vez un gran poeta, que había escrito unos comentarios bellísimos a los *Salmos* de David. Eran sobre todo la expresión de un Dios de amor, mucho más humano y cercano que aquel otro bíblico, incansable hacedor de castigos. Realmente no estoy segura que las

personas que efectuaban los registros supieran de su existencia. Puede que solo buscasen pruebas de cartas o algo que demostrase que ella y yo seguíamos en contacto, pero estoy segura que, de haberlos encontrado, me los hubieran requisado. Y fue Elisa quien discurrió que las cartas se guardaran en una abertura que había en el lateral de su almohada.

Después de todo lo sucedido, me aislé aún más, si cabe, de todo y de todos. Me sabía el centro de cuchicheos y ese me mortificaba. Vivía la paradoja de sufrir por ser rechazada por los mismos a los que yo despreciaba. No buscaba ni su aprobación, ni su afecto, no me importaban lo más mínimo. Lo que me molestaba era la legitimación que una moral mezquina y cobarde les otorgaba para marginar y excluir. Carmen, la única amiga que Irene había tenido en el colegio, se daba cuenta de lo mucho que sufría y de vez en cuando intentaba hablar conmigo. Pero todo era inútil, no había nada que me rescatara de aquel mutismo en el que yo había decidido sumergirme como un mecanismo de defensa. Este estado de cosas duró hasta que me expulsaron del colegio.

- No admitirán a su hija en un colegio de religiosas –habían asegurado a mi madre.

-Mi hija irá a un verdadero colegio de religiosas, y no como ustedes que son un quiero y no puedo -había respondido ella, que sabía sacar su peor faceta cuando sentía que algo o alguien atacaba o amenazaba a sus hijas.

Irene se había marchado a mitad de curso, a mí me expulsaron al final. Carmen abandono la institución a los dos años. Bastaron diez para que el colegio que las teresianas tenían en Oviedo desapareciera y habrían de pasar muchos más para que Irene y yo volviéramos a vernos. Para entonces, ella vivía en Ibiza, estaba casada y tenía dos hijas.

Deben de ser del colegio de sordomudas. Las filas casi en silencio, producían ese efecto entre las personas que contemplaban lo que, para ellas, sin duda, era un extraño desfile de muchachas con edades que oscilaban entre los diez y los diecisiete años. No es que no pudiéramos hablar, pero el tono debía de ser comedido, las risas demasiado estentóreas y los gritos estaban prohibidos. Mandilón verde sobre vestido azul marino, para pasear por las murallas, que rodeaban el casco antiguo de la ciudad, los sábados después de comer, y uniforme completo, que incluía abrigo, los domingos. El recorrido siempre era el mismo. Desde la salida del colegio recorrer un kilómetro escaso hasta llegar a los primeros edificios, pasar por delante del palacio del obispo y la catedral y continuar hasta la plaza mayor, luego, bordeando el ayuntamiento, llegar hasta aquellas murallas que permitían, al asomarse desde el cerro en el que estaban asentadas, que la vista se perdiera en una llanura inmensa. Campos amarillos en el verano y la luz azulada de los anocheceres de invierno fundiéndose con retazos de vida que se dejaban sentir en el humo de una chimenea, o en los gritos estridentes del

gorrino que sacrificaban en el patio trasero de una casa, o en el repicar de unas campanas que parecían constatar que todo sucedía como siempre, que no había nada que amenazara aquel orden inamovible del que todos participaban sin que hubiera voces disidentes, y sin que tampoco quedara claro, si sus gentes habían vencido al tiempo o si el paso del tiempo las había vencido a ellas.

Tras la negativa experiencia de mi estancia en las teresianas de Oviedo, mis padres habían decidido cambiarme de colegio. Les parecía que una institución con menos pretensiones de modernidad era mucha mejor opción y habían optado por el que las madres escolapias tenían en Astorga, que había cobrado cierta fama por la educación y sólida formación que impartía a sus alumnas. El edificio se elevaba sobre un pequeño montículo a las afueras de la ciudad. De planta rectangular, el aspecto funcional de su fachada lateral recordaba un poco, cuando se le veía de lejos, a un escorial en pequeño. La ausencia de pretensiones era posiblemente su cualidad más destacada y todo en él parecía regirse por un orden tradicional que en aquellos momentos se adecuaba mucho más a la idea que se tenía de un centro religioso. Vivía en él, una pequeña comunidad de religiosas de las que solo un escogido grupo se dedicaba a las tareas de enseñanza, las demás permanecían en un reducto de clausura que no era accesible ni a las alumnas ni a los visitantes, aunque sí se les permitía salir, si por alguna razón se reclamaba su presencia. Para poder hacerlo había que tocar el correspondiente repique, cada monja tenía el suyo, en una pequeña campana de bronce colgada en el exterior de la puerta que daba acceso a las estancias de recogimiento. De todas ellas, la más solicitada era la hermana Teodora, que se ocupaba de la enfermería. Delgada y de constitución menuda, dejaba entrever

en su rostro una expresión de rudeza que ni se adecuaba con su manera de ser ni con el trato afable y cálidamente humano que dispensaba a todo el mundo, un contraste que percibía y sorprendía a todo interlocutor desde el momento en que intercambiaba las primeras palabras con ella. Tenía, esta monja, para las alumnas, la inefable cualidad de dejarse convencer en cuanto le exponías los primeros síntomas de tu dolencia, consiguiendo así lo que todas esperábamos cuando acudíamos a su consulta, que nos mandara dos o tres días a la cama. Más de una vez, después del repique, mientras aguardábamos su llegada, apoyábamos la cara en los radiadores para que nuestra cara estuviera caliente cuando acercara su mano, intentando con ello demostrar que la fiebre era alta y conseguir por esta vía el ansiado descanso. Pero lo que realmente constituye algo digno de ser mencionado, no es el infantil truco que empleábamos para fingirnos enfermas, sino sus singulares remedios. A la hora de merendar, y con el fin de que pudiéramos reponernos, nos llevaba un botellín de cerveza y un bocadillo de tortilla francesa. Puede que para el cuerpo no fuesen exponentes de una medicina demasiado ortodoxa, pero sin duda eran inefables para el espíritu.

Después de la Hermana Teodora, sin duda la más popular, aunque por otras razones, era la madre Sagrario. Tocaba el armónium y dirigía el coro. De ella decíamos que interpretaba la música evangélicamente porque su mano derecha no sabía muy bien lo que hacía la izquierda. Quiriendo dar a la misa un aire más actual, musicalmente hablando, había decidido introducir como instrumentos de acompañamiento un tambor y un platillo. Una niña sostenía el tambor al que golpeaba con una baqueta con la que también golpeaba el platillo sostenido por otra niña.

A diferencia de Oviedo en el que toda la enseñanza descansaba en las religiosas a cuyo cargo estábamos, el colegio de Astorga recibía profesores de afuera. De todos ellos conservo entrañable recuerdo de D. Manuel, no porque hubiera conseguido inculcarnos el amor por el estudio del griego clásico, sino por habernos llevado a su casa y habernos mostrado las excelencias de las cuarenta clases de rosas diferentes que cultivaba en aquel jardín pequeño que también conjugaba con un hombre modesto en sus formas, pero de una extraordinaria grandeza interior. El que Don Manuel nos hubiera llevado a su casa armonizaba con un principio que parecía inspirar toda la filosofía educativa impartida por las madres escolapias, la de acercar el mundo real a las alumnas y llevar a las alumnas al encuentro del mundo externo que se extendía extramuros del colegio. Las maneras en que esos encuentros se producían adoptaban diversas formas. En una ocasión nos llevaron de excursión al Val de San Lorenzo, un pueblo encantador, cercano a Astorga, famoso por la excelencia de las mantas que se fabricaban en sus telares. Estuvimos ayudando a recoger manzanas y metiéndolas en grandes cestos que luego eran transportados en camiones a los graneros. La imagen que conservo de mí, subida al camión, sentada encima del techo de la cabina, comiendo manzanas mientras veía desfilas los árboles y mezclarse el cielo con los colores ocres de las hojas del otoño, me acompañará siempre.

En noviembre sucedía algo que alteraba la vida del colegio trastocando el orden reinante durante dos días. Se celebraban las fiestas en honor del padre fundador, y con este motivo se activaba una parafernalia tan singular como sorprendente. Se comenzaba proclamando por votación popular una reina elegida entre las alumnas del último curso, y las monjas elegían a su acompañante, normalmente la niña que tuviera

un aspecto más andrógino o masculino. A día de hoy no puedo menos de preguntarme si realmente aquellas religiosas eran conscientes de las implicaciones que todo aquello conllevaba. Luego, se organizaba el desfile. Se hacían traer dos burros, a cuyos lomos se subían la reina y el teórico príncipe para poder pasearse a lo largo y ancho del patio, seguidos por el resto de las alumnas que aplaudía y vitoreaba a la pareja, consiguiendo así un efecto e lúdico y surrealista a medio camino entre una película de Buñuel y la procesión del Domingo de Ramos que dejaba como recuerdo un buen montón de estiércol. Tenían lugar diferentes torneos que repartían premios entre los ganadores y se organizaba una tómbola, sin que tampoco faltaran las consabidas alusiones satíricas a las monjas. Al día siguiente, con la celebración de una misa cantada, seguida del correspondiente banquete presidido por la reina, teniendo sentada a su derecha a su acompañante, se daban por finalizadas las fiestas.

El cinefórum de los domingos era uno de los platos fuertes de aquellos esfuerzos encaminados a acercar a las niñas a un mundo seglar, desde una óptica cristiana. Dice mucho a favor de sus organizadoras que la temática de las películas proyectadas trascendiera la tópica religiosa y las hagiografías de los santos. *Adiós a las armas*, la versión de 1932 realizada por Borzage, o *Qué verde era mi valle*, de John Ford fueron algunos de los títulos visionados. Y es de justicia decir que las preguntas y cuestiones planteadas, si bien se movían dentro de unos parámetros nada transgresores, distaban de ser ñoñas o mojigatas.

Los años allí trascurridos se sucedieron sin novedades ni sobresaltos. Yo procuraba pasar lo más desapercibida posible evitando a toda costa que el centro de atención recayera sobre mí, como había sucedido en Oviedo. Pero no solo era mi

esfuerzo, es de justicia reconocer las cualidades que, por méritos propios, adornaban a aquella institución leonesa. Si las teresianas queriendo aportar su grano de modernidad representaban, en el fondo, el oscurantismo y la intolerancia de siempre, las escolapias con su apariencia de tradicionalidad aportaban algo innovador y fresco, y un sabio concepto de libertad controlada, que les proporcionaba armas para afrontar, desde la serenidad, los cambios que el futuro pudiera deparar.

Se acercaban las últimas semanas que pondrían fin a aquella época, las vacaciones de verano habían dejado el colegio prácticamente despoblado, solo quedamos las alumnas del último curso que, siguiendo el plan de estudios vigente, teníamos que examinarnos de la reválida que se exigía al finalizar el sexto curso del bachillerato. Un tribunal iba rotando por los distintos centros y al nuestro le había tocado ser de los últimos. Solo quedábamos unas pocas internas y la vida para nosotras era ya muy relajada, prácticamente ausencia de vigilancia lo que significaba libertad extrema y relajo casi total en el cumplimiento de las normas. A través de la capilla, nos escapábamos a la calle para acercarnos a los bares y escuchar en las sinfonolas las canciones de moda, o frecuentar, a la hora de la merienda, el establecimiento de un curioso personaje bajito y gordezuelo, de cejas pintadas y cabeza permanentemente cubierta con boina, aunque fuera en los meses más tórridos del verano, con la que pretendía ocultar su total calvicie. Se le conocía por el sobrenombre de “taquito”, posiblemente por alusión a su escasa altura, y vendía unos deliciosos bollos de crema, conocidos por “pepitos”. Nunca íbamos de una en una, siempre nos presentábamos en su tienda cinco o seis y supongo que el sentimiento de saberse cada una de nosotras arropada por el grupo confería valor a la portavoz de

turno para decir con el mayor descaro, “taquito” danos seis “pepitos”, sin que las insustanciales risas que se producían a continuación contribuyesen a alterar aquella expresión inamovible. Nunca descubrieron nuestras inocentes escapadas, aunque más que a nuestra habilidad, creo que la explicación descansa en aquella sabia actitud de las madres que sabían, llegado el momento, atar corto y también, cuando hacía falta, soltar riendas para no asfixiar demasiado.

Aquellos exámenes de reválida no solo demostraban haber concluido un ciclo que te daba derecho a obtener el título de bachiller superior, superarlos, para mí, suponía poner el punto final a siete años de internado y volver a casa. Si, de alguna manera y a pesar de mi declarado agnosticismo, los años en Astorga habían servido para suavizar mi postura, que reconozco cargada de prejuicios contra personas que fuesen representantes oficiales de la religión, o de movimientos o corrientes que tuvieran algo que ver con ella, seguía teniendo una asignatura pendiente en lo personal. Mientras el resto de compañeras empezaban a echarse sus primeros novios, yo seguía teniendo adormecido todo lo relacionado con lo que podríamos llamar vida sentimental. No solo porque no me sintiera atraída hacia el otro sexo como el resto de mis amigas, sino por todo el secretismo que conllevaba mi primera experiencia en el campo amoroso. Mientras lo había vivido, no había podido hablarlo con nadie y tres años después seguía sin haber encontrado un interlocutor con el que poder sincerarme. No me arrepentía de nada de lo que había sucedido, pero aquel secreto me pesaba como una losa y confería a la experiencia vivida un aire trágico que no sabía muy bien como aligerar. Y a ello me ayudó la historia de Laura.

Laura era hija de un conocido ginecólogo madrileño que había adquirido su excelencia profesional en la medicina privada. Tenía un hermano algo mayor que ella, el cual, decepcionando las expectativas familiares que habían diseñado para él un futuro más brillante, había optado por estudiar la carrera de maestro. Solían pasar las vacaciones de verano en un pueblo de la costa catalana, coincidiendo allí con la familia de un notario barcelonés que veraneaba con su mujer y sus dos hijas. No fue necesario que pasara mucho tiempo para que el hermano de Lurdes y la hija mayor del notario comenzaran un tímido noviazgo que gozaba de la total aprobación de las dos familias.

Terminó el novio sus estudios y decidió pasar un año de prácticas en Alemania. Llegaron de nuevo las ansiadas vacaciones que ya dejaban sonar las campanas de una boda que solo había sido diseñada por las madres de los teóricos futuros contrayentes. Fue una sorpresa difícil de digerir que el novio se presentase trayendo con él a una alemana, divorciada, con la que llevaba varios meses viviendo. La madre de Lurdes, ultracatólica, no permitió que aquella mujer traspasara la puerta de su casa, motivando con su intransigencia que su hijo se instalara en un hotel con su compañera sentimental. El cúmulo de sentimientos desplegados por la madre de Laura, que se movían en un arco comprendido entre la ira y la impotencia, adquirió casi tintes de tragedia griega, a la hora de afrontar una situación que la buena mujer no sabía cómo valorar y mucho menos resolver, y a la que solo atinaba a calificar de vergüenza para la familia.

Quienes asistían al espectáculo, realmente divertidas eran Laura y la hija menor del notario. La serie de acontecimientos que se habían sucedido las había unido muy

estrechamente y aquella amistad terminó desembocando en una clara relación sentimental que no dejaba lugar a dudas y que tampoco se molestaban en disimular. El desconcierto de los padres fue, si cabe, aún mayor, no solo eran testigos del desbaratamiento de un noviazgo que creían sólido y firmemente asentado, sino que asistían, además, al nacimiento de uno nuevo que no estaba previsto y que tampoco encajaba en sus esquemas.

Terminó el verano y ambas familias se separaron por primera vez con considerable alivio salvo para Laura y su nueva amiga que intensificaron la proliferación de cartas y llamadas telefónicas. Había que poner remedio a aquella situación y tanto el médico madrileño como el notario catalán, secundados por sus respectivas esposas, decidieron de común acuerdo dar a sus hijas un ultimátum para que de inmediato cesara aquella relación. A tal fin, les reservaron un hotel en Soria, que debió de parecerles el punto más discreto entre Madrid y Barcelona, para que se vieran, hablaran con tranquilidad y se despidieran definitivamente. Muy sesudas y enjundiosas debieron ser, ciertamente, aquellas conversaciones que las retuvo durante dos días en una habitación de hotel, incomunicadas con el resto del mundo salvo para descolgar el teléfono y llamar al servicio de habitaciones. Ninguna de ellas renunció a la otra. Siguieron carteándose, viéndose siempre que podían y al finalizar sus respectivos estudios se marcharon a vivir juntas a las Islas Canarias, cuando al cabo de los años en España se aprobó el matrimonio homosexual, se casaron, aunque ninguno de los progenitores que todavía aún vivían, quisiera asistir a la boda.

Conocer a Laura fue un revulsivo positivo y fresco, ella me enseñó que aquello que yo había vivido en un escenario de angustia, podía también vivirse de

manera abierta y lúdica, que las luces y las risas eran posibles y, aunque todavía vivíamos tiempos de muchas sombras, como bien pude comprobar en la universidad, me sentía preparada.

CAPITULO QUINTO

TENÍAMOS DERECHO A VIVIR ASÍ

Vivíamos con miedo en los zapatos. Cuando la conocí solo tenía veinticuatro años y su cabeza ya era enteramente gris. De voz seductora y verbo brillante, Julia poseía una capacidad crítica de tal lucidez que, al abordar cualquier tema, este adquiría un nuevo sentido o, por el contrario, carecía completamente de él. La primera vez que la vi fue en una asamblea de distrito. La policía había matado a un estudiante en Santiago de Compostela disparándole cuando salía de una discoteca y las movilizaciones en contra se habían producido casi instantáneamente en todas las universidades. La asamblea tenía lugar en la facultad de medicina, una construcción redonda situada en la parte alta de la ciudad, lejos del antiguo casco universitario, que entre los estudiantes era conocida popularmente como el “ovni”. Yo había ido con mi primo Arturo, un pariente lejano por la rama paterna del que no supe de su existencia hasta que llegué a la universidad. Había sido él, quien se había presentado a mí, exponiéndome toda una genealogía familiar para que pudiera ubicarle. Arturo era un ser tierno y desconcertante, poseedor de un irónico sentido del humor que conseguía hacerte reír incluso en los momentos más inoportunos. Alumno de tercer año, era el ojito derecho de una profesora de historia y las malas lenguas decían que, en alguna ocasión, los habían visto entrando juntos en su casa por la noche. No sé lo que habría de verdad en estos rumores, porque cuando le pregunté abiertamente por ellos, se limitó a sonreír enigmáticamente guardando una caballerosa discreción. La verdad es

que nunca le conocí novia o novio alguno, y cuando un par de años después de haberse licenciado, me enteré de que se había suicidado, no pude por menos de preguntarme si su decisión estaría relacionada con su impenetrable vida amorosa. Supe por su hermana que desde muchos años atrás, tenía profundas y frecuentes depresiones, algo que nunca dejó traslucir aquella máscara de jovialidad con que se presentaba ante todos.

La policía había prohibido expresamente aquel acto y, haciendo caso omiso de esta prohibición, los estudiantes acudíamos de todo el distrito. Empezó la asamblea y sosteniendo el micrófono con firmeza, Julia comenzó a exponer un resumen de los hechos. El recinto tenía puertas muy estrechas y la policía empezó a taponar las salidas. “Vayan desalojando”, dijeron por megafonía. “Que no se mueva nadie”, respondió Julia sin que le temblara la voz. Los estudiantes comenzábamos a revolvernos inquietos. Era imposible alcanzar la salida sin pasar por delante de alguno de ellos, con el consiguiente riesgo de que te callera un golpe encima. “Desalojen” volvieron a repetir, y de nuevo la voz de Julia desafiándoles con firmeza “¿Venís a matarnos también?”. Los policías bajaron las viseras transparentes que protegían sus rostros. El tolete en la mano izquierda y la derecha a la altura de la funda de la pistola. Entonces fue la desbandada, el miedo irracional, las precipitaciones, los empujones, la histeria colectiva. Nos formamos para bajar por la calle Santa Cruz, coreando consignas contra la dictadura. No sé cuál fue el detonante, pero la policía comenzó a cargar contra los estudiantes de las últimas filas haciendo que estos, a su vez, empujaran a los que tenían delante, produciéndose un efecto dominó que acabo consiguiendo que todos bajáramos a carreras cuesta abajo. Todo sucedía muy aprisa y

no había tiempo para pensar ni racionalizar nada. Recuerdo vagamente los gritos histéricos de una madre porque la turba de los que corrían se había llevado por delante al carrito que contenía su bebé. Sentí que la mano de Arturo tiraba con fuerza de mí y, desviándonos por la calle Fruela, alcanzamos la Plaza Porlier, para dirigirnos luego a la catedral, a la que entramos para poder sentarnos y recobrar el aliento. En una de las capillas laterales, había un armonio, Arturo se sentó ante él y comenzó de manera compulsiva a interpretar una canción de George Moustaki, yo seguía mentalmente la letra de esa melodía

Nous somme deux / nous somme trois / nous somme mille vingt et trois / avec le temps / avec la pluie / avec la sang qui la sèche / et le douleur que vit en nous

que, dadas las circunstancias, en aquel momento adquiriría la categoría de himno. No teníamos previsto que una misa fuera a oficiarse precisamente en aquella capilla, el sacerdote reparó en nuestra presencia y sin decir una palabra comenzó su liturgia. Ni Arturo ni yo nos movimos del sitio, él siguió sentado ante el órgano y yo en un banco cercano hasta que terminó aquel oficio. Mucho más sosegados, aunque todavía demasiado afectados por lo sucedido, ninguno de los dos nos encontrábamos con ánimo de regresar a casa. Compramos una botella de vino y unas aceitunas picantes que bebimos y comimos en los jardinillos que había en un lateral de la fachada principal. Yo le hablé de lo mucho que me había impresionado la serenidad de Julia y él se ofreció a presentármela. Ella y sus amigos trotskistas suelen parar por El Gato Negro. Aunque hoy no creo que vayan.

La policía había prohibido expresamente aquel acto y, haciendo caso omiso de esta prohibición, los estudiantes acudíamos de todo el distrito. Empezó la asamblea y sosteniendo el micrófono con firmeza, Julia comenzó a exponer un resumen de los hechos. El recinto tenía puertas muy estrechas y la policía empezó a taponar las salidas. “Vayan desalojando”, dijeron por megafonía. “Que no se mueva nadie”, respondió Julia sin que le temblara la voz. Los estudiantes comenzábamos a revolvernos inquietos. Era imposible alcanzar la salida sin pasar por delante de alguno de ellos, con el consiguiente riesgo de que te callera un golpe encima. “Desalojen” volvieron a repetir, y de nuevo la voz de Julia desafiándoles con firmeza “¿Venís a matarnos también?”. Los policías bajaron las viseras transparentes que protegían sus rostros. El tolete en la mano izquierda y la derecha a la altura de la funda de la pistola. Entonces fue la desbandada, el miedo irracional, las precipitaciones, los empujones, la histeria colectiva. Nos formamos para bajar por la calle Santa Cruz, coreando consignas contra la dictadura. No sé cuál fue el detonante, pero la policía comenzó a cargar contra los estudiantes de las últimas filas haciendo que estos, a su vez, empujaran a los que tenían delante, produciéndose un efecto dominó que acabo consiguiendo que todos bajáramos a carreras cuesta abajo. Todo sucedía muy aprisa y no había tiempo para pensar ni racionalizar nada. Recuerdo vagamente los gritos histéricos de una madre porque la turba de los que corrían se había llevado por delante al carrito que contenía su bebé. Sentí que la mano de Arturo tiraba con fuerza de mí y, desviándonos por la calle Fruela, alcanzamos la Plaza Porlier, para dirigirnos luego a la catedral, a la que entramos para poder sentarnos y recobrar el aliento. En una de las

capillas laterales, había un armonio, Arturo se sentó ante él y comenzó de manera compulsiva a interpretar una canción de George Moustaki, yo seguía mentalmente la letra de esa melodía

Nous somme deux / nous somme trois / nous somme mille vingt et trois / avec le temps /avec la pluie / avec la sang qui la sèche / et le douleur que vit en nous

que, dadas las circunstancias, en aquel momento adquiriría la categoría de himno. No teníamos previsto que una misa fuera a oficiarse precisamente en aquella capilla, el sacerdote reparó en nuestra presencia y sin decir una palabra comenzó su liturgia. Ni Arturo ni yo nos movimos del sitio, él siguió sentado ante el órgano y yo en un banco cercano hasta que terminó aquel oficio. Mucho más sosegados, aunque todavía demasiado afectados por lo sucedido, ninguno de los dos nos encontrábamos con ánimo de regresar a casa. Compramos una botella de vino y unas aceitunas picantes que bebimos y comimos en los jardinillos que había en un lateral de la fachada principal. Yo le hablé de lo mucho que me había impresionado la serenidad de Julia y él se ofreció a presentármela. Ella y sus amigos trotskistas suelen parar por El Gato Negro. Aunque hoy no creo que vayan.

Había en Oviedo dos zonas muy populares para ir a tomar vinos. Una de ellas era la constituida por los bares que se aglutinaban en los alrededores de la calle Uría y Melquiades Álvarez. Era el preferido para el aperitivo antes de la comida. La otra se extendía por la zona vieja y ocupaba las calles comprendidas entre la Catedral y el mercado de El Fontán. En ella, se encontraban los verdaderos templos de la progresía. Entre ellos, El Gato Negro y Casa María, un antro donde se servía un orujo de guindas que tenía la inmerecida fama de ser casero, eran los más afamados.

Tal como predijo Arturo, Julia tardó varios días en aparecer. Cuando por fin conseguí verla, estaba rodeada de un grupo de gente y, como debía de ser habitual en ella, era el centro de atención. Arturo nos presentó. Ella me hizo un sitio en el banco, para que pudiera sentarme a su lado, y me sirvió un vaso de vino.

- Es un poco peleón, como nosotros, pero no mata a nadie -y se rio del doble sentido que sus palabras dejaban entrever

Fue el pie para el inicio de una conversación que aquella noche se prolongaría por varios bares hasta altas horas, sin que el hambre impusiera la tiranía de gastar un dinero, que no teníamos, para comer algo o tener que regresar a casa para cenar. Uno de los bares que recorrimos tenía el lavabo de señoras en el piso superior. Para acceder a él, había que atravesar una cocina en la que estaban curando algunos embutidos. Por lo visto, una de las chicas había robado una cecina, de la que todos dimos buena cuenta en el bar siguiente.

- ¿Sensibilidad comunista o gamberrada estudiantil de toda la vida? –Le pregunté.

- Eres una terrorista. -me respondió Julia, cogiéndome la mano.

Vivíamos con ruido de imprenta clandestina, ruido de botas, ruido de dedos apuntando. Daba igual que la cafetería estuviera llena de gente, en cuanto veíamos aparecer los uniformes grises de la policía, el bullicio reinante desaparecía en cuestión de segundos dando paso a un silencio que permitía oír el ruido de una cucharilla revolviendo el café. Verlos caminar entre las mesas, despacio, con estudiada chulería, levantar la mano, señalar con el dedo a alguien y oírles decir tú era un espectáculo

siniestro. Aquel “tu” significa que el interfecto en cuestión era detenido y llevado a las dependencias policiales. No era infrecuente que los estudiantes, al verlos llegar, se refugiaron en los despachos de los profesores, reductos a los que la policía no podía entrar sin orden expresa, y más de alguno de aquellos docentes se vio obligado a ejercer de taxista, llevando en su coche, hasta sus respectivas casas, a los estudiantes que sacaba de su despacho. Esto no significaba que los profesores estuviesen libres de represalias, el sistema se cebaba especialmente con los filósofos. Los ciclos de conferencias programados, en los que ellos intervenían, eran desconvocados por orden gubernativa a la menor sospecha de que entre ellos pudiesen encontrarse voces desafectas al régimen. Figuras como José Luis Aranguren, Agustín García Calvo, o Enrique Tierno Galván fueron expulsados de sus cátedras impidiéndoles ejercer la docencia. La vigilancia era extrema. Coches de la secreta hacían guardia delante de las casas de los estudiantes más combativos, tomando fotos de los compañeros y amigos que entraban y salían. Yo sentí el flash de sus máquinas, saliendo de casa de Julia, en varias ocasiones.

Existía el Tribunal de Orden Público, más conocido por sus siglas, TOP, una instancia judicial creada por el régimen franquista en 1963. Su objetivo era defender los principios generales del movimiento, reprimiendo toda aquella conducta que fuese considerada delito político. No se necesitaba hacer grandes tropelías, si te detenían con propaganda ilegal, pasabas a disposición de este tribunal. Si eras estudiante y considerado culpable, se te expedientaba, lo que significaba que no podías terminar tu carrera en ninguna universidad española. Uno de los casos más dramáticos fue el de Tino, un amigo de Julia. A Tino se le encontró propaganda trotskista en su casa y se le

incautó también una impresora, pasó a disposición del TOP, pero lo peor era que Tino aún no había hecho el servicio militar, que de aquella era obligatorio. Si tenías un juicio pendiente del TOP y estabas haciendo la “mili”, el juicio no se celebraba por lo civil sino por lo militar, juzgándote como si fueras un terrorista, con lo que se esfumaba toda posibilidad de clemencia. Para poder librarse la obligatoriedad de cumplir con aquel servicio, Tino estudió durante meses por las noches alumbrándose solo con unas velas y conseguir que finalmente lo declararan no apto.

El régimen franquista agonizaba, el asesinato de Carrero Blanco había sido un duro golpe que hacía tambalear lo que parecía tan inamovible. Empezaba a circular, de manera muy velada y solo en determinados círculos, rumores sobre la deteriorada salud del dictador. La oposición, que sistemáticamente se ejercía desde la universidad, se intensificaba y ante las protestas cada vez más frecuentes y más combativas, el gobierno regional decidió cerrarla por tres meses. Ante este estado de cosas y teniendo en cuenta que estabas bajo el punto de mira de la policía, te planteaste tomarse un tiempo sabático y marchar a Francia a mejorar tu francés, pretendías licenciarte en Filología Francesa, hasta que las cosas se calmaran. El destino lógico era Paris, tu hermano Toño y tu hermana Geli, ya estaban viviendo allí con sus parejas.

Te marchabas al principio del verano y habíamos elegido aquella tarde, que resultó luminosa y clara, dos días antes de tu marcha, para despedirnos tranquilamente la una de la otra y para que también te despidieras de la ciudad en la que vivíamos las dos. Paseamos a lo largo del muelle, subimos al cerro de Santa Catalina y continuamos por el paseo de la playa para recalar en las sidrerías cercanas. Yo quería

que disfrutaras de algo que tardarías tiempo en volver a beber. Luego, ya oscurecido, decidimos tomar la última copa juntas en el piso que mis padres acababa de comprar enfrente de la playa y que aún no habían terminado de decorar, pero que a mí me servía de estudio cuando preparaba exámenes. No encendimos las luces y nos quedamos en silencio contemplando el magnífico reflejo de la Iglesia de San Pedro sobre la arena húmeda, una maravilla que solo se podía disfrutar cuando la marea estaba baja, escuchando el mar, respirando a fondo aquel olor que llegaba a ráfagas ¿Cuál fue el gesto, el roce o la mirada que desencadenó todo? Después de que las almas lo hubieran hecho tantas veces, los cuerpos se desnudaron por primera vez. Yo te había hablado de Irene, y tú nunca habías estado antes con otra mujer. ¿Qué hizo que nuestras manos torpes y tímidas se volvieran tan precisas? ¿Qué convirtió en sabios nuestros labios inexpertos y primerizos?

- No quiero que me llames, ni que vayas a despedirme. No quiero palabras superponiéndose a los silencios de esta noche. No quiero nuevos recuerdos que entierren lo que acabamos de vivir. Quiero recordarte así, como estas ahora, desnuda, la luz de la noche entrando por la ventana, la imagen de la iglesia, el ruido de las olas, el olor de las algas. No podemos fingir que no ha ocurrido, porque las dos deseábamos que esto pasara. De nosotras depende la manera en que seamos capaces de gestionar todo esto.

No te acompañe a la puerta, me quedé en aquel lecho, disfrutando de la tibieza de aquellas sábanas, y así permanecí mucho tiempo, sin que pudiera poner orden en el caos que se había instalado en mi cabeza. Luego, más serena, me levanté para escribirte la carta que echaría al correo al día siguiente y que quería que recibieras

nada más llegar. También tu habías pensado lo mismo, y tu carta llegó a los pocos días.

Tras viaje pesado llego muy bien y soy muy bien recibida, Geli, Lalo, Juliette y Toño que me condujeron a comer y a descansar [...] El jueves estuve invitada en casa de una profesora de español [...] El viernes cené a la italiana y vi película privada de Trotsky [...] Ayer vi Casablanca en estudios Christine, me emocionó. Mañana, lunes, empezaré a buscar trabajo [...] La vie est agreable. La vie est bonne. La simple fait d'être en vie, est une volupté.

La cita de Virginia Woolf, expresada en francés, visibilizaba una tendencia generalizada que a mí me dejaba bastante sorprendida. En aquellos teóricos paraísos que diseñábamos, éramos incapaces de expresar nuevas ideas sin que estuvieran convenientemente arropadas por la cita pertinente. Si hablábamos de igualdad de la mujer, era impensable hacerlo sin invocar a Simone de Beauvoir o Virginia Woolf. Si reivindicábamos una sexualidad libre y sin ataduras venía acompañada de la inevitable alusión a *La función del orgasmo* de Wilhelm Reich. Recuerdo a Pepa, una dominicana a la que apodábamos “macorina” por ser el término latino que mejor asociábamos a su espíritu cálido y caribeño. Pepa protagonizó una de las anécdotas que hicieron historia en la Facultad de Letras. Estudiaba cuarto de arte. Una especialidad un tanto elitista que solo aglutinaba a verdaderos entusiastas y el grupo que asistía a clase no era demasiado numeroso. Un día, el profesor que impartía la materia, molesto porque los alumnos que tenía enfrente no estaban tomando notas, se dirigió a ellos en los siguientes términos: “no entiendo la razón de que ustedes no cojan apuntes de lo que estoy diciendo” y, seguramente, queriendo hacer una gracia que a la vez fuera irónica

y desmitificadora añadió: “al fin y al cabo, lo que yo digo puede serles muy útil el día de mañana, especialmente para las mujeres que siempre pueden pasarlo a una libreta a limpio y contárselo a sus hijos o a sus nietos”. Las palabras discriminatorias y machistas, tan impropias del foro en el que habían sido pronunciadas, no pasaron desapercibidas por nadie, y en el más ingenuo y candoroso de los tonos, Pepa se atrevió a preguntar

- Profesor. ¿Las que vamos a abortar a Londres que hacemos con los apuntes?

- Abandone inmediatamente el aula. Salga ahora mismo a llamo a seguridad.

En solidaridad con Pepa, se marchó también Paco, el niño mimado del departamento, y tras Paco se marcharon el resto de los alumnos, no eran muchos, solo siete, dejando al airado profesor solo en el aula.

El comentario de Pepa solo era el producto de una actitud reivindicativa que se mostraba fresca y espontánea, sin ropajes de ningún tipo, algo que cuadraba muy bien con su manera de ser, pero, precisamente, por su manera de ser, sus palabras eran a menudo tachadas de frívolas y a ella no se la tomaba demasiado en serio. ¿Éramos pedantes? ¿Cobardes? ¿inseguros? ¿Tan acostumbrados estábamos a tener nuestro pensamiento encorsetado, que teníamos que vivir siempre prisioneros de una casuística que solo era capaz de sustituir los viejos axiomas por otros nuevos? Julia siempre se reía de mis escrúpulos y de que no fuera capaz de tomarme las cosas con menos seriedad. Había algo, sin embargo, para lo que no bastaba todo el sentido del humor que Julia solía desplegar cuando abordaba una temática. Empezaban a hacerse populares los libros del psiquiatra David Cooper. Julia me contó que el franquismo, en

sus primeros años de dictadura, había puesto en práctica un nuevo método de represión que consistía, siguiendo las pautas diseñada por el Dr. Vallejo Nájera, en tratar a los disidentes como si fueran enfermos mentales. Y la divulgación de la obra del psiquiatra sudafricano contribuía, y no poco, a desestabilizar no solo algunos de los pilares del movimiento firmemente asentados, sino las bases con que la cultura occidental legitimaba el tratamiento que tradicionalmente se había dado a los enfermos mentales. Yo no sentía una particular debilidad por un mundo que me parecía inquietante y tenebroso, pero en Julia conseguía ejercer una extraordinaria fascinación.

Después de tu marcha, yo seguía acudiendo a aquellas reuniones que se suponían clandestinas y en las que también, supuestamente, aunque no arregláramos el mundo, deberían servir para contribuir a diseñar el mejor escenario político posible tras la muerte del dictador. Tengo que decir que no conseguía evitar la sensación de sentirme distante y desplazada. Seguía viendo, en partidos teóricamente progresistas, los mismos prejuicios de siempre. A intelectuales reconocidos se les había negado la afiliación por su condición de homosexuales y nosotras mismas no nos habíamos atrevido a confesar a los amigos más cercanos, nuestros sentimientos y la atracción mutua que sentíamos. Esto me hacía sentir rechazo y desechar toda aquella palabrería como algo no válido. Como siempre tus palabras, aunque me llegaran a través de cartas, trataban de encontrar un punto de equilibrio.

Cada ser humano por lo que es sin enzarzarlos en contiendas. ¿Eres consciente de que no se puede ser tan crispada, desconfiada y andar por la vida con ese instinto de cortar cabezas que, a veces manejas?

Habíamos decidido que iría a verte por Navidad. Me había pasado el verano dando clases particulares y había ahorrado el dinero para poder pagarme el viaje. Viajar a Paris, compartiendo aquellas fechas entrañables con una amiga a la que amaba. El secretismo, que todavía rodeaba a los temas referentes a la homosexualidad, hacía que la palabra amiga disfrazase el más expresivo termino de amante. Y expresiones como novia o novio estaban totalmente descartadas cuando la relación sentimental involucraba a personas del mismo sexo.

Me estabas esperando en la estación. Palabras balbucientes, abrazos tímidos. Vámonos a casa, mi amor. Tu buhardilla estaba cerca del Sena, una de esas *mansards* que algunas familias adineradas costeaban para alojar a miembros del servicio. El reconfortante olor del café recién hecho, besos y un delicioso pastel de ciruela. Ahora trata de descansar, vendré a buscarte más tarde. Luego, sin haberme podido recuperar del todo, pero demasiado excitada para permanecer en casa, me apresuré a vestirme cuando me propusiste salir a cenar. Tomamos el metro hasta la estación de Saint-Michael. No mires todavía. Yo me dejaba guiar en todo. Ahora date la vuelta. Me giré para admirar, más que para ver, la catedral de Notre-Dame iluminada. Luz blanca para realzar aquella construcción de piedra, inmensa contra la noche, perfecta en su belleza, eterna, inamovible. Me abrazaste por la espalda. Será para siempre tu primer recuerdo de la ciudad, y eso nunca te lo podrá arrebatarse nadie.

Permanecimos un rato, contemplando aquella imagen, que yo trataba de fijar para siempre en mi retina, hasta que el frío aconsejó que siguiéramos caminando. Cenamos en un bistró que ya habías elegido con antelación. Carne de caza, el vino servido en una botella de cristal tallada y cuadros colgados incluso en el techo. Todo un

lujo para nuestros precarios bolsillos. Es nuestra primera noche, es Navidad, dijiste a modo de justificación, nos lo podemos permitir. Me pareció ver en ti, los primeros síntomas de un cierto sibaritismo hasta entonces desconocido, que yo achacaba a la influencia de París y así te lo hice saber. Te reías mientras te servía otra copa de Burdeos. Esto tampoco mata, le dije recordando otro escenario y otro vino bastante menos refinado. Esta vez no te reíste. Tu mirada se quedó por unos instantes suspendida en el vacío. Podía fácilmente adivinar las muchas imágenes que por tu mente debían de estar pasando en aquellos instantes, recordando, comparando, hasta que tus ojos distantes se detuvieron en los míos. Qué bien que estés aquí. Era ya el tiempo de que nuestros cuerpos se reencontraran.

- ¿Qué quieres hacer en tu primer día en París?

- Ir al museo de los impresionistas

Era imposible resistirse a la tentación de hablar de arte en aquellos escenarios, retomando así las conversaciones que tantas veces habíamos tenido en Oviedo. El museo *Jeu de Paume* que por aquellos años todavía el museo de los impresionistas, *Montmartre, Montparnasse, Le Sacre Coeur, Pigalle, Le Marais, El Louvre, Le Jardin des Tuileries, Place de la Concorde, Le Jardin du Luxembourg. Saint Germain des Pres y Le Café de Flore*. Si recuerdo estos sitios es porque se grabaron en mi memoria de manera especial. Saturadas de imágenes, de calles encantadoras, de plazas, de edificios, de cafés. Sentía que todo lo que habíamos hablado sobre este tema estaba, de alguna manera, presente allí. Caminando me parecía oír el eco de nuestras propias

palabras, como siempre, discordantes entre ellas. *Nulla aethetica sine ethica* solías decir, defensora acérrima, como eras, de un arte comprometido y doctrinal. Yo, por el contrario, oponía un arte sin servidumbres de ningún tipo, sin cortapisas a la función creadora. El arte ha de liberar, argumentabas. El arte ha de estremecer, respondía yo. Tu seguías enfrascada en la lectura de los ideólogos políticos, yo en la de novelista y poetas y Paris conseguía el efecto de hacer que se tambalearan las convicciones de las dos.

Nos mirábamos ya de manera diferente y nos comportábamos de manera diferente. El beso fugaz en los labios, la mano que se detenía en la mejilla, el brazo que descansaba en el hombro o abrazaba la cintura, no eran gestos al azar sino intencionadamente buscados. No sé si nuestro comportamiento generaba asombro o escándalo, no me preocupaba en averiguarlo, no me importaba. Sí me preocupaba, como tu habías apuntado, la manera de gestionar nuestros sentimientos y la propia relación ¿Cómo proteger algo que debía permanecer tan oculto y secreto? ¿De qué savia se nutriría una relación que no podía esperar ninguna aprobación? ¿Debíamos seguir los mismos esquemas convencionales cuando intrínsecamente retábamos esa convencionalidad? ¿Era eso lo que realmente quería para el resto de mi vida, estar con Julia y solo con Julia? Le escribí una larga carta exponiéndole mis temores, mis reticencias, mis mezquinas reservas y pidiéndole perdón por empañar con aquella exposición de dudas el recuerdo de los maravillosos días que habíamos vivida juntas. Su respuesta llegó a vuelta de correo.

Tu carta es la de un amante llena de desconfianza. No te sientas tan monstruo. Yo soy imperfecta, tu eres imperfecta, y sé que si encontramos el equilibrio de la aceptación generosa y optimista de las imperfecciones que nos rodean seremos felices. Debemos aprender muchas cosas juntas. No pierdas la confianza en ti misma. Los valores que nos unen son indestructibles, pero han de ser cada vez más firmes y reales y para lograr eso tenemos que aprender a madurar como mujeres independientes. Somos algo diferentes, en lo que a necesidades emocionales se refiere. Lo único que me preocupa es que seamos capaces de respetarlas. Mi lucha es la que mi debilidad y mi suspicacia deben librar ante los otros para no sentirme invadida. Siento que debo practicar la economía de las emociones, pero siempre teniendo pendiente el acercamiento simpático y productivo de los acercamientos humanos, aunque con una cierta independencia porque me siento fácilmente interferida. Es en este aspecto donde más necesito tu aceptación, tu complicidad y tu ejercicio paralelo de compenetración.

La mujer para la que trabajo me dijo una vez “mi marido es el hombre más interesante que conozco y hemos encontrado el éxito de nuestra pareja en nuestra mutua independencia”. Mi personalidad enfrentada a la tuya no puede evitar ser juez dañado ¡Cuánto siento amarte deseando abrazarme a tu ser, una y otra vez! Solo tú puedes alejarme de ti. No dejes nunca que me decepcione demasiado.

No es el sexo lo que más me puede unir a ti. Si amas a otras personas, no me lo presentes nunca como pie de guerra, sino como tu expansión libre de realización gozosa. Si te encuentro gozosa y serena, nunca podré enfadarme contigo. Sé que necesitas amar, conquistar y sentirte deseada. Adelante.

Después de aquella carta decidí llamarte. Necesitaba saber si el tono de su voz era cálido o distante, si eras sincera o si, por el contrario, todas aquellas concesiones ocultaban tristeza o algún tipo de infelicidad. Tuvimos una conversación como la que mantienen dos personas que se entregan y encuentran en el otro, toda la fuerza que necesitan. La reacción a aquella llamada telefónica tampoco se hizo esperar.

Tu llamada en este memorable día de amor me ha revitalizado. Cuando llego a atar cabos contigo, soy feliz ¿No es estupendo? Y no puedo explicar con palabras lo que siento cuando llego a acariciar moralmente el ángel que llevas dentro. Cuando me encuentro equilibrada en el núcleo de tu destino, siempre te lo agradezco. Casi todo lo mío es vulgar, muy vulgar, solo cuando estoy frente a ti me siento una y solo una “catastrophe”. Pero, entonces, tú me cubres con tu amplitud humana y qué bien me encuentro en nuestro encuentro. Casi, casi encuentro todo. Tengo ganas de estar contigo y reconocer en ti un aliado tan real como la noche cálida que se sabe noche y aguarda confiada la llegada del alba.

Los meses iban pasando, yo me concentraba en las materias del curso para asegurar unas vacaciones, que consideraba merecidas, sin repesca en septiembre. Me escribiste de nuevo con motivo del primero de mayo.

Deseo que te llegue a tiempo, estas briznas de muguet. A poder ser, el mismo comienzo de mayo. Se celebra la fiesta del trabajo. Pero es una fiesta que no me parece verdadera, muy verdadera. El hombre o la mujer que, en su fuero interno, sea capaz de venerar y celebrar el trabajo es un privilegiado. Creo que existen corazones

en estado de humanidad privilegiada pero no así los contextos de trabajo privilegiados. Primero, debemos asumir esta realidad y luego, afrontarla con un corazón privilegiado ¿No te parece? El tuyo lo es muchas veces. Será un poco el corazón del enamorado. Sí. Hay que estar enamorado de algo, si no, hasta el muguet se secaría en nuestras manos.

¿Era una grieta en tus convicciones? ¿La consecuencia de tu trabajo de *au-pair*, teniendo a tu cuidado a tres niños, que estaba empezando a cansarte? En estas cuestiones, como en tantas otras, manteníamos posiciones muy diferentes. Para ti, cambiar el contexto era la primera condición para mejorar el futuro de las personas. Yo, en los distintos contextos solo veía diferentes escenarios en los que cada ser humano tendría que luchar individualmente para mejorar su propia condición. A tu esencialismo redentor, yo oponía un humanismo que seguía viendo imprescindible la lucha personal en medio de la lucha colectiva. Me embromabas por ser una pequeña burguesa que anteponía su bienestar personal y yo no tomaba demasiado en serio un mesianismo, que me parecía ingenuo. Los idearios políticos eran para ti los nuevos catecismos, mientras que, para mí, toda solución que solo contemplara consignas generales era reduccionista. Lo que tu considerabas un fin en sí mismo, para mí era solo un punto de partida que no garantizaba nada. Coincidió contigo, en cambio, en la parte final del párrafo. El encuentro entre dos seres que se amaban garantizaba el único espacio en el que el cuerpo y el espíritu no se cercaban el uno al otro. El cuerpo se entregaba sin reservas, el espíritu vagaba libremente sin ataduras.

Supimos que había muerto cuando, desde la casa que compartía con otros estudiantes, vimos, en la Facultad de Derecho, ondear la bandera a media asta y comprobamos que en la televisión solo emitían música clásica. Luego, la comparecencia de Arias Navarro confirmando lo que, por lo visto, ya era un secreto a voces desde la noche anterior. A la hora del aperitivo mañanero, toda la Universidad estaba en la calle. Los que esperaban la ansiada amnistía, lo estaban celebrando verdaderamente. Otros, habían ido principalmente para controlar quién estaba y quién no. Tu carta llegó a los pocos días anunciando que regresabas a mediados de diciembre, después de casi un año y medio fuera.

*Adela, en tu primera carta, me decías “hubo ternura en medio de los días difíciles. Ahora una despedida triste y toda la esperanza del mundo”. Y en estos momentos, yo te digo, sigue habiendo ternura en medio de los días difíciles. Ahora una acogida llena de alegría y toda la esperanza de la tierra. Yo no compartía tu optimismo acerca del futuro, de la misma manera que en el pasado tampoco había compartido tu entusiasmo. Pero ansiaba tu regreso, todo mi ser te esperaba para emprender juntas un camino que ya se había iniciado con intermitencias. ¿Difícil? Conociéndonos a las dos, seguro. Un camino que retaría prejuicios y convencionalismos, que se enfrentaría a la incomprensión, cuando no al claro rechazo, que podría llevar a la velada marginación, cuando no a la abierta exclusión, pero que estaba dispuesta a emprender, porque a tu amor, Julia, amante, confidente, complica, *alter ego*, no podría renunciar sin morirme*

CAPITULO SEXTO.

UN HILO DEL QUE TIRAR

Nada más verlo en el buzón, Elisa supo que aquel sobre sellado era una carta de Ferrán, una de las pocas personas que para la correspondencia personal seguía prefiriendo un sistema tradicional. No es que desdeñara otros soportes, pero cuando quería resaltar o hacer menos impersonal una información adelantada por un breve mensaje telefónico o electrónico, se tomaba la molestia de redactar una cuartilla y doblarla cuidadosamente antes de introducirla en el correspondiente sobre sellado. Solía decir que escribir una carta era como acariciar las palabras y que el gesto de la mano deslizándose sobre el mismo soporte que el destinatario recorrería con sus ojos formaba parte de la liturgia de la comunicación. Era necesario también, para que el rito se completara, que la carta viajara físicamente por el espacio que separaba el destinatario del remitente. Ferrán había estado todo el semestre de profesor *visiting* en la *Western Midland University*, una universidad inglesa del medio oeste, y regresaba por las vacaciones de Navidad. La carta solo anunciaba su llegada y también le pedía que no acudiera al aeropuerto a recibirle, prefería que el primer encuentro al cabo de varios meses tuviera lugar sin testigos y Elisa había decidido esperarle en la propia casa de Ferrán. Imaginaba que llegaría cansado y que después de comer le apetecería descansar. Ahora, mientras esperaba abrirse la puerta, vigilaba la comida y ultimaba los pequeños detalles de la mesa.

Llevaban ya mucho tiempo juntos, no podía imaginar una vida sin Ferrán, como tampoco la hubiera podido vivir solo para Ferrán. Concederse una libertad sin preguntas, mantener una lealtad sin controles, hablar sin destrozarse, darse tiempos, cuando habían tenido que hacerlo, formaban parte de un equilibrio trabajado y conseguido de común acuerdo. Pero lo más importante para ella era que con independencia del tiempo transcurrido sin verse y del país en el que se encontraran, estar al lado de él siempre significaba sentir que había llegado a casa.

- ¿Qué tal te va con la lectura de los diarios de Adela?

Ferrán le sonreía mientras calentaba la copa en la que le serviría el coñac a Elisa que ya se había descalzada para ponerse más cómoda en el sofá.

- Hago algo más que leerlos, los reescribo.

- ¿Reescribes los diarios? ¿Por qué?

- Adela se sintió totalmente perdida, le parecía que todo lo que había sido su vida se diluía por momentos. Necesitó dejar constancia de quien era y comenzó a escribir un relato sobre ella, que más que señalar hechos pretendió dejar constancia de una identidad que había ido formándose en diferentes contextos. También necesitó describir esos escenarios, pero sus escritos son complejos, lo relatado en forma de diario se completa con notas sueltas, en las que habla de cómo se sentía, y yo necesito ordenarlo todo cronológicamente. Si las cosas se torcieron en un momento dado y determinadas fuerzas empezaron a actuar en contra suya, la única manera de aclararlo es entender por qué ocurrió todo, qué mecanismos fueron los detonantes de los hechos y la clave está es la propia vida de Adela, en su manera de ser, en su

trayectoria. Es imposible entender lo que ocurrió si no conoces al personaje y los escenarios en que se desarrollaron los hechos.

- ¿No te parece un método poco fiable? Quiero decir ¿No corres el riesgo de que tu propia subjetividad a la hora de reescribir empañe la objetividad de los hechos?

- También habría que contar con la subjetividad de Adela. Hace poco leí que la memoria es el más cruel de los monstruos y se requiere más coraje para enfrentar el pasado que para vivir el presente o abordar el futuro. Recordar no es un ejercicio de objetividad aséptica. La verdad para cada uno es lo que percibimos y lo que seleccionamos entre los recuerdos.

- ¿Y has llegado muy lejos?

- Su infancia, su época de internado y su primera relación cuando era estudiante en la Universidad. Pero aún no he terminado el primer cuaderno y hay más. Hasta ahora no parece que haya nada fuera de lo normal, solo la constatación del carácter y de la personalidad de Adela que siempre se perfiló como un ser atípico. Pero aparte de eso no encuentro un hilo del que tirar.

- A lo mejor yo puedo ayudarte en eso -ante la intrigante mirada de Elisa, Ferrán continuó hablando

Adela retomó estudios universitarios en Inglaterra, precisamente en *Western Midland University*, donde inscribió un proyecto de tesis doctoral que se vio amenazado prácticamente desde el principio.

- ¿Qué quieres decir con amenazado?

- Que fue acusada de querer robar libros en la única biblioteca que contenía las fuentes primarias de su investigación, concretamente en la *Taylor Institution* que junto con la *Bodleian* y la *Radcliffe Camera* componen la biblioteca de Oxford. Como consecuencia se le prohibió la entrada a dicha biblioteca, poniendo con ello en riesgo la continuidad de la tesis.

- ¿Qué fue lo que pasó?

Por lo visto hubo una confusión con unas tarjetas. Normalmente si no eres alumno de una universidad no puedes llevarte libros en préstamo de su biblioteca, solo consultarlos allí. En algunas te dan una tarjeta de lector y en otras no. Adela malinterpretó los derechos que le otorgaba la tarjeta que le ofrecieron y cuando se disponía a sacar el libro, pensaron que lo quería robar.

- ¿Cómo te enteraste tú?

- De manera totalmente casual, pocos días antes de viajar a España. Estoy haciendo una investigación sobre prensa española comprometida y tuve que ir a la *Tayloriana*. Me atendió John, el director de la sección de español, él fue el que me contó toda la historia. Adela había sido la primera persona en consultar los ejemplares que yo solicitaba.

- Explícamelo todo detenidamente desde el principio porque todo esto me parece muy extraño.

- Adela comenzó su tesis bajo la dirección de Priscilla Bieder, profesora de la *WMU*. Hubo problemas entre ellas y Adela solicitó un nuevo director, haciéndose cargo

Desmond Farrell, Jefe del Departamento. La investigación que llevaba a cabo se basaba en una de esas colecciones que no puedes solicitar por préstamo interbibliotecario y necesariamente tienes que consultarlos allí. Adela llegó con una carta de presentación de Desmond y comenzó a trabajar sobre los ejemplares solicitados. La atendió John, que desde el principio entabló muy buena relación con ella. Las visitas de Adela se producían con regularidad y después de unos días, Adela le preguntó si necesitaba tener algún tipo de tarjeta. Su pregunta estaba justificada porque Adela había tenido que ir a la *Bodleian* y allí exigen que te hagas una, aunque solo sea por cinco minutos. John le preguntó si todavía la conservaba y ante la respuesta afirmativa de Adela le dijo que bastaba con que al entrar presentara esa.

Las visitas, que Adela hacía a Oxford, tenían un día de duración. Madrugaba todas las mañanas y regresaba a su casa muy tarde todas las noches, con el consiguiente empleo de tiempo y de dinero, una situación que mejoró cuando fue capaz de encontrar un alojamiento que le salía más barato que el ir y el venir, así que se quedaba en Oxford los días que no tenía clase aquí, algunas veces hasta cuatro y cinco días seguidos.

La biblioteca cierra a las seis treinta y hasta la hora de irte a dormir tienes mucho tiempo libre. Una buena manera de aprovecharlo es leyendo. Adela, además de avanzar en su tesis, preparaba un artículo sobre novela histórica post-modernista y necesitaba leer una obra específica de Pérez Reverte. La biblioteca de *WMU* no tenía entonces el libro en concreto de ese autor y pensó que bien podía tomarlo en préstamo. Preguntó si podía llevárselo por un par de días y le dijeron que no, pero a continuación le ofrecen tener una tarjeta y es ahí donde se produce la confusión,

porque ella interpreta que, con la tarjeta, que le acaban de ofrecer, sí podía llevarse libros en préstamo durante su temporal estancia en Oxford. Para ella no tenía ningún sentido que le ofrecieran una tarjeta exclusivamente para leer dentro del edificio, habiéndole dicho con anterioridad que para leer libros no la necesitaba. En un momento determinado, las personas con las que había mantenido esta conversación se van, dejando el libro solicitado sobre el mostrador, y Adela creyendo de buena fe que se lo podía llevar, lo coge y tranquilamente se dirige a la salida.

No había bajado ni media docena de escalones, cuando la persona con la que acababa de hablar sale precipitadamente en su busca y le pregunta si tiene el libro de Reverte, ella contesta afirmativamente y le piden que lo devuelva. Se disculpa por el malentendido y pregunta si puede leerlo en la sala de lectura, le dicen que sí y allí permanece hasta la hora del cierre.

Al día siguiente, tiene ocasión de comentar con John todo lo sucedido, teme que le acusen de querer robar el libro. John quita importancia a todo el asunto y le dice que no se preocupe. Un par de días después, la bibliotecaria la llama a su despacho y tiene ocasión de dar todo tipo de explicaciones. Sale de allí convencida de que el tema está definitivamente zanjado y continúa acudiendo con regularidad hasta su cierre por Navidad. La víspera, ella y la persona con la que habían tenido el malentendido se abrazan y se felicitan las fiestas. Todo el mundo da por sentado que Adela regresa en enero, pero Adela ya no volvió más.

Elisa se terminaba su coñac, mientras sopesaba mentalmente la historia que Ferrán le acababa de relatar.

- ¿No intentó Adela volver a ponerse en contacto con John?

- Sí lo hizo. Pero John le dijo a ella lo mismo que me dijo a mí, que había sido una decisión de la bibliotecaria y que no había podido hacer nada.

- No me creo que Adela tuviera intención de robar el libro, la considero visceralmente incapaz de hacer una cosa así. No encaja en el perfil de ladrona de bibliotecas y mucho menos si eran ejemplares únicos. Ella reverenciaba este tipo de libros, les profesaba un culto casi sagrado. Aunque hay que reconocer que, en este caso, debió de haberse preocupado de dejar claro el tema de la tarjeta.

- Eso no es lo más relevante. Todo el problema se desata porque Adela intenta llevar en préstamo un libro que necesitaba leer, para un artículo que estaba escribiendo. No estamos hablando de una estudiante novata de primer año. Hablamos de una persona adulta, profesora, que, además de impartir sus clases, escribe, publica y a la que trataron como a una vulgar ratera después de haberle dicho que no iba a haber ningún problema. Es inaceptable. Además, hay un par de cosas que no encajan.

- ¿Qué cosas?

- Para empezar el factor tiempo. El incidente del robo se produce en el mes de noviembre y la expulsión no tiene lugar hasta enero ¿Por qué? ¿Por qué esperar todo ese tiempo?

- Tal vez costó reunir a todo el equipo. Me refiero a que una decisión así no se tomará unilateralmente, supongo que tiene que haber una especie de comité que decida si una persona debe o no ser expulsada de una biblioteca de investigación,

especialmente si lo que está en juego es algo tan serio como la continuidad de una tesis doctoral.

- Elisa no hay ningún comité. La bibliotecaria es la persona que tiene la máxima responsabilidad y, si cualquier usuario es sorprendido en un flagrante delito de robo, su obligación es expulsarlo en aquel mismo momento. Es a ella a la que compete tomar la decisión, no tiene que consensuarla con sus subordinados. Y la segunda cosa, que no encaja, es que nadie en el departamento hubiera movido un dedo para ayudarla. Admites a un estudiante de doctorado, porque consideras que tiene un buen proyecto, y luego permaneces impasible, cuando se obstaculiza el que ese estudiante pueda llevarlo a cabo. Estoy seguro de que tiene que haber alguna razón, porque si no la hay, lo ocurrido no se entiende, no tiene lógica.

Así era Ferrán, tan ecuánime siempre -pensó Elisa- no se hubiera movido un centímetro por sentimentalismo, pero, si veía algo fuera de lo normal, removería cielo y tierra y no descansaría hasta que todo encajara. Para él, lo inaceptable de la injusticia no era tanto el daño individualmente infringido como la presencia de un elemento discordante en un orden armónico en el que todas las piezas tenían que acoplarse. Y cuando en ese orden se producía una disrupción, no era un hecho aislado, sino algo que afectaba a todo el conjunto, implicando a todos los elementos pertenecientes a él.

-¿Has hablado de la historia de Adela con el resto de los profesores?

- Prácticamente no hubo tiempo, algunos ya se habían marchado de vacaciones. Le mandé un correo a Edurne, titular de catalán, que es la persona con

quien más confianza tengo. Me contestó diciendo que hablaríamos a la vuelta. ¿No habla Adela en sus diarios de este episodio de Oxford?

- Seguramente sí, pero ya te dije que aún no había leído todos los cuadernos.

- ¿Por qué no regresas conmigo a Inglaterra y pasas allí unos días tratando de averiguar qué paso? - Trataré de conseguirte entrevistas con Norman, que fue su mentor, y con Priscilla su mayor enemiga en el Departamento. Estoy seguro de que Manuela, que fue su amiga, también podrá aportar detalles. Además, podríamos aprovechar para escaparnos unos días a Londres y así podrías hacer el reportaje sobre teatros que siempre quisiste hacer. Eso sí, te aconsejo que hasta que te entrevistes con ellos no leas los diarios de Adela, esto te permitirá escuchar sus versiones sin ningún tipo de idea preconcebida, es mejor que tu mente no esté condicionada por nada.

Elisa pensó que Ferrán tenía razón, aquello sí era un hilo del que tirar. Una tesis doctoral. Una acusación de robo en la misma biblioteca a la que le era imprescindible acudir. Su instinto de fotógrafa le decía que había una sospechosa casualidad en todo aquello, que algo perverso estaba agazapado en alguna parte.

CAPITULO SEPTIMO.

SE INICIA UNA INVESTIGACION

La universidad de *West Midland* se asentaba sobre una vasta llanura situada al oeste de la ciudad. Rodeadas de campos de deporte, las distintas facultades se alineaban circularmente alrededor de una plaza central presidida por una imponente torre a la que coronaba un reloj con esferas en cada una de sus cuatro caras, que era visible desde cualquier parte del campus. Construida para acoger a un alumnado proveniente de las nuevas clases medias, había adquirido cierto renombre en los años cincuenta, gracias al cariz fuertemente politizado que un grupo de sociólogos había conseguido imprimir a sus estudios. Un cariz desdibujado con el paso del tiempo, debido al fuerte clientelismo que dejaba sentir su huella conservadora y condicionaba el perfil de los profesores, que se integraban en los distintos departamentos.

Elisa y Ferrán llegaban temprano a la cita con Norman y se dirigieron a la cafetería situada en el edificio que albergaba la división de Lenguas Modernas. Allí se encontraron con el profesor Daniel Gómez.

- Elisa, éste es Daniel. Estaba ya aquí, el año que vino Adela. Fue testigo de los hechos y podrá contarte cómo ocurrieron.

- La bomba estalló a principios del mes de enero, cuando Priscilla acababa de asumir la Jefatura del Departamento. Todos los profesores y también los estudiantes de postgrado recibimos un correo electrónico, que Priscilla enviaba en nombre de Ted

Dayanard, Decano de la Facultad. En él se decía que uno de los estudiantes de doctorado había tenido un comportamiento absolutamente inaceptable en la biblioteca de Oxford, poniendo en peligro el que todos los demás pudiéramos seguir acudiendo a ella, y, ante esa posible eventualidad, se había visto obligado a respaldar la decisión de la bibliotecaria de prohibir terminantemente la entrada a dicho estudiante.

- ¿Cómo reaccionó Adela? -quiso saber Elisa.

- Adela solicitó, con carácter urgente, una entrevista con Ted para exponerle su versión de los hechos. Tardó cuatro días en concedérsela. En realidad, daba igual, la decisión ya estaba tomada y no había nada que hacer.

- ¿Por qué no esperó a escuchar a Adela, contrastando así su versión con la de la bibliotecaria, antes de tomar ninguna decisión?

- Porque era Oxford. Uno de los *Colleges* iba a ofertar un puesto de profesor. Ted Dayanard ambicionaba esa plaza y no podía consentir que una actuación poco firme, por su parte, fuese interpretada como la propia de una persona débil o dubitativa, empañando con ello su candidatura. Se hubiera apresurado a apoyar cualquier iniciativa que hubiera tomado la bibliotecaria.

- ¿Consiguió el puesto?

- No. Era muy poco probable que se lo dieran a él. Oxford es endogámico, en igualdad de condiciones prefiere siempre a antiguos estudiantes. Ted se había graduado en la Universidad de Leeds. Al final se marchó a la Universidad de Londres.

- La verdad es que todo este asunto del puesto de profesor me parece algo traído por los pelos -Elisa no pudo evitar hacer el comentario.

- Estoy de acuerdo -Ferrán que había permanecido en silencio se había decidido a intervenir- pero además no explica el lapsus de tiempo. El supuesto robo, por parte de Adela, ocurre en el mes de noviembre y, sin embargo, no se la expulsa hasta enero.

- Ted se había marchado de vacaciones. Fue a su regreso, cuando se encontró con la carta de la bibliotecaria esperándole en su despacho.

- Pero me imagino que Ted cogería vacaciones a mediados de diciembre. Si la bibliotecaria hubiese escrito la carta nada más ocurrir el incidente, como hubiera sido lo esperable, Ted hubiese tenido tiempo de leerla antes de marcharse. Si no fue así, es porque la carta fue escrita más tarde ¿Por qué dejó transcurrir tanto tiempo?

- Tienes razón. No lo sé en realidad. De cualquier manera, y sea cual fuere la razón, muchos, de los que estábamos aquí por esa época, intuíamos que todo era una clara maniobra de Priscilla, para impedir que Adela continuara haciendo su tesis.

- ¿Y qué sentido tiene eso? -razonaba Ferrán- admites a un estudiante de doctorado, porque piensas que tiene un proyecto interesante, y luego maniobras para que ese proyecto no se realice.

- Para entender el comportamiento de Priscilla hay que conocer la precaria situación que vive como profesora. Ella está al frente de la división de portugués, que constantemente es objeto de críticas y denuncias por parte de los alumnos, debido a su mal funcionamiento y a la descoordinación que hay. La Universidad ha tratado repetidas veces de quitársela de encima, especialmente desde que Ted descubrió,

hace algunos años, que había sustraído dinero del Departamento para su uso personal. Le han rebajado el sueldo, le han reducido horas, y siempre aguanta el temporal y consigue quedarse ¿Cómo lo consigue? Por los contactos que tiene. Ella constantemente se ofrece a hacer favores, para rentabilizarlos luego profesionalmente. De esta manera obtiene afuera, los apoyos que no consigue dentro. Todo el respaldo que Priscilla dio a Sandra, su otra doctoranda, solo se entiende desde esa óptica. En cuanto a Adela, siempre que tuvo ocasión, utilizó su autoridad para prohibir al resto sus compañeros que tuvieran tratos con ella. Lo sucedido con la profesora australiana es un buen ejemplo.

- ¿Qué paso? -preguntaron los dos a dúo.

- El departamento suele organizar seminarios y acoger a conferenciantes que disertan sobre temas diversos. Se espera que los estudiantes de doctorado acudan siempre. Normalmente estos actos se anunciaban en un panel puesto en el pasillo. Priscilla suprimió esa costumbre y, a partir de ese momento, la información solo circulaba boca a boca, pidiéndonos a todos indirectamente que nunca la informáramos de nada. En aquella ocasión, de manera casual, Adela supo que una lingüista iba a dar una charla, el tema le pareció interesante y decidió ir. Al enterarse Priscilla, convocó una reunión de urgencia, prohibiendo a todo el mundo que acudiera. Yo le dije que no podía faltar por mi posición de coordinador y fui uno de los pocos que desafió su autoridad. A la primera conferencia asistieron solo cinco personas y de esas cinco, dos no tenían ninguna vinculación con el Departamento.

- ¿Qué quieres decir con la primera conferencia? –quiso aclarar Ferrán- ¿Había programada una segunda?

- No. Pero Priscilla se encargó de explicarle que una persona *non grata*, a la que explícitamente se le había pedido que no asistiera, cosa que no es cierto, había desobedecido y ante esa actitud de desacato, el Departamento en pleno había tomado la decisión de no presentarse. La convenció para que repitiera la conferencia. Fue algo surrealista.

-Más bien paranoico –puntualizó Elisa. ¿Cómo se explica todo este ensañamiento?

- Priscilla iba a ser su directora de tesis, pero Adela solicitó un cambio de supervisor. La creencia general es que este es el punto de partida de todos los problemas. Yo, en cambio, soy de la opinión de que el irracional y desmesurado comportamiento de Priscilla hay que entenderlo en clave de esa rentabilidad profesional a la que acabo de aludir. Priscilla puede parecer por sus exabruptos una persona espontánea, pero no lo es en absoluto, todas sus actuaciones obedecen siempre a un plan cuidadosamente diseñado. Estoy convencido de que ese afán por excluirla estaba encaminado a granjearse el agradecimiento de alguien. Y ahora vais a tener que disculparme -dijo mirando el reloj- tengo una clase y debo irme.

La conversación con Daniel había sido interesante y muy reveladora. Ferrán no había tenido mucho trato con él, siempre le había parecido un personaje escurridizo y excesivamente cauteloso, pero, aquella mañana, sabiendo el interés que Elisa tenía en clarificar lo ocurrido a su amiga Adela, se había revelado como un interlocutor amistoso y franco. Ferrán agradeció sus palabras, estrechándole con fuerza la mano derecha, a la vez que hacía descansar su izquierda sobre el hombro de su interlocutor. Un gesto que Daniel entendió y aceptó, sonriendo y asintiendo con la cabeza.

Norman Gawsorth dedicó a Ferrán y a Elisa la más amplia de sus sonrisas en cuanto los vio aparecer. Afable, educado y de modales amables, parecía reunir todas las virtudes del *gentleman* inglés. Licenciado y doctorado por la Universidad de Cambridge, llevaba muchos años vinculado a *WMU* y, durante todo ese tiempo, había visto llegar y marcharse a mucha gente. A su manera, era una especie de superviviente, un mérito que se basaba principalmente en el impecable comportamiento demostrado y en su habilidad para no implicarse en situaciones incómodas o embarazosas. Le habían ofrecido la jefatura varias veces y siempre la había rechazado alegando problemas de salud, aunque el verdadero motivo era poder dedicar más tiempo a su familia y a su trabajo como historiador, los verdaderos puntales que sostenían su vida.

Tras unas breves presentaciones, Ferrán pretextando trabajo los dejó solos, diciéndole a Elisa que fuese a su despacho cuando hubiese terminado la conversación con Norman.

- ¿Así que eres fotógrafa?

- Soy fotógrafa *free-lance*. Trabajo para varias agencias.

- ¿Y has venido hasta aquí solo para hacer averiguaciones sobre Adela?

- No. Quiero hacer un reportaje sobre los teatros de Londres. Pero el que Ferrán esté aquí y el hecho de que también hubiera estado una vieja amiga mía, me parecieron dos buenas razones para venir -Elisa consideró más prudente ocultar la

información sobre la muerte de Adela y mentir sobre las verdaderas razones de su viaje a Inglaterra.

- Los problemas de Adela fueron motivados por su relación con Priscilla. Ella es una persona conflictiva, a la que la vida ha tratado muy duramente. Fue una niña adoptada y le han pasado cosas terribles. Ha tenido problemas prácticamente con todo el mundo, aunque nunca la había visto ensañarse tanto con alguien como lo hizo con Adela.

- ¿Y cuál cree usted que pudo haber sido la razón?

- No lo sé a ciencia cierta. Los primeros días de su estancia aquí, Adela vivió en su casa. Yo le pregunté si había ocurrido algo entre ellas y me aseguró que no había pasado nada que justificara una relación tan deteriorada. El hecho de que su investigación pasase a ser competencia de otro profesor no contribuyó precisamente a poner las cosas fáciles, porque, en represalia, Priscilla se esforzó en marginarla de todas las actividades del Departamento y en apoyar al máximo a Sandra. La murmuración fue constante, el acoso permanente. Desde su llegada, Adela recibió todos los días en su bandeja de correo electrónico mensajes desalentadores. De la mayoría de estas cosas, yo me enteré casi al final del curso, cuando Adela habló conmigo, porque, desde el principio, aguantó estoicamente el frente común que contra ella hicieron Priscilla, Sandra y Hannah, una profesora que ya no está aquí. Frente que mantuvieron, incluso después de que Adela se hubiera ganado el respeto como investigadora tras su comparecencia ante el comité.

- ¿De qué comité y de qué comparecencia estamos hablando?

- Priscilla era entonces jefe del departamento y decidió que los estudiantes de doctorado tenían que informar acerca de la progresión de su trabajo. Le movía a ello un doble propósito: conseguir que Sandra, que era la única que había presentado una ponencia en un congreso, destacara del resto y dejar en evidencia a Adela. El comité, que tenía que juzgar esa progresión, debía de estar constituido por tres *seniors lecturers*, ninguno de los cuales podía ser el director de tesis del doctorando que comparecía. En el caso de Adela el comité lo constituimos Ted, Priscilla y yo. Todos los comparecientes recibieron por correo electrónico instrucciones de Priscilla, acerca de los puntos en los que debían de basar su exposición, y prepararon con su supervisor esa comparecencia. Todos menos Adela, que no había recibido ningún correo previo y tampoco podía contar con la ayuda de Desmond, que había cogido sabático.

Los doctorandos iban entrando por riguroso orden alfabético. Adela entró la última, porque una compañera suya apellidada Vázquez le pidió cambiar el turno. Fue como una película de Hitchcock, el suspense se mantuvo hasta el final y durante todo ese tiempo, Priscilla saboreaba anticipadamente su mezquino triunfo.

Le salió mal la jugada. Adela tuvo una intervención tan destacada, que, cuando abandonó el aula, después de haber contestado sin titubeos y con dominio del tema a todas las preguntas, Ted Dayanard reconoció que era el mejor proyecto de tesis que en aquel momento tenía el Departamento. Adela había conseguido, además, hacerse con todos los ejemplares de la colección, con lo que consiguió zanjar definitivamente dos de los rumores que sistemáticamente se había difundido sobre ella: que no tenía *corpus* literario y que tampoco tenía suficiente capacidad intelectual.

Los ánimos, sin embargo, no se calmaron y, como no podían atacar su rigurosidad como investigadora, se dedicaron a desacreditar a la persona, aprovechando cualquier ocasión para intentar humillarla o ridiculizarla. Adela estuvo tentada de dejar la tesis. Yo le hice ver que un abandono por su parte daría el triunfo a las personas que le estaban poniendo las cosas difíciles y le pedí que mantuviera la calma, “si tu te vas, ellas ganan” –esas fueron mis palabras. Pero por mucho que yo dijera y por mucha paciencia que le echara, la tensión acumulada a lo largo de tantos meses producía su efecto. Al curso siguiente, se cambió a la Universidad de Leeds y no parecía irle bien, en el sentido de que no se cumplían las expectativas generadas. Ella me llamó un día por teléfono para contármelo. Yo le dije que, si no podía arreglar las cosas allí, se marchara a hacer la tesis a España.

- Profesor Gawsorth, le agradezco mucho el tiempo que me ha dedicado, sé que es usted una persona muy ocupada y no quisiera entretenerle más, pero no puedo resistir la tentación de hacerle un par de preguntas antes de marchar. Si Adela era una persona tan válida y con un proyecto tan bueno ¿Cómo es que nadie en el Departamento la ayudó cuando, debido a un malentendido, se le prohibió volver a la biblioteca de Oxford?

- Bueno eso no es del todo cierto -la expresión de su rostro se había vuelto extraordinariamente tensa- Hannah estuvo hablando con la bibliotecaria antes de su cierre por Navidad y, cuando se consumó la expulsión, le escribió una carta, aunque infortunadamente no causara ningún efecto. ¿Cuál es la segunda pregunta?

- Si Priscilla tuvo problemas con la mayoría de la gente ¿Cómo explica usted la buena relación que mantenía con Sandra?

- Sandra supo encontrar la manera de halagarla. De las paredes de su despacho colgó un panel hecho con fotos de Priscilla, que habían sido tomadas por la propia Sandra. Fue muy comentado en el Departamento, a todos nos llamó mucho la atención.

Mientras comían, Elisa relató pormenorizadamente a Ferrán la conversación que había mantenido con Norman.

-Vaya pareja -acertó a decir, cuando se le hubo pasado el ataque de risa producida por la historia del panel- una, prohibiendo a los estudiantes de postgrado acudir a una conferencia y la otra, decorando la pared con las fotos de su profesora favorita. ¿Estamos en un departamento universitario o estamos en un parvulario? -La intencionalidad que ponía en sus palabras, hacía que la pregunta, formulada al aire, resultase algo más que retórica.

- Yo diría que ésa es una muy buena pregunta.

Los dos levantaron a dúo la vista para encontrarse con una cabeza rubia. Ferrán se apresuró a presentar a Manuela, aclarándole a Elisa que ella había sido la persona más cercana a Adela.

- Me alegra conocer a una amiga de Adela, después de tanto tiempo sin tener noticias tuyas. Aquí es difícil saber algo de ella, porque es uno de los temas malditos del Departamento.

- Adela es una persona que suele levantar polémica allá donde vaya, pero es de naturaleza tranquila y me cuesta entender que haya generado tanta hostilidad y tanto rechazo -confesó Elisa.

- Por mucho que te hayan contado, estoy segura que no habrá sido ni la mitad de lo que a esta pobre le hicieron pasar. Desde que apareció el primer día no la vi tener ni un momento de paz. Más que acusaciones concretas, era un constante ruido de fondo, pautado y sabiamente dosificado, y no era solo Priscilla, Sandra alimentaba la llama de la discordia todo lo que podía.

- ¿Tan mala era la relación entre ellas?

- Con Adela compartió casa y la tensión entre ellas se palpaba o, mejor dicho, se palpaba la actitud beligerante de Sandra, manipulando a todo el mundo en contra suya.

- ¿Cómo era la relación que Sandra mantenía con los demás?

- En general, era una persona arrogante. Se sentía segura, porque sabía que era intocable y que nadie cuestionaría su comportamiento. Más de una vez, los alumnos presentaron quejas y, a pesar de ello, nunca tuvo ningún tipo de apercibimiento como tuvimos los demás, cuando vivimos situaciones parecidas. James Weiss, mi pareja, fue codirector de su tesis el primer año y acabó harto de las tres. Priscilla y Hannah le estaban dando órdenes acerca de ella todo el tiempo. Todavía recuerdo la bochornosa ponencia que presentó en el Departamento a modo de ensayo, antes de acudir a un congreso de estudios de género. Hannah, que había colaborado en su elaboración, le entregó a James el esquema dos días antes para que se lo estudiara a fondo, porque, para evitar que la ignorancia de Sandra quedara en

evidencia, le pidieron que, durante el coloquio que seguiría a la exposición, contestara por ella a todas las preguntas. James nunca sabía los avances que hacía, nunca le presentaba nada, hasta que al año siguiente le pidió que se buscara otro director.

- Todo este asunto - Ferrán mostraba un sincero asombro- me está revelando algo que me resulta sorprendente y que era para mí totalmente desconocido. Me refiero al comportamiento de Hannah. Supongo que estamos hablando de Hannah Butler, yo la conocí en Barcelona y me pareció una persona muy agradable. Me cuesta imaginarla apoyando tan incondicionalmente a una doctoranda, que apenas conocía, y aliándose con Priscilla en su guerra particular contra otra doctoranda, a la que tampoco conocía, y que, lógicamente, no podía tener nada en contra suya.

- Sandra era una persona cercana a alguien con mucho peso en el academicismo inglés. Me refiero a Marjorie Lambert. Tiene todos los honores académicos que se pueden tener, un prestigio internacional incuestionable, no hay *journal* académico que no controle, y es una mujer con un poder y una influencia enormes.

- ¿Y cuál era el vínculo entre ella y Sandra?

- No te lo puedo decir con total seguridad, Elisa, pero a algunos nos pareció muy significativo que el año que la profesora Lambert se marchó a ocupar su puesto en una universidad norteamericana, Sandra, que ni siquiera tenía su tesis acabada, también se marchara a ocupar el suyo allí, después de que su novio rompiera muy oportunamente la relación que mantenían.

- Todo muy simétrico ¿Verdad? -Ironizó Ferrán.

- Sí, todo muy simétrico -asintió sonriendo Manuela.

- Tengo entendido -continuó Elisa- que Hannah escribió una carta a la bibliotecaria, cuando se destapó todo el tema de Oxford, sin que causara ningún efecto. ¿Tienes alguna idea de por qué fue así?

- Yo diría que sí causó efecto. La carta, que teóricamente debía de servir para disculpar su comportamiento, era totalmente estúpida. Argumentaba que Adela no había hecho ningún entrenamiento especial, para saber comportarse en las bibliotecas, como si una persona con una licenciatura y un Máster necesitase de entrenamiento alguno para saber estar en una biblioteca universitaria o en cualquier otra. Esa carta estaba pensada para conseguir precisamente lo que pretendía, que los ánimos se rebotaran aún más y definitivamente se le prohibiera el seguir acudiendo. La bibliotecaria, para volver a admitirla, sólo pedía que el decano de la facultad firmara una petición expresa en ese sentido, pero Ted se negó a hacerlo. Nunca hubo interés en que Adela volviera.

- Una de las cosas a la que yo he dado muchas vueltas es al tiempo transcurrido entre el momento en que se produce el malentendido y la fecha en la que se le prohíbe volver -Ferrán conseguía de nuevo introducir el tema- no acabo de encontrarle explicación, es algo que hemos hablado con Daniel y sigo sin verlo claro.

- También a Adela le extrañaba. Confieso que yo no le di demasiada importancia en su momento, pero ahora, que ha pasado tiempo, creo tener una idea bastante más aproximada de lo que pudo haber ocurrido. La bibliotecaria debió de ponerse inmediatamente en contacto con el departamento, como hubiera hecho cualquiera en

su lugar, y la persona que habló con ella fue muy posiblemente Hannah, que se pasaba el día aquí. Casi con toda seguridad, comentó el tema con Priscilla y las dos vieron la ocasión de deshacerse de Adela, con la ventaja añadida de utilizar a Ted y poder lavarse las manos de todo el asunto. Ellas sabían que Ted ambicionaba el puesto de Oxford y que se apresuraría a respaldar cualquier decisión que la bibliotecaria tomara. Imagino que el primer paso fue decir a la persona que llamó por teléfono, que alguien del Departamento se personaría allí y que no tomara ninguna decisión hasta entonces. Eso explicaría el lapsus de tiempo transcurrido. Hannah se presentó en la biblioteca, el último día, víspera de su cierre por Navidad; probablemente fue ella la que sugirió a la bibliotecaria a quien tenía que dirigir la carta y los términos duros en que debía ser escrita. Para entonces, Ted ya se había marchado de vacaciones y lo único que había que hacer era esperar tranquilamente a que los acontecimientos se produjeran en el mes de enero, cuando Priscilla, que ostentaría ya la Jefatura, tendría el control absoluto de las consecuencias que se podían derivar.

- Entiendo perfectamente que se acabara marchando a Leeds, aunque tampoco en aquella universidad encontró la solución a sus problemas. ¿Qué pasó esta vez? -
Elisa movía desalentadoramente la cabeza.

- Fui yo la que le sugerí que se fuera a hacer su tesis con Anthony Lewis, que era el supervisor de la mía. Desgraciadamente hubo presiones, Ted se oponía a que Adela se marchase. Era *vox populi* que este departamento tenía serios problemas para encontrar *sponsors* que financiaran sus proyectos de investigación, porque los doctorandos no terminaban sus tesis a tiempo. Si las cosas le hubieran ido bien, la que hubiera quedado en evidencia hubiera sido la *WMU* y Ted no podía aceptar que un

problema que se basaba principalmente en la mala relación entre dos personas contribuyese a dañar la imagen de todo el Departamento. La estrategia que se diseñó fue la de no ponerle las cosas fáciles, y eso influyó en su decisión de dejar Inglaterra y hacer la tesis en España. Eso y un par de cosas más.

La mirada expectante, reflejada en los rostros de Ferrán y Elisa, hacia innecesario formular cualquier pregunta.

- Anthony, por cuestiones personales, negociaba su jubilación anticipada. Aquél era su último año y no se sabía seguro si seguiría vinculado a la Universidad de Leeds. Antes de marcharse, hizo a Adela una oferta: eximirle del pago de las tasas de colegiatura, pero sin garantizarle el dar unas clases que le permitieran autofinanciarse. Casi al final del curso, el Departamento de Hispánicas de aquella universidad sacó a concurso un puesto de bajo rango, adecuado para un estudiante de doctorado. La persona que, tras la marcha de Alex, iba a asumir la Jefatura, le dijo a Adela que se presentara. Anthony se oponía, alegando que un estudiante de doctorado *full-time* solo puede trabajar un número limitado de horas, y aquella plaza significaba más horas lectivas. Alguien propuso que Adela fuese admitida estudiante de doctorado *part-time*, lo que le hubiera permitido dar más horas de clase, pero tampoco con ello consiguieron doblegar la oposición de Anthony que se vio reforzada por el altísimo nivel de los aspirantes al puesto: gente con el doctorado acabado, con publicaciones y no solo de artículos, también de libros o al menos algún capítulo. Un nivel con el que evidentemente Adela no podía competir. Lo sorprendente fue la designación de la persona que ocupó el cargo, le dieron el puesto a alguien que no tenía publicaciones y que todavía no era Doctor, porque el trabajo se lo dieron en julio y la defensa de su

tesis no estaba prevista hasta septiembre. Pero era el candidato de Hannah. La *WMU* hacía llegar a Adela un claro mensaje.

Hanna por otra parte mandó a Adela un correo diciéndole que la Universidad donde estaba la profesora Lambert ofertaba una beca que le podía interesar. Era para doctorandos con una investigación ya iniciada y se pedía a los aspirantes que mandaran un *statement* de su trabajo. Hanna sabía de la admiración que Adela sentía por ella y estaba segura de que lo intentaría. La llamaron para la entrevista y Adela acudió con la esperanza de encontrar allí la solución a sus problemas y poder redactar la tesis con un mínimo de tranquilidad. Marjorie Lambert la humilló y la trató mal. El dominio que Adela tenía del inglés era muy limitado y, a pesar de ello, no se le permitió hablar en español. Le pidió que hiciera el comentario de una foto y Adela no podía expresar en inglés todo lo que quería decir, sus intentos resultaban patéticos y durante todo el tiempo la profesora Lambert mantuvo una expresión de burla. Aquel mismo día le mandaron un correo denegándole la beca. En realidad, todo había sido un montaje para tener acceso al progreso que Adela estaba haciendo en su investigación. No se convocaba ninguna beca para trabajar con la profesora Lambert, que ya tenía previsto marcharse a las pocas semanas a una universidad estadounidense. Dos días después de esta entrevista, Adela abandonó Inglaterra.

- No se necesitó mucha imaginación ¿Verdad? -la mirada interrogante de Elisa, posándose alternativamente en Manuela y Ferrán, buscaba más el asenso que la respuesta- la coincidencia de las dos estrategias es demasiado evidente. Instrumentalizan la ambición de Ted, para conseguir sus propósitos, y vuelven a hacer lo mismo con la admiración de Adela para obtener la información que codiciaban.

Nadie hizo ningún comentario. Tampoco era necesario. El relato de Manuela había contribuido a crear una atmosfera aplastante, produciéndose uno de esos silencios difíciles de romper. Elisa se sentía abrumada y dudaba de su capacidad para digerir toda la información recogida a lo largo del día. Fue la voz de Ferrán la que la sacó de su ensimismamiento.

- ¿Por qué no vas a dar un paseo por el campus y respiras un poco de aire? Ven a buscarme al despacho dentro de una hora y bajamos al centro a dar una vuelta. Localizamos algún lugar agradable para cenar y luego nos vamos a un sitio que conozco a escuchar buen *jazz*.

- Si habéis quedado con Priscilla os conviene cargar pilas y recuperar fuerzas. Os aseguro que ir a su casa es toda una experiencia estética.

Priscilla Bieder se despertaba en la sala de estar de su casa como tenía por costumbre. Nunca se acostaba y, después de una intensa sesión nocturna de trabajo en el ordenador, solía descansar unas horas tumbada en el sofá. Era, sin duda alguna, un personaje singular que, para la estirada idiosincrasia inglesa, podría haber sido una ventana de aire fresco. Desgraciadamente para ella, el nivel de bajeza moral que destilaba, a pesar de los muchos esfuerzos realizados por maquillarlo, hacía que todos sus actos resultasen grotescos y que sus comentarios no se distanciaran de la vulgaridad más ramplona. El pretendido ingenio no era más que impertinencia o claro insulto, su desenfadado estilo, solo mala educación, y su producción académica no conseguía remontar las cuotas más bajas de la mediocridad. Era en el terreno de la

calumnia, el descrédito y la burla, ejercida a las espaldas del interesado, donde demostraba un liderazgo con el que nadie podía competir.

El día, que normalmente para ella empezaba a partir de las once de la mañana, traía, en aquella ocasión, la novedad importante de la visita de la pareja de Ferrán. El pertenecía al área de catalán y todo lo concerniente a esa división escapaba a su control. La tal Elisa era una antigua amiga de Adela ¿Sería casual la visita o la hacía siguiendo la sugerencia de alguien? ¿Tal vez del propio Ferrán? Manifestó su inquietud a su marido, mientras bebía ávidamente una taza de té, sin que a ninguno de los dos les afectara el hecho de que las heces de sus perros estuvieran esparcidas por el suelo de la habitación.

- Si tiene novio, imagino que no será una *fucking lesbian* como Adela.

Cuando Elisa y Ferrán llegaron a casa de Priscilla, ésta, que ya había oído llegar el coche, les estaba esperando a la puerta. A Elisa le costó reprimir la náusea que sintió apenas cruzó el umbral. Al fuerte olor a perro se añadían nuevos componentes de naturaleza indefinida que, sin embargo, dejaban sentir su fuerte presencia y el resultado era algo denso y nauseabundo, que, más que a cosas tangibles, asociaba a conceptos y a ideas. Si la mezquindad y la pobreza de espíritu tuvieran olor, pensó, seguro que olerían así. Sentada en la diminuta sala, declinó educadamente tomar el té que el marido de Priscilla le ofrecía, mientras vigilaba que no le saltara encima alguno de los cinco perros que compartían con ellos aquel ahogadizo espacio.

Ferrán podía ver claramente reflejado en la cara de Elisa el rechazo que toda aquella situación le producía. Comenzaba a darse cuenta que pedir aquella cita no

había sido una buena idea. Decidió abordar directamente el tema que los había llevado allí y poner punto final cuanto antes.

- Elisa -tanteó Ferrán- conoce a Adela desde hace muchos años, aunque no hayan tenido un trato demasiado continuado. Su amiga es una persona que reta muchos convencionalismos y no suele dejar indiferente a nadie, pero no es alguien acostumbrado a fracasar en sus empresas, más bien lo contrario. Aquí, en cambio, parece ser que generó el rechazo suficiente como para ser marginada de la mayoría de los actos del Departamento.

- Adela no fue excluida, ella se autoexcluía. Suele pasarle a la gente que no acepta su diferencia -añadió tras una breve pausa.

Priscilla remató su cínica afirmación, tan contraria a los testimonios hasta entonces escuchados, con aquel comentario que ella creía ingenioso y ajustado, arrojando sus palabras con un despliegue de gestos, que incluían ladear la cabeza, poner los ojos en blanco y asomar la punta de la lengua por una de las comisuras de la boca.

- Elisa no estaba a la altura -continuó- no era buena profesora y por eso no le dimos apenas trabajo.

- ¿Ni siquiera era buena para la solución inglesa? -Ferrán se esforzaba en revestir sus palabras de un fingido tono de ingenuidad.

A Elisa no se le escapó el gesto de desagrado con que Priscilla había acogido la pregunta, aunque hiciera como si no la hubiera oído.

- Nosotros seleccionamos a los mejores profesionales y formamos a los futuros profesores. Ella no daba la talla.

Mientras los oía hablar, Elisa valoraba la afirmación que Priscilla acababa de hacer sobre la diferencia de Adela. Estaba convencida de que era una clara alusión a su lesbianismo, algo que le resultaba sorprendente si se tenía en cuenta el hecho de que estaban hablando con una profesora universitaria de la que se esperaba mayor cultura y tolerancia ¿Cómo era posible que en un ámbito universitario se hiciera referencia a la orientación sexual de una persona a la hora de hacer una valoración profesional? Decidió intervenir en la conversación, formulando una pregunta directa.

- ¿Cree usted que Adela tenía realmente intenciones de robar en la biblioteca de Oxford?

- La respuesta a esa pregunta, solo la conoce la propia Adela. La bibliotecaria no la expulsó por su intención, la expulsó por su actuación.

Priscilla miró a su marido con la expresión triunfante típica de la persona que cree haber formulado una verdad que nadie puede rebatir.

- Tuvo que haber sido muy duro para ella -continuó firmemente Elisa- comprobar que el mismo Departamento, que la admitió como doctoranda por tener un proyecto atractivo, no pusiera todos los medios para que volviera a ser admitida en la única biblioteca donde podía realizar su investigación. Por lo que he podido averiguar hasta ahora, la bibliotecaria ponía como condición que fuera el propio Ted Dayanard el que escribiera una petición en este sentido. Sin embargo, se negó a hacerlo ¿Tiene usted alguna idea de cuál pudo haber sido la razón?

- El profesor Dayanard no acostumbra a dar explicaciones de sus actos y yo no tengo por qué pedírselas. De todas maneras, hubiera sido lo mismo, con biblioteca o sin biblioteca, Adela no hubiera podido hacer la tesis con nosotros porque no tenía capacidad intelectual suficiente. La disertación que escribió cuando realizó su Máster era muy mala. Las otras doctorandas, compañeras suyas, eran más jóvenes y más brillantes. Ella se veía claramente en inferioridad de condiciones y no podía aceptarlo. La pobre se esforzaba, pero no estaba a la altura y constatar ese hecho día a día le angustiaba, le hacía sentirse insegura y torpe, y por eso fracasaba. En tales casos suele ser aconsejable acudir a un psicólogo. Alguien se le recomendó, pero nunca llegó a hacerlo. En el fondo el problema seguía siendo la diferencia.

A Ferrán empezaban a irritarle los términos en los que se estaba desarrollando aquella conversación. Le parecía que las prudentes palabras, empleadas desde el principio tanto por él como por Elisa, estaban siendo malinterpretadas y tomadas como falta de convicción y ausencia de argumentos, seguramente creyendo, ella, que tenía delante a dos pardillos a los que se les podía tapar la boca con facilidad. Decidió dar un golpe de efecto.

- Ha aludido usted a la diferencia que había entre Adela y el resto de sus compañeras ¿Se incluye en esa diferencia el hecho de que Adela era la única española, licenciada en lengua y literatura española por una universidad española? - Ferrán repetía intencionadamente el adjetivo- siempre me ha parecido muy curioso el hecho de que la mayoría de los españoles, que acuden a los departamentos de hispánicas en este país, sean licenciados en filología inglesa en lugar de serlo en filología española, como sería lo lógico. Vienen aquí y se meten a hacer directamente

una tesis doctoral con la base del bachillerato. A los pocos meses de iniciar su investigación, se preparan una ponencia y ya van de hispanistas por la vida. ¿No es un poco exagerado? Claro está que tienen muy buen nivel de inglés, pero eso es algo que no debería tenerse en cuenta, porque su función es la de ser profesores de lengua española y todos sabemos que esas clases deben darse en español. ¿Verdad?

Las palabras de Ferrán habían conseguido su objetivo, Priscilla se limitaba a mirar el suelo sin levantar la cabeza. Elisa decidió poner punto final a una situación tan embarazosa.

- Está empezando a nevar y creo que deberíamos irnos. No debemos abusar del tiempo que la profesora Bieder nos ha concedido, ella ya nos ha dado su opinión.

La expeditiva manera de Elisa de poner fin a la conversación había generado tensión y la fría despedida, que tuvo lugar a continuación, ni siquiera llegaba a ser cortés. Era una situación incómoda para todos que se vio, en parte, paliada por el hecho de que la nevada, que empezaba a ser copiosa, les obligó a refugiarse en el coche precipitadamente.

- Buena estocada -reconoció Elisa- cuando estuvieron dentro.

- Un golpe un poco bajo, lo confieso, que era necesario dar. Había que contrarrestar el clímax que las mentiras de Priscilla estaban creando y, sobre todo, las intolerables alusiones, llenas de doble sentido, a su diferencia.

- A mí también me causaron mucho rechazo y, sobre todo, extrañeza. Nunca hubiera esperado una actitud así de una persona vinculada a la universidad.

- Comparto tu rechazo, aunque no tu extrañeza. Aún tienes mitificado el mundo académico. La Universidad ya no fabrica élites intelectuales, ni es el referente de los dirigentes. Ha perdido independencia ideológica y se ha convertido en un espacio totalmente endogámico, donde se atrincheran muchos enchufados, que se sienten amenazados por todo y por todos, y conspiran día a día para evitar que alguien con talento los deje en evidencia. A las personas verdaderamente válidas, les aburren el alma para que se vayan. Algunos sobreviven, apareciendo lo menos posible por el departamento correspondiente, pero otros llegan realmente a marcharse a nuevos ámbitos. Si, por el contrario, estás fuera y quieres entrar, salvo que estés en alguna camarilla, tienes prácticamente impedido el acceso. Y los artífices de esta situación triunfan en sus propósitos, no por ser más inteligentes sino sencillamente por ser más y formar un todo compacto. Manuela dejó entrever algo de esto en la entrevista que mantuvimos con ella. ¿Y todo para qué? Para poder sacar un libro que muy pocos leerán o publicar un artículo que casi nadie recordará cuando el académico se haya jubilado, porque hoy las corrientes de pensamiento se suceden a velocidad vertiginosa, cada una de ellas pretendiendo enterrar a la anterior. Vivimos el momento de las teorías *kleenex*. Aunque, eso sí, lo que escribes hay que expresarlo siempre de manera pedante y críptica, de forma que nadie te entienda. De esta manera pasarás por inteligente y profundo, solo porque nadie se atreve a decir que no eres más que un sandio. Creo que fue Chomsky el que ironizó sobre este estado de cosas.

- ¿A qué te referías cuando mencionaste lo de la solución inglesa?

- La sección de Lenguas Modernas está sufriendo fuertes recortes presupuestarios en todas partes y la supervivencia económica de los departamentos

está muy directamente ligada al número de matriculados. Si el número de suspensos fuese alto, casi con toda seguridad una buena parte del futuro alumnado se inhibiría de matricularse al año siguiente. Así que la solución inglesa, para paliar esta situación, consiste en que, mientras se realiza la prueba escrita, los profesores permanezcan en los pasillos permitiendo que sus alumnos copien y puedan hacer exámenes dignos.

Había un aspecto cómico en aquel panorama expuesto por Ferrán que a Elisa empezaba a divertirle.

- ¿No sería más discreto dar aprobado general en lugar de estar en los pasillos cogiendo frío?

- No pueden, porque todas las universidades están sujetas a la acción de los examinadores externos, profesores que vienen de otros centros y supervisan los exámenes, y esos sí que no van a levantar la mano, porque las universidades rivalizan entre ellas.

Elisa emitió un profundo suspiro y permaneció un buen rato sin decir una palabra, mientras veía nevar por la ventanilla.

- Menos mal que mañana se acaba esta ronda de consultas y el jueves nos vamos a Londres. No creo que pudiera aguantar ni un día más. ¿A qué hora has quedado con Edurne?

- A ninguna en concreto. Estará por la tarde.

- Me gustaría volver a hablar antes con Manuela. ¿Crees que podré verla mañana?

- Después de comer, la encuentras en su despacho, seguro. ¿Dónde te apetece que vayamos ahora?

Elisa estiró los brazos para poder acariciar a la vez la nuca y el pecho de su compañero.

- Con lo que está cayendo, a casa. Quiero relajarme, cenar una de tus tortillas especiales y olvidarme del mundo académico por el resto de la noche.

La mañana era fría, a las diez el sol había desaparecido y el cielo se encapotaba por momentos. Elisa se preparaba su segunda taza de café, había tiempo de sobra hasta la hora de comer. Decidió tomarse las cosas con calma, intentaba encontrar la respuesta a la pregunta que Ferrán le había formulado la noche anterior mientras cenaban sobre cuál sería la foto que mejor pudiera plasmar los entresijos de aquella historia que estaban intentando desentrañar. Sacar a la luz lo que permanece oculto. Su experiencia le decía que casi siempre era posible hacerlo de una manera u otra, solo había que encontrar una correspondencia, el símbolo que llevara a un referente suficientemente ilustrativo de lo que quería expresar. Esta vez, encontrar el símil le estaba costando un poco más, tenía la sensación de hallarse en medio de un espacio desértico, a la vez lleno de voces y sonidos que aparentemente no eran emitidos por nada ni por nadie. El problema eran siempre los límites, las fronteras, solo yendo más allá de lo estipulado o lo permitido se estaba en condiciones de empezar a ver física o mentalmente, primer paso para llegar a conocer.

Decidió aparcar todas estas consideraciones y volver a la ciudad. Deambular sin rumbo fijo perdiéndose entre calles anónimas solía dar buen resultado. Mientras caminaba por la calle principal, imaginaba el número de veces que Adela debió de haberla recorrido, si se habría sentado en la mesa de la ventana de aquel salón de té, o entrado en el pub de la esquina que servían tan buena comida. Seguro que no se equivocaba al suponer que, en más de una ocasión, habría recorrido los pisos de aquella librería tan fantástica que estaba al lado de la estación. Le llamó la atención una tienda de juguetes de madera, recordó lo mucho que a Adela le gustaban y se acercó. Al apoyar su nariz contra el cristal la vio. Vio allí la foto que podía ilustrar aquella historia. Muñecas rusas, esa era la foto. Sostienes una en la mano y descubres un cuerpo partido por la mitad que, al separarlo, te permite ver en el interior otra muñeca de las mismas características. Coges la parte superior y la depositas sobre una superficie y lo mismo haces con la muñeca siguiente, y con la otra y con todas las que le siguen ¿Y cuál es el resultado? Una sucesión de cuerpos laminados exactamente de la misma manera, que se diferencian entre sí porque cada vez son más pequeños. Hasta aquel momento, todas las personas con las que había hablado, habían revelado un aspecto nuevo que complementaba lo que había escuchado con anterioridad y todos sus relatos mostraban una Adela fraccionada. Para representar todas las mutilaciones pensaba en una cadena de muñecas extraídas unas de otras, reduciendo el enfoque, profundizando en el conocimiento de esa verdad que las apariencias ocultaban. Historias encriptadas, esa era la clave.

Los años vinculados a la *WMU* habían dejado huella en el rostro de Manuela Solís, que reflejaba un permanente gesto burlón con el que intentaba disfrazar una mezcla de amargura, escepticismo y total desencanto. Infravalorada siempre, compartiendo, a veces, despachos sin ventana, desempeñando cargos por debajo de su talento y de su titulación, y asumiendo, no obstante, responsabilidades y tareas, que deberían de haber sido desempeñadas por personas de más rango y mejor salario, nunca había conseguido brillar con luz propia. Los serviles favores hechos al Departamento, le habían asegurado un puesto estable, aunque raquítico, y se consolaba pensando que aquello era mejor que nada. Levantó la cabeza cuando vio aparecer a Elisa.

- Pasa ¿Qué tal te fue ayer?

Elisa le hizo un breve resumen de la visita.

- Bien por Ferrán apuntando lo de la solución inglesa. Te cuento el detalle que tuvieron con Adela al final del curso. La coordinadora de español de la división de Lenguas Modernas, una sección que funciona independiente del Departamento, es una tal Nati, que ocupa el cargo por la acción directa de Priscilla que la considera, por decirlo en sus palabras, una de “sus personas”. Un buen día, Nati llamó a Adela a su despacho, para decirle que necesitaba una profesora de refuerzo que impartiera clases de español durante el mes de julio y que había pensado en ella, dejándole claro que el nuevo puesto estaba condicionado al número de personas que se matriculasen. Le hicieron pasar una entrevista en la que, en un momento determinado y respondiendo a una de las preguntas, Adela dijo con mucha sensatez que, cuando el nivel de español

de la clase era bajo, el profesor se veía obligado a explicar en inglés. Por esa respuesta no le dieron el trabajo, argumentando que no tenía bastante experiencia. Se lo dicen después de pasarse todo el curso dando clase de español en el Departamento. Y para que le quedara claro, que si no le daban el trabajo no era por la escasez de alumnos, empapelaron las paredes del ascensor con las listas de todos los matriculados.

- Lo de empapelar paredes parece ser una de las señas de identidad de este Departamento. Algunas veces se hace con fotos y otras con lista de alumnos.

- Ya sé por qué lo dices -rio Manuela- bromas aparte, es inadmisibile que Priscilla afirme que Adela no tenía capacidad para hacer una tesis doctoral, solo porque había escrito una mala disertación. No sé si es buena o mala, yo no la leí, pero, aunque así fuera, no es una tragedia irreversible. Adela estaba enferma, cuando la redactó, tuvo poco tiempo para hacerla, no tenía ninguna experiencia previa porque era su primer trabajo de investigación serio y la redactó en una lengua que no dominaba. No se justifica que haga una afirmación de esas características y, a la vez, oculte el hecho de que, estando aquí, escribiera un artículo de altísimo nivel sobre la misma autora que había analizado en esa disertación. Pero, sobre todo, es doblemente indigno que la haga después de lo que pasó.

- ¿Qué?

- Pues que su amadísima Sandra suspendió su tesis.

- ¿Y qué consecuencias tuvo para ella?

- Ninguna. No le pasó nada. Le dieron una segunda oportunidad, la volvió a defender y la aprobó. En ningún momento peligró el trabajo que tenía en los Estados Unidos. Si tienes apoyos, no tienes nada que temer. Aquí lo único que no se perdona es que tengas ideas propias. Adela sí las tenía y estaba sola.

- Hubo algo que me sorprendió mucho en la visita de ayer: las alusiones que en más de una ocasión hizo Priscilla a la diferencia de Adela. Me pareció que se refería a su vida privada, y tengo la sospecha de que el rechazo generado pudiera, en parte, basarse en ese hecho. ¿Se sabía que Adela...?

- ¿Era lesbiana? Lo sabíamos todos en el Departamento. Priscilla se encargó de airearlo a los cuatro vientos. Lo que no sé es cómo llegó a enterarse. Me acuerdo de una vez que la saludó en catalán diciéndole delante de todo el departamento: *salut i força al canut*. Cuando se lo propone puede ser muy grosera.

- He estado escuchando las cosas que esta señora hizo, y he visto y oído a la propia Priscilla. Tengo entendido que su extracción social es muy baja y, cuando las circunstancias lo propician, demuestra lo plebeya que puede llegar a ser. No, no soy clasista –añadió, saliendo al paso de la expresión que se reflejaba en la cara de Manuela- pero sí fotógrafa. Si algo he aprendido, en mi profesión, es a enfocar el objetivo desde el ángulo adecuado.

Dejando a Manuela todavía bajo el efecto de la dureza de su comentario, salió de su despacho para ir al encuentro de Ferrán.

La vista del campus que se disfrutaba desde la ventana del despacho de Edurne Maragall era magnífica, abarcaba la plaza central y la torre del reloj, los edificios nobles y el hermoso paisaje, casi totalmente nevado, que se extendía más allá de la Universidad. Contemplarlo ejercía un efecto relajante y era una clara invitación a remontar los sinsabores del día a día. Todo en aquel despacho contribuía a crear un clímax de calma y tranquilidad, que no parecía sentirse amenazado por nada ni por nadie.

Al verlos aparecer, Edurne se apresuró a levantarse de su asiento para ir a su encuentro y abrazarlos a los dos. El primer rostro sereno que veo en tres días, pensó Elisa, cuando la vio.

- ¿Qué tal os va? ¿Habéis averiguado mucho? Por si no lo sabéis, habéis roto un tabú, aquí nunca se habla de Adela. Todo el mundo sabe que a Priscilla no le gusta y nadie quiere caer en desgracia.

- ¿Cómo puede controlarlo? -era la segunda vez que Elisa oía ese comentario. ¿Cómo puede estar segura de que no habláis entre vosotros fuera de vuestros despachos?

- Podríamos decir que por un sistema de contrapesos. En este medio es difícil hacer amigos, nadie se fía de nadie y no hay manera de saber a ciencia cierta quién te va a traicionar y las consecuencias que ello acarrearía, así que todo el mundo evita infringir una ley, que, aunque no esté escrita, hace sentir una presencia panóptica. Priscilla es agresiva, violenta y tiene los recursos suficientes como para hacerte la vida

imposible, si le caes mal. Lo que hace la gente es fingir y seguirle la corriente. ¿Qué os han contado?

Ferrán le hizo una clara exposición de la información que habían recopilado hasta aquel momento

- El comportamiento de Priscilla ha sido desmesurado desde el principio, actúa como si se sintiera legitimada por algo o por alguien. Tal vez, tú, Edurne, puedas aportar algún dato que arroje alguna luz sobre este aspecto.

Elisa se tomó un minuto para hacer mentalmente una valoración de las versiones que habían oído Elisa y Ferrán, antes de hablar.

- Coincido con David en que el desproporcionado comportamiento de Priscilla es posible que tuviera como finalidad el granjearse el agradecimiento de alguien, pero yo no sé quién es. Si ese alguien es lo que legitima la actuación de Priscilla, estoy segura que tiene que estar fuera de este Departamento. Lo único claro es que la actitud hacia Adela cambió a poco de empezar el curso, porque cuando se recibió su propuesta de tesis estaba muy entusiasmada con ella. Adela, además, había completado un Master en la Universidad de Lancaster y era candidata preferencial a tener un puesto de *assistant*. No comparto, en cambio, la explicación que aporta para entender el comportamiento de Ted. La bibliotecaria a última hora suavizaba su postura y la única condición que imponía, para volver a admitirla, era que el propio Ted firmara una petición en ese sentido. El hacerlo no hubiera significado ninguna debilidad, solo se trataba de cumplir con un requisito que se le pedía.

En cuanto a la explicación de Manuela deja algunos cabos sueltos. Si el comportamiento de Adela había sido tan inaceptable y su expulsión de la biblioteca estaba justificada ¿Por qué todo este asunto tenía que esperar a destaparse cuando Priscilla fuese la Jefe del Departamento? y sobre su suposición de que Hanna fue a la biblioteca a dar instrucciones ¿Por qué iba la bibliotecaria a aceptar órdenes o indicaciones de alguien vinculado al mismo Departamento que el supuesto ladrón? La persona que podría influir en la decisión de la bibliotecaria, tendría que estar por encima de ella o tener mucho poder en Oxford. Vinculados a este Departamento está Ted Dayanard, alumno brillante, que mantiene todavía muy buenos contactos allí y desde luego la propia Marjorie Lambert, que, aunque su carrera académica esté vinculada a la Universidad de Londres, también fue estudiante de Oxford. Pero no me puedo imaginar a personas de su altura intelectual involucradas en una maniobra tan rastrera como permitir que un estudiante sea acusado falsamente de robo para impedir que pueda terminar su tesis doctoral. Las personas de ese nivel no suelen descender a estos niveles de subsuelo.

- Dices que poco después de empezar el curso, la actitud de Priscilla hacia Adela no era la misma ¿Tienes alguna idea acerca de cuál pudo haber sido la razón?

- Solo sé que coincidió con la aparición de Sandra. Ella sí que no tenía un buen proyecto. Lo que presentó era demasiado abstracto y difuso. La tesis que finalmente hizo, obedecía a un esquema, diseñado por la propia Priscilla, que no tenía ninguna relación con la idea original. Cambió de supervisor cuatro veces o mejor dicho de con-directores, porque mantuvo a Priscilla prácticamente hasta el final.

- Si todo en Sandra era tan caótico ¿En dónde residían sus méritos?

- En la persona que estaba detrás de ella apoyándola. La profesora Lambert conocía a Hanna y le escribió para decirle que, ante la imposibilidad de poder darle trabajo a Sandra en la Universidad donde ella se encontraba, era preferible que la tesis se inscribiera aquí.

Elisa que había permanecido en silencio todo aquel tiempo se decidió a intervenir.

- No acabo de ver en qué medida afectaba a Adela todo esto.

- La consecuencia más inmediata fue dar a Sandra el puesto que, en principio, estaba destinado a Adela. El cupo, por así decirlo, estaba completo. Hannah ya tenía su doctorando. Ted y Desmond, a su vez, habían hecho entrevistas y otorgado dos plazas. Ya no había más puestos de *assistant*. Priscilla se apresura a tomar a Sandra bajo su tutela, para poder quedar bajo la órbita de Marjorie Lambert, y la que sobraba era Adela. Luego, vinieron las diversas maniobras para conseguir que se fuera: el montaje con el robo de la biblioteca, la comparecencia ante el comité que no salió como Priscilla tenía previsto, los mensajes que recibió en la bandeja de correo y todo el clímax que aquí se creó para obligarla a marcharse.

- Resulta increíble tanto esfuerzo solo para conseguir que alguien desista de su propósito. Si Adela era persona *non-grata*, tal como llegó a decirle a aquella profesora australiana y se deseaba su marcha. ¿No hubiera sido más higiénico plantear las cosas directamente?

- Adela llegó aquí con un proyecto que entusiasmó, primero a la propia Priscilla y, más tarde, a los pesos pesados de este Departamento. Consiguió demostrar que

tenía capacidad para llevarlo a buen puerto. Se hizo con todos los ejemplares de la colección, logrando con ello dejar en evidencia a los que afirmaban que no tenía *corpus* literario, y escribió un excelente artículo con el que consiguió tapar la boca a los que cuestionaban su altura intelectual. ¿Con qué excusa se la echaba? Mientras Adela no desistiera de su propósito, había que mantenerla aquí como fuera, así se aseguraban que la tesis no saliera adelante, con la ventaja añadida, además, de poder tener acceso a los resultados de su investigación. Adela, según Priscilla, era muy mala profesora y no tenía altura suficiente para hacer la tesis, pero debía de ser muy buena investigadora, porque sistemáticamente sufrió robos de los soportes informáticos que contenían sus notas. Nada más llegar aquí, le robaron los diskettes con todo lo referente a los trabajos que había realizado en Lancaster y parece ser que en Leeds ocurrió otro tanto parecido. Adela se encontró un día, al llegar al apartamento, que ocupaba en la Universidad, a dos estudiantes de doctorado registrándole la casa. Ni siquiera eran de filología, así que muy probablemente estarían actuando por indicativo de alguien.

- Es imposible que ocurriera algo así. No puede ser que desde esta Universidad se ordenara un robo de las notas de Adela, en su propia casa y delante de las narices de su director de tesis.

- Estoy de acuerdo, Ferrán, es muy poco probable que ocurriera algo así.

- Pero eso es tanto como decir...

- Que el pretendido robo se produjo con el conocimiento y consentimiento del propio Anthony.

- ¿Estas acusando al profesor Lewis de ser el organizador del robo?

- Estoy insinuando que a raíz de instalarse Adela en Leeds la comunicación entre él y la *WMU* se intensificó aún más. Aunque a ello contribuyó también el momento extraordinariamente delicado que Anthony atravesaba en la Universidad de Leeds. Al profesor Lewis le cabía el dudoso honor de haber generado sistemáticamente el rechazo de todos los estamentos universitarios. Era la persona que acumulaba mayor número de quejas por parte de los estudiantes y los constantes enfrentamientos que había mantenido con la administración, defendiendo los intereses presupuestarios del Departamento, no habían conseguido que el resto de los profesores hiciera piña con él. No gozaba de simpatías en ninguna parte. Su contrato con la Universidad estaba a punto de vencer y no se lo iban a renovar. Ante la posibilidad de quedarse sin trabajo, intentó una pirueta que le salió mal. Negoció con la Universidad una jubilación anticipada, acogándose a una bolsa que, a tal fin, tenía la Universidad. Para cobrar el cien por cien de esa bolsa se necesitaban un mínimo de años cotizados y él no los tenía. Con ese pretexto lo que pretendía era seguir trabajando como profesor *part-time*, compensando con el importe de las clases el porcentaje que le faltaba y mantener ese estatus hasta su jubilación definitiva para pasar después a la categoría de emérito. Pero la Universidad, que tenía ganas de quitárselo de encima, realizó una pirueta aún mayor. Le regalaba los años que le faltaban por cotizar y lo jubilaba con el cien por cien de la bolsa, eliminado con ello la razón que él alegaba para seguir vinculado al Departamento. Anthony quedaba así totalmente desvinculado del mundo académico con la consiguiente desventaja que ello suponía si pretendía seguir publicando. Y todo esto coincide con la contradictoria actitud que demostró respecto a Adela. Nunca le dio las clases prometidas. Teóricamente, estaba muy indignado por la ausencia de apoyo

que había recibido en el tema de Oxford, pero cuando la tuvo allí no movió un dedo por ella. Se alababa mucho el artículo que Adela había escrito, pero se negó a publicárselo en el *journal* que dirigía. Sospecho que no fue ajeno al registro de la casa de Adela y, por último, antes de su definitiva marcha forzó las cosas para que Adela no pudiera optar al puesto de trabajo que ya estaba predestinado para el doctorando de Hanna. Manuela en la conversación, que mantuvisteis con ella, fue muy discreta cuando se refirió a lo sucedido en Leeds, posiblemente porque Anthony fue su director de tesis, solo apuntó al demérito que para la *WMU* supondría el que Adela triunfara en otra parte. No puedo saber a ciencia cierta las verdaderas razones que movían a Lewis. Pero parece claro que hay una estrecha relación entre su contradictorio comportamiento hacia Adela y su desmesurado afán por no abandonar el mundo académico, como si el puesto de profesor fuera algún tipo de premio.

- ¿Y obtuvo Lewis su recompensa?

- Sí Consiguió un puesto de profesor en la Universidad de Londres.

- ¿Cómo sabes lo del robo en Leeds? ¿Te lo contó Manuela? A nosotros no nos dijo nada.

- No. Me lo contó Hanna. ¿Cómo lo sabía Hanna? -preguntó a su vez, maliciosamente, Edurne.

Ferrán dejó que su mirada vagase por la habitación sin posarse en un punto fijo, concediéndose tiempo antes de abordar la cuestión que quería plantear.

- Hasta ahora, nos hemos centrado en las motivaciones que había para cerrarle a Adela las puertas del mundo académico. Pero ¿Cuál fue el motivo para el ataque

personal? Norman se refirió a él, cuando habló con Elisa, y afirmaba que había comenzado a raíz de la comparecencia de Adela ante el comité ¿Fue ese realmente el comienzo?

- No, lo que ocurrió después de la comparecencia fue sencillamente que se enrabetaron más, porque no conseguían vencerla y triunfaba, a pesar de los obstáculos que le ponían para que fracasara. Los ataques personales se produjeron prácticamente desde el principio, y tenían como objetivo justificar que Sandra, perfecta en todo, no podía seguir viviendo con alguien tan indeseable como su compañera de casa. El objetivo era conseguir que Adela se marchara de la casa que compartían y convenía que lo hiciera pronto.

- No querían que Adela se marchara de la Universidad, pero sí de la casa que compartía con Sandra ¿Por qué?

- Adela se olía algo, no encontraba lógico que todo aquel trato preferencial que Sandra estaba recibiendo derivara del simple hecho de ser la doctoranda de Priscilla y llegó a la conclusión de que tenía que haber algo más. Con la inteligencia deductiva que tenía hubiera sido cuestión de tiempo que acabara descubriendo todo el pastel

- ¿Y qué pastel era ese? - No puedo creer que falte algo más por oír de este patético culebrón.

-Un poco de paciencia, Ferrán. Sandra no estaba haciendo la tesis en su primer año de doctoranda. Ella llegó aquí sin nada. No tenía ningún Máster, tampoco había hecho los Cursos de Doctorado en España. Ni siquiera estaba oficialmente cualificada para dar clases de español, porque su licenciatura era en Filología Inglesa. Con estas

carencias, nunca hubiera podido entrar en un departamento de hispánicas en una universidad norteamericana y Sandra comenzó a dar pasos en esa dirección, desde el primer día que pisó esta Universidad. Lo primero que hizo fue matricularse como alumna de Máster en una universidad española, que realizó a distancia, siendo ayudada en sus trabajos por académicas estadounidenses, con las que estableció contacto a través de la profesora *Lambert*. Para poder hablar telefónicamente con ellas, tenía que hacer verdaderos equilibrios, porque solo podían atenderla después de las seis de la tarde, cuando finalizaban allí su jornada y podían, a su vez, hablar sin testigos. Con la diferencia horaria que hay, llamar después de las seis de la tarde, hora americana, significaba llamar después de las doce de la noche, hora inglesa, y no podía hacerlo desde casa porque estaba Adela, así que Sandra se veía obligada a hablar por teléfono desde el propio Departamento, abriéndolo a esas horas con las llaves que le facilitaba la propia Priscilla. Pero era correr un riesgo muy alto, alguien hubiera podido verla y tratar de averiguar a qué iba Sandra a esas horas al departamento. Era mucho más conveniente que Sandra hiciera las llamadas cómodamente desde su casa y la que tenía que marcharse era Adela. Hannah le dijo literalmente que no podía vivir con nadie del departamento

-Es el colmo -bramó Elisa- Adela estorbaba a Sandra y la que tenía que marcharse era ella. ¿Por qué no se marchaba la propia Sandra?

- Al final sí lo hizo. Fue ella la que se marchó de la casa, después de que Priscilla dijera, por activa y por pasiva, que Sandra últimamente había adelgazado mucho y estaba muy desmejorada, a causa del estrés que le producía vivir bajo el mismo techo que Adela.

- ¿Por qué correr tanto riesgo? ¿Por qué no esperar a acabar su tesis? Seguramente, cuando la hubiera terminado, no habría sido difícil encontrar trabajo allí.

Mientras hablaba, Elisa fijaba la vista en la cara de su compañero, intentando descubrir algún atisbo del mismo asombro que a ella le producía toda la historia. Era evidente que Ferrán debía de estar más curtido en aquellas lides, porque su rostro permanecía inalterable.

- Había prisa. No se podía esperar tanto tiempo. Sandra tenía que estar en condiciones de poder aspirar a un puesto en el mercado norteamericano en dos años, porque, en ese plazo, la profesora Lambert se marchaba a los Estados Unidos y ya estaba previsto que Sandra la acompañara.

Elisa se serenó para hacer a Edurne una pregunta directa.

-Sandra era la gran protegida, nada ni nadie la amenazaba, nadie la cuestionaba, su futuro académico estaba asegurado ¿Por qué esa animadversión contra Adela?

-Hay varias razones. En primer lugar, está el hecho de que a Priscilla le gustaba ese ensañamiento. Sandra necesitaba alimentar constantemente esa llama de la discordia que le aseguraba el apoyo incondicional de la persona que le estaba redactando los *papers*, que presentaba, y los artículos que firmaba como suyos. Está también la venganza, por las críticas que Adela había hecho, cuestionando la valía de Sandra, y, por último, posiblemente la más poderosa de todas, la necesidad de desmitificarla por la amenaza que en sí misma encerraba. Adela era una persona inteligente, trabajaba en un proyecto que había sido calificado como el de mayor potencial que tenía el Departamento en aquellos momentos, y también conocía a

Marjorie Lambert. Todo ello configuraba un perfil demasiado peligroso, Sandra necesitaba todo el espacio.

- ¿No tenían miedo de que una historia tan complicada acabara trascendiendo al resto del Departamento?

-Aquí nadie se ocupa de nadie, es la mejor manera de que a su vez te dejen en paz. El único motivo de preocupación era que nadie viera un movimiento inusual y tirara del hilo, descubriendo lo que no debía ser descubierto. El secretismo fue aún mayor durante el último año que estuvo aquí y, una vez que marchó, nadie hablaba una palabra sobre ella. Lo mismo ocurrió con Adela, cuando se fue para Leeds. Yo no me enteré de que había defendido su tesis en Barcelona, hasta el día en que volvió de nuevo por aquí. Me acuerdo perfectamente, porque la víspera había caído una nevada como la de ayer. Aquel día habíamos tenido una reunión y Adela apareció, cuando habíamos terminado y nos dirigíamos a nuestros despachos. Priscilla detectó su presencia y nos volvió a convocar a todos para darnos la orden expresa de que nadie hablara con ella. Las únicas que lo hicimos fuimos Hannah y yo. Las espadas volvían a estar en alto. El motivo esta vez era que Adela se había opuesto a que Hannah formara parte del tribunal que iba a calificar su tesis.

-Cualquiera lo hubiera hecho -el tono de Elisa era de clara indignación-. Permíteme, Edurne, que haga un pequeño resumen, porque no sé si estoy procesando bien la información. A Adela se la admitió como estudiante de doctorado, porque entusiasmó su proyecto, y se le prometió un trabajo para poder financiar sus estudios. Alguien cambia de planes respecto a ella y, a sus espaldas, se diseña otro escenario. Se encontró de la noche a la mañana con una situación nueva, que no estaba prevista,

que le perjudicaba económicamente, y tuvo que afrontarla en medio de un clima de hostilidad y acoso. Cuando surge el, llamémosle, problema Oxford, no la apoya nadie en el Departamento, porque es el propio Departamento quien crea el problema. No sé cuánto tiempo tardaría en reunir todos los originales objeto de su estudio, pero, cuando se la expulsó de la biblioteca, no los tenía y la tesis estaba en el aire. ¿Quién estaba hablando con la bibliotecaria vísperas de vacaciones? Hannah. Adela aguantó, parece ser que estoicamente, las constantes burlas y humillaciones, sin conseguir que los ánimos se apaciguasen. Llegaron a hacerle la vida tan imposible que pensó seriamente en tirar la toalla y... ¿Cómo era la frase que Norman le dijo? Algo así como si tú te vas ellas ganan. Decidió marcharse a la Universidad de Leeds y, desde esta casa, se conspiró para que las cosas no le salieran bien ¿Quién obtiene allí el puesto que debería de haber sido para ella? El doctorando de Hannah ¿Quién le hace llegar la información de una beca inexistente? De nuevo la profesora Butler, que demuestra una habilidad especial para estar en todas las salsas. Finalmente, harta de tanto obstáculo y de tanto acoso, abandona Inglaterra para poder finalizar su trabajo tranquilamente en España. Si la tesis salió adelante no fue gracias a, sino a pesar de la *Western Midland University* -Elisa recalca intencionadamente las palabras- o mejor dicho, de personas vinculadas a ella que, sistemáticamente, trataron de impedir su realización. Y, cuando ya la tesis concluye y va a ser defendida, Hanna Butler quiere formar parte del tribunal que la va a calificar ¿De qué va esta gente? ¿Se creen que les asiste algún derecho de pernada? ¿Por qué volvió? -concluyó en un tono más sosegado.

- Adela había estado viviendo un tiempo en Londres y allí le robaron el ordenador personal, conteniendo todos los datos de su tesis. Podríamos pensar que fue un robo

casual, pero, cuando nos lo estaba contando, Hannah cometió un desliz: hizo un gesto que claramente indicaba que ya lo sabía. Yo lo percibí y Adela también. Creo que éste fue uno más de los robos informáticos, a los que me he referido antes. No conozco los motivos que le impulsaron a volver a Inglaterra. El presentarse aquí estaba motivado por la esperanza de encontrar algo de trabajo que evitara el tener que regresar a España después de una experiencia tan fallida. Debía de estar muy desesperada. Intenté, luego, sonsacar a Hannah respecto a lo del robo, pero se cerró en banda y no quiso decirme nada.

Elisa cerró los ojos y se llevó la mano al pecho, un gesto con el que pretendía aliviar la opresión que sentía. En aquellos momentos, solo podía pensar en ventanas. Ventanas que no dejan pasar el aire, ventanas que distancian. Adela sentada en el alféizar de la ventana del cuarto que compartían en el internado, un centro religioso en la España franquista, soportando, día a día, los registros que buscaban las cartas de las que era destinataria. Ventanas como muros que cercan y aprisionan. Otro país, otro tiempo, otra institución. Adela sufriendo sistemáticamente los robos de los soportes informáticos que contenían las notas de su investigación. Ventanas que dividen y segregan.

De manera automática, Elisa caminó hacia la ventana. No llegó a hacer el gesto de intentar abrirla, porque se dio cuenta de que no había ningún pestillo. Se quedó allí quieta, con la cabeza apoyada en el cristal, sin conseguir percibir nada del hermoso paisaje que, a aquellas horas, ya había sido engullido por una oscuridad completa. No percibió la presencia de Ferrán a su lado hasta que no sintió sus manos tomándola por

los hombros y empujándola suavemente hacia la puerta, desde donde hicieron a Edurne un gesto de despedida con la cabeza.

Caminaron para alcanzar la salida sin decirse una palabra. Elisa creía percibir que algo sobrecogedor habitaba entre aquellos muros y pasillos, haciendo notar su presencia, cuando el silencio acallaba voces y apagaba ruidos. Seguir avanzando era violar un recinto sagrado, repleto de historias que las piedras habían sabido guardar secreta y celosamente. Y, en aquellas circunstancias, la resonancia de los pasos resultaba casi obscena.

A las siete de la tarde, el carillón del reloj de la torre sonaba sobre un campus que se asemejaba a una ciudad fantasma. Desocupadas las aulas, vacíos los despachos y cerrados ya comedores y cafeterías, las luces que se filtraban a través de las ventanas de la biblioteca y de las aulas de informática, no conseguían desvanecer en el visitante la impresión de hallarse en un sitio desangelado y gélido. Una impresión acentuada más aún por los parches de nieve que permanecían helados en las sombras.

VITA

Licenciada en Lengua y Literatura Española por la Universidad de Oviedo (España) y Doctora en Teoría de la Literatura Comparada por la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Como profesora ha impartido clases de español a extranjeros en Birmingham (UK), Lancaster (UK), Granada (España) y Barcelona (España).

Tiene varias publicaciones académicas. Su tesis doctoral ha sido publicada por la Universidad Autónoma de Barcelona y su ponencia “Géneros literarios en el discurso histórico: el caso de *Cantiga de Agüero* de Carmen Gómez Ojea” ha sido recogida en las actas del congreso Escritura y Escritoras organizado por Carmen Valcárcel y publicadas por la Universidad Autónoma de Madrid. Su relato “Elementos” fue finalista en un concurso organizado en Toronto (Canadá) y publicado por la editorial Nuestra Palabra